ESPIDO FREIRE

SORIA MORIA

XXXIX PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Enrique Barrero (Presidente del Ateneo de Sevilla), Matilde Donaire, Marta Rivera de la Cruz, Ana María Ruiz Tagle, Fernando Marías, Miguel Ángel Matellanes, Vicente Luis Mora, Carlos Muñiz, Francisco Prior y Julio Manuel de la Rosa y Antonio Rodríguez Almodóvar. La novela Soria Moria, de Espido Freire, resultó ganadora del XXXIX Premio de Novela Ateneo de Sevilla, que fue patrocinado por la Fundación Cajasur.

Espido Freire

Soria Moria

algaida

Contenido

Cubierta

Verano de 1914

Comienzos de verano de 1936

Verano y otoño de 1913

Invierno de 1913

Primavera y verano de 1914

Verano de 1936

Créditos

En esta corriente siempre en movimiento y dentro de la cual no hay punto alguno de referencia, ¿qué les sucede a las cosas fugaces a las cuales en tan alto aprecio tiene el hombre? Quien eso haga obra como si decidiera enamorarse de un gorrión que pasa volando sobre él para perderse de vista en un segundo.

MARCO AURELIO

I get frightened now of indulging in dreams, so vivid that they seem recollections rather than imaginations, but they seldom last more than a half-an-hour; and the sound of the earthly bells in the distance, and presently the wreathing of steam upon the trees where the railway runs, call me back to the years I cannot convince myself of living in.

Carta de Sir E. C. BURNE-JONES a W. MORRIS

Verano de 1914

Escúchame: nada ha sido como imaginé, nada ocurrió tal y como lo contamos ahora, en las cartas y los poemas que enviamos a casa, a las madres, a las novias y a los hermanos menores que desean unirse a nosotros, inflamados por la misma llama heroica que nos ha traído aquí. Mentimos, como siempre, para protegeros, para que los débiles y los dulces no tengáis que preocuparos y penséis en nosotros sin debilidad y con dulzura. Ya sabemos que a los pequeños, cuando les llegue la hora, no les reclutarán con cuentos patrióticos, sino con la realidad apremiante de que los alemanes se encuentran a las puertas.

Aún es posible ganar la guerra; eso creemos todos. Exigirá mucha más sangre, más barro y más desilusión, pero no somos cobardes. Tan sólo estamos muy cansados, cansados y hambrientos, nada que no pueda remediarse con sueño y buenas comidas calientes. La moral se mantiene alta, y no conozco a un solo inglés que no sea un patriota, pero nos permiten demasiado tiempo libre, en tensión, sin nada salvo la espera de una orden nueva, y la cabeza se enreda en pensamientos terribles y obsesivos. He visto a hombres volverse locos solos, no por cobardía, sino por el horror que regresa una y otra vez a su mente.

La lucha, al menos, por cruel que resulte, nos obliga a correr, a sobrevivir, a decisiones tomadas con el mayor tino posible. En su afán por protegernos, los mandos rotan a los soldados, de manera que pasemos apenas unos días en el frente, y luego nos enterremos en las trincheras, y luego a los vagones de transporte, para comenzar de nuevo. Algunos infantes soportan con estoicismo y valor la estancia en el frente, pero caen luego en el abatimiento más absoluto en las trincheras. Si no lo creyeran un deshonor, pienso que serían muchos los que terminarían con su vida. Todos soportamos pesadillas, y algunos gritan dormidos. Cada noche sueño con caballos reventados por una granada, con los intestinos hinchados por el agua corrompida. He visto escenas mucho más espantosas, pero sólo sueño con esto. A veces despierto y me sabe la boca a carne podrida.

Me encuentro en una posición intermedia, no demasiado expuesta, en una llanura belga. Una rata podría saltar de trinchera en trinchera

desde los acantilados del mar del Norte hasta la frontera con Suiza, protegida del fuego enemigo. Mientras eso ocurre, nosotros somos las ratas. Si levantamos un poco la cabeza, sobre el parapeto, podemos ver a los alemanes.

Están allí, respiran allí, a una distancia de ciento treinta metros. Algunos veteranos cuentan que en Gallipolis la trinchera quedaba a sólo quince metros, y que los alemanes destrozaron a los soldados con granadas de mano. Desde aquí, los morteros fallan a menudo, y el límite de tiro se encuentra tan apurado que muchos aciertos se deben a la casualidad, aunque nuestros francotiradores son buenos, y nuestros smle no desmerecen de sus mausers.

No podemos hacer nada, salvo esperar. Mantenemos un fuego en la trinchera de apoyo, para que sirva como señuelo, y a veces funciona y otras no. Gran parte del trabajo que realizamos es de reparación y de construcción. Apilamos sacos, para que el agua no nos macere los pies. Por las noches, tendemos más alambre de espino. Regresamos, calentamos algo de agua en una lata. Ahora las noches se mantienen tibias, y el silencio se extiende hasta el infinito, sin un solo ruido que lo enturbie. Escuchamos los lamentos de los alemanes, las heridas que les causan los alambres cuando intentan atravesar la tierra de nadie.

Tememos más al alambre de espino que a las balas, porque cada arañazo aquí resulta una maldición mortal. El barro infecta las heridas, y nuestro mayor tesoro son los zapatos gruesos. Una ampolla puede terminar con la amputación de la pierna. Lo he visto. Hay mucha disentería, y con la proximidad del verano aparecerá de nuevo el tifus. Los golpes que descoyuntan miembros, las ondas expansivas de las granadas, todo parece conducir a una muerte invisible y rápida. Cuando los alemanes cargan, corremos a ciegas, entre los zigzags de la tierra. Las trincheras nunca se excavan en línea recta. No sabemos qué nos espera detrás del siguiente repliegue, y muchas veces es algo horrible: la muerte no, Isabella, algo peor.

Los sacos del suelo se mantienen siempre húmedos, pero los ingenieros aún no han ideado nada mejor. Mi trinchera no es profunda. No puede serlo, porque el agua brota si se pisa fuerte cuando nos sacudimos los zapatos. Vivimos entre la tierra, el agua y el fuego. Intentamos a la desesperada tomar un alto, una colina, lo que sea, que nos permita elevarnos y atisbar qué trama, chapoteando en su barro, el enemigo. Cuando lo conseguimos, si la hay, se reparte cerveza. Nos distribuyen puntualmente tabaco, chocolate y algo de alcohol. Para quien no se permita vicios, pueden suponer un buen negocio.

No nos dejan dormir. Memorizamos por el día los nidos de ametralladoras, y el camino de los alambres. Luego, por la noche,

comienza la actividad: nos deslizamos en hileras, arrastrándonos bajo las púas, e intentamos capturar a los soldados que hacen lo mismo. A veces el botín resulta interesante. Cartas privadas, salchichas secas, latas de sardinas, periódicos y revistas. Intentamos encontrar información sobre la posición enemiga, pero nunca llevan nada comprometedor encima, y sólo conseguimos saber algo más sobre los soldados a los que hemos matado; eso no resulta agradable. Hay vidas y niños allí, atrapados en las cartas y las fotografías. Por lo general, no pensamos en ello. A los británicos se nos considera los mejores en las escaramuzas entre trincheras. Se nos ha ordenado que los alemanes no ocupen la tierra de nadie, y nos dedicamos a ello. Reptamos sobre los codos y las rodillas, clavamos puñales en la carne tierna, regresamos bajo el fuego enemigo como gusanos, cubiertos de barro y sangre.

Al principio de la guerra, tras cada escaramuza, se declaraba un alto al fuego para recoger a los heridos, y a los muertos. Los soldados de ambos bandos portaban brazaletes de la Cruz Roja para esas ocasiones, y a veces intercambiaban vendas o comida. Me lo contaron los veteranos: yo ya no he vivido eso. A los mandos les desesperaba la lentitud del avance, cuando eso sucedía, y acabaron con ello tras la tregua de Navidad. Han llegado a organizar consejos de guerra para los soldados que intervinieran. De todas maneras, no avanzamos en absoluto; podríamos permitirnos recoger a los muertos que se congelan ante nuestros ojos, y que convierten la tierra de nadie en una pesadilla, un terreno gris y apestoso en el que a veces descienden pájaros carroñeros. De manera que habito ahora en un mundo en el que entierran a los vivos, y dejan que los muertos se pudran al aire.

A veces jugamos a los bolos con las granadas. Granadas y granadas. Cuando llegué aquí no sabía cómo usarlas. Ahora puedo sentir, con los ojos cerrados, cada una de sus rugosidades, y sé cómo cada dedo se curva para lanzarla, y cómo vibra el pecho cuando detonan.

Esperamos. Nunca sabemos nada. Cortan el teléfono a los dos minutos de comenzar el enfrentamiento, y abaten a las palomas mensajeras como nosotros a los cuervos que saquean los cadáveres. En esta espera nuestra ayuda siempre llega tarde, y sabemos que no podemos aguardar nada de quienes deberían auxiliarnos. Estamos solos, Isabella, en mitad de una tierra cenagosa y alimentada por muertos. Quien mantiene la fe se ase a ella. Los oficiales inventamos rumores optimistas, porque nada es demasiado para alegrar el futuro de estos hombres. Yo perderé la fe cuando descubra que los mandos superiores hacen lo mismo con nosotros.

Nos han comunicado que para principios de verano nos desplazarán hacia el sur, hacia la Picardía. Quieren agruparnos junto al río Somme,

los ingleses en la orilla norte. No creo cometer ninguna indiscreción contándote esto, ya que incluso las cartas requisadas a los alemanes hablan de ello con libertad, y durante meses no se ha hablado de otra cosa, de la estrategia del general Haig y de la obsesión francesa por recuperar Verdún. Hay quien dice que bebe demasiado (su padre destilaba el whisky Haig&Haig, y gracias a las debilidades de otros pudo ofrecerle una buena educación a sus hijos: como el contrabando en las trincheras), y quien prefería al viejo French, del que se libró como de un perro, al mando del ejército en Bélgica. Otros le veneran. Yo sólo te diré que es escocés, y tú conoces bien la opinión que los escoceses me merecen. De todas maneras, tiene dos hijos pequeños, y quién sabe a dónde volará su mente por la noche, en las horas en las que la soledad se alimenta de carne humana.

Yo me escapo al pasado, Isabella. Pido asilo en Soria Moria. A veces los recuerdos son tan dulces que comienzo a llorar en silencio. Pienso en Dolores, con su pelo corto, de tiñosa, y en los detalles de algunos de los vestidos que llevabas, a los que nunca presté atención pero que de pronto se presentan enteros ante mis ojos, con encajes y botones diminutos. Añoro las conversaciones con Thomas, pero nos observo desde fuera, como si aquellos años nunca hubieran ocurrido en realidad, sino que alguien me los hubiera contado y yo hubiera inventado las escenas, las palabras y los rostros.

Éramos muy hermosos y frágiles, querida prima. Sólo ahora sabemos cuánto. Vivíamos suspendidos sobre un abismo, sobre un suelo de cristal que cuando se quebró me transportó, sin dilaciones, aquí. Pienso también, más a menudo de lo que debiera, en alguien que no me conoció, pero que decidió mi vida, en el asesino del Príncipe Heredero. Otro de los oficiales habla de él, y lo hacemos en secreto, como si ocultáramos una vergüenza. Estuvo destinado en el frente del Este, y cuenta con más información que nosostros sobre ello.

El asesino se llama Gavrilo Princip, y procede de una familia muy pobre. Casi todos sus hermanos murieron en la infancia, y él enfermó de tuberculosis. A los diecinueve años le pidieron que atentara contra los príncipes de Austria, porque se encontraba ya en el segundo grado de tisis, condenado, y sólo suponía una carga para su familia. De manera que cometió ese crimen infame, e intentó acabar con su vida a continuación. Los innobles que le llevaron a ello le habían proporcionado una píldora de cianuro, pero de tan baja calidad que el hombre no murió. Lo han mantenido con vida, porque era menor de edad cuando cometió el magnicidio, y ahora adelgaza y se pudre en una celda en Theresienstadt, imagino que en condiciones no mucho mejores que las nuestras. Imagino a veces que si esa familia se hubiera visto libre

del hambre y la tisis, Europa viviría tranquila, en una paz tensa pero continuada. A veces los príncipes no recuerdan que su vida está entrelazada con la de sus gentes, y que si una vena se obstruye, el corazón cesa. Dios le perdone su pecado, y el que nos haya traído a todos aquí.

Mi único consuelo reside en que no puede ser mucho el tiempo que me quede en esta posición, porque hasta ahora se releva a los soldados aproximadamente cada mes, y yo termino ya mi tercera semana. Me envíen a la Picardía, o al frente, daré gracias en silencio. La guerra aún puede ganarse, Isabella, y quizás no haya sido mala cosa para los hombres de mantequilla, como yo, conocer el hierro candente. Pero no deseo pensar en el futuro, porque como las ondulaciones de la trinchera, quién sabe qué esconde. Recibe todo mi afecto, y conserva algún pensamiento de tu mente generosa para tu compañero de juegos, tu primo y admirador.

Scott E. Hawkins

Comienzos de verano de 1936

–Entonces, eso es lo que le ocurrió –dijo Dolores, con la voz entrecortada.

–Eso fue lo que le ocurrió –repitió Isabella, el acento canario aún vivo entre los otros restos que enturbiaban su español.

Fuera, en la calle, el canturreo del tráfico se desparramaba sobre las dos tazas de té que se enfriaban sobre la mesita.

–Si nunca te hubiera conocido –continuó Isabella–, si ni tú ni tu pérfida madre os hubierais cruzado en nuestra vida, mi primo continuaría vivo.

–Si tu primo continuara vivo –dijo Dolores–, si Scott hubiera sobrevivido en el Somme, tú y yo nunca nos hubiéramos encontrado de nuevo. Y no seguirías hablando de él como lo haces, con un puñal dirigido a mi garganta. Nunca, jamás. Yo lo hubiera protegido de ti, de las que eran como tú.

–Tu madre y tú. Sobre vosotras pesa la muerte de un inocente.

Dolores levantó la cabeza. Observó los dedos de Isabella, la sortija con una esmeralda que le quedaba pequeña y apretaba la carne en torno al nudillo.

–Eres ridícula, y hablas como un personaje de opereta. Deja de actuar, Isabella. Ninguno de nosotros era inocente.

Verano y otoño de 1913

Cecily Hamilton mentía de continuo, con la frente alta y la mirada fija, en lo importante y lo trivial, con una pasión oculta por tal desgana que impedía desconfiar de ella. Era una mujer hermosa y liviana, que acababa de cumplir treinta y tres años, y desde hacía tres aseguraba no pasar de los treinta. Había regresado en junio del enlace de su hija Candela, en Gibraltar, y desde entonces la encontraban más melancólica y más solitaria, pálida y gaseosa de encajes en las *garden parties* de Santa Cruz, como si la tristeza de haber casado a dos hijas en menos de un año la hubiera dejado exhausta y con poco que hacer. Linda, la segunda, esperaba ya un hijo, y la imaginaban redonda y discreta en una hermosa casa de Surrey.

A Candelaria, la recién casada, le aguardaba un viaje de diecisiete días hasta Sierra Leona, con un marido católico que le doblaba la edad y que como regalo de bodas le había entregado a Cecily un aderezo de perlas rosadas, y al mayor Hamilton un alfiler de diamantes sierraleoninos que lucía en el club, a la espera de muchos más, de una sangría viva en la tierra africana.

Les quedaba una hija, Dolores, aún muy joven. Aunque los Hamilton acostumbraban a presentar a sus hijas excepcionalmente pronto, Lola Hamilton no pasaba de los trece años en el verano de 1913. Como muchas niñas de la isla, había nacido con el siglo, y como todas ellas, se balanceaba inquieta entre la inocencia y el coqueteo. Bajo el cielo canario, sus pieles se oscurecían, y el mar tomaba colores inquietantes. Aquel año había resultado seco, y los pozos languidecían, mientras las muchachas inglesas de la isla aguardaban el mundo, y comentaban la buena suerte de Candelaria Hamilton, que viviría entre criados negros y diamantes, con sus rubios cabellos aclarados por el sol.

El verano alimentaba las intrigas que se completaban durante el invierno: llegaban nuevos visitantes, y en manos de la buena sociedad tinerfeña estaba el que decidieran invertir en la isla, o que continuaran viaje hacia las colonias inglesas u holandesas, con ideas

nuevas y dinero fresco. Los hombres abrían sus casas, y revelaban secretos a medias para enriquecerse de manera rápida, sin abandonar Europa. Las islas Canarias se presentaban como la nueva Australia, la nueva América, sin alimañas, ni paludismo, ni despedidas definitivas. De las mujeres dependía que ese entorno se volviera irresistible. Las isleñas combinaban la gracia y la educación de las inglesas con una indefinible languidez exótica. Quizás, en el fondo, se agazapara el temperamento indígena, español, una lava que los hombres temían y buscaban. Eran *terra incognita.*

Cecily Hamilton miraba a su hija menor con los párpados entrecerrados, como si aún no comprendiera bien qué hacer con ella, pues era menos hermosa que Candela, y más despierta que Linda. Había existido otra hija entre los años que separaban a Lola de las mayores, una niña muerta al nacer, sanguinolenta y diminuta, con los ojos cerrados y los puños prietos. No los abrió nunca, y Cecily, aún drogada por el vino y la quinina, había gritado hasta la ronquera; luego supo que era una niña. Entonces calló, perpleja, y durmió durante casi un día sin despertar, ajena a los senos hinchados y doloridos y a la pena muda de su marido y de su madre, que había llegado de Inglaterra para cuidar de ella y de la criatura.

Después había nacido Dolores, con los ojos muy azules y vivos, y un parecido con su padre que casi resultaba grotesco en una niña, como una denuncia de la similitud de las otras hermanas a su madre. Lola tenía del mayor el cabello oscuro, una mandíbula cuadrada y tenaz, y los dedos de las manos cortos y cuadrados, como una artesana. La voz grave de su madre, la cintura estrecha, la propensión a soñar despierta, quedaban ocultas por la esperanza de que el mayor quizás quisiera más a la niña-espejo, al varón invisible y legítimo. Su amor le hacía parecerse a él. Y con el pelo afeitado por el tifus, cubierto por los sombreritos de paja y tela, Lola se asemejaba a un mayor joven, muy anterior en edad al que Cecily había conocido.

A Cecily la idolatraban en la finca de la Orotava, y la respetaban sin maledicencia en Santa Cruz. En el campo se alzaba, rubia y silenciosa, como una santa protectora de los pobres, tras la mano de hierro del mayor. Nunca levantaba la voz, no se movía con brusquedad, regalaba por cada San Miguel –cuando los colonos renovaban el arrendamiento de las tierras– una gallina y una camisa nueva. Lo hacía a escondidas, sabiendo que su marido lo sabía, y aún así encarecía a los campesinos que no dijeran nada al señor, como si el secreto las uniera a ella y a las otras madres, las que

tomaban con miramientos la camisa de lienzo y le deseaban buena suerte y buenas bodas. La *miss* Hamilton era considerada bondadosa, y nadie, salvo los criados de la casa de Santa Cruz y su hija Lola, la habían visto nunca gritar. Y estos callaban, olvidaban, buscaban entre las trizas de su ira a la mujer amable e impasible que paseaba con su hija o con Mademoiselle por las calles empedradas.

Había llegado a la isla cuando aún gateaba, pero se consideraba británica de pies a cabeza. La madre, una mujer que nunca aprendió español y que regresó a Londres en cuanto le fue posible, había pasado gran parte de los años que la familia gastó en Tenerife en la cama, con las cortinas echadas, y dolores constantes que no se aliviaban salvo cuando acudía a los baños en Inglaterra. Se recuperaba en las aguas verdosas y humeantes de Bath, se creía fuerte y sana de nuevo, y enfermaba en cuanto arribaba a Santa Cruz. Llegaron a la conclusión de que el clima canario, las lluvias escasas y la primavera eterna agravaban su enfermedad, fuera cual fuera, y que la sumía en delirios histéricos. Cecily y su hermano crecieron a la sombra de su padre, despreciando la debilidad materna, y con la convicción de que cada tierra ofrecía oportunidades a los astutos, y que el plan divino situaba a cada cual donde mejor le convenía.

–Las enfermedades de mi mujer, y los caprichos de mis hijos –decía de vez en cuando–. Esta tierra da para cubrirlo todo y aun así no dejarme en la miseria.

Tras los años de prosperidad de la cochinilla, habían llegado los de la caña de azúcar, y más tarde, los del vino. El padre, que se había enriquecido con los impuestos de aduanas, no pensaba en regresar a Inglaterra, y contagió ese vínculo a la propia Cecily. Supo, porque él así se lo hizo ver, que en Santa Cruz no abundaban las chicas como ella, de las que estaban cansados en Londres. Si deseaba casarse con un español, no se lo impedirían. Si, por el contrario, elegía un británico, no le resultaría difícil encontrarlo en Tenerife, donde ella aparecería ante los ojos civilizados como un ángel de gracia en medio del desierto.

Aquella era una tierra amorosa con el visitante e implacable con quien deseaba conquistarla. El almirante Nelson había perdido su brazo en Paso Alto, a pocas millas de allí, mientras intentaba desembarcar en la isla. Sin embargo, el naturalista Alexander von Humbolt, seducido por aquellas costas, había elevado un canto de gratitud a la belleza del Teide, y desde el año 1890 los viajeros ingleses que habían leído su tratado se acercaban a comprobarla, a

beber vino canario y a entablar redes cada vez más prósperas de comercio. La isla se les ofrecía dulce, femenina y sensual, y ocultaba su desnudez y su humildad con flores, con sol, y con la promesa de más encantos, más riquezas, más placeres.

Aun así, durante tres años, Cecily vivió en Londres con su madre. Pensaban completar su educación de una manera más sofisticada que la ofrecida en las islas, pero fue muy poco lo que aprendió. Le aburría estudiar, y su madre se encontraba siempre débil, siempre quejosa. La acompañó en silencio y con estoicismo, de doctor en doctor, en busca del secreto de sus dolores, hasta que se convenció de que su padre estaba en lo cierto, y que los tímidos intentos de su madre por encontrarle un marido aceptable no concordaban con sus ambiciones ni su carácter. Miraba por las ventanas de la casa de Albion Street y la lluvia constante, las calles pálidas y el idéntico tono de voz convertían todos los días en iguales, y cada uno en el recordatorio de que el tiempo pasaba, y ella no era eterna.

Regresó a Tenerife como quien se reencuentra con la vida, conquistó el corazón del mayor Hamilton sin competencia ni dolor, y se casó a los quince años, con un vestido negro y un velo del mismo color, esbelta y elegante, dueña de sí. En los retratos sus ojos claros refulgían bajo las pestañas, con una timidez muy elogiada, y que era capaz de fingir en casi todas las ocasiones que lo requerían.

Hacía poca vida social, y se comentaba que sin la mano estricta de Mademoiselle, una mujer tan poco mundana se encontraría perdida. Cecily debía gobernar la casa de Santa Cruz, la finca de la Orotava, otra más, extensa y variable, en Fuerteventura, y a tres hijas jóvenes. Cuando se acercaban a visitarla, la encontraban siempre ocupada, y aunque su sonrisa era cordial, y su hospitalidad exquisita, al cabo de poco tiempo los visitantes se sentían molestos, como si en lugar de a una señora elegante visitaran a un hombre de negocios, al que robaran tiempo para lo realmente importante.

En eso, como en muchas otras cosas, Cecily se refugiaba en el espejismo creado: en Mademoiselle, una normanda imponente, de rostro cuadrado y la estatura de un hombre recaían las tareas que ella aborrecía, la administración de los alimentos, los cortes de tela y los privilegios, el control de los criados, las efemérides, el calendario de festejos y visitas, y las notas escritas a mano como agradecimiento por las mercedes recibidas. El rostro amable, la sonrisa fácil, los mostraba ella. El resto de las conveniencias sociales se las dictaba la francesa.

De Mademoiselle sabían muy poco: apenas el lugar donde había

nacido, y que tenía dos hermanas más, las dos dedicadas, como ella, a la enseñanza. Su nombre propio, Marie, apenas había resonado dos o tres veces en la familia, siempre de labios del mayor Hamilton. No parecía sentir excesiva simpatía por nadie, ni siquiera por Cecily, con la que se entendía sin palabras, pero tampoco nada merecía su abierto desprecio.

En esa lejanía radicaba su poder. Si debía ilustrar a las niñas con un ejemplo edificante, recurría a la Biblia. Si le interrogaban sobre su infancia, cambiaba de conversación. No contaban con nada con lo que chantajearla, ni con qué convertir sus pies bien calzados en barro. Ni siquiera demostraba una debilidad especial por una comida que le hiciera relamerse. Cuando le quedaba tiempo libre, salía a pasear por alguno de los jardines, o caminaba enérgicamente hasta el puerto, porque creía en la idea de que no había nada como el aire puro para conservar la salud y las fuerzas. No tenía amigas, ni parecía echarlas de menos. Para ella, que defendía a ultranza que las mujeres, al igual que los hombres, debían cultivar diversas aficiones, las caminatas parecían ser la distracción elegida.

Las niñas le habían inventado pasados gloriosos, de los que le quedarían los pendientes que a veces lucía, unas amatistas muy hermosas, y un aristocrático vocabulario. La habrían expulsado de su hogar por enamorarse de un católico, pero el amado había muerto y no le había quedado más remedio que pedir trabajo en la casa de los Hamilton. O habría sobrevivido en un orfanato durante años, hasta que Cecily fue a rescatarla, y algún día descubrirían que, en realidad, eran hermanas.

Esa idea estremecía a las tres hermanas Hamilton, porque, por más que no pudieran recordar un momento en el que Mademoiselle no viviera en su casa, nunca la habían confundido con un miembro de la familia. Poseía la rigidez de Cecily, pero nada de su encanto, y era, en cierta medida, una madrastra sin momentos de debilidad. No la querían. En ciertos momentos, cuando ni los mimos ni las súplicas hacían mella en ella, la educación y las miradas bajas apenas podían ocultar un odio sembrado a muy poca profundidad; dos lágrimas bastaban para que rebrotara.

La historia real era que había sido seleccionada a través de la madre de Cecily, que la había conocido durante una estancia en Bath, y a quien había impresionado su seriedad y su buen acento en varios idiomas. Era, sin duda, la mejor institutriz posible en música y lenguas, mucho más inteligente y capaz, se temía Cecily, que sus propias alumnas. Cuando se requirió de ella que, además del cuidado de las niñas, tomara en sus manos el de la casa, se limitó a

dar órdenes a los criados con la misma serenidad y distancia que a sus alumnas. Se había convertido en la piedra angular de la casa, y la persona que, junto con Cecily, más trabajaba en ella; pero si se había percatado de ello, nunca se quejó, ni pareció a disgusto. Cuando murió, en 1922, aún al servicio de los Hamilton, casi no sabían más de ella que el primer día que la recogieron en el puerto veinticinco años antes. Aparentaba la misma edad, y conservaba el mismo aire circunspecto.

Nunca la habían visto sin el cabello peinado, reluciente en un moño que seguía la moda con algo de retraso, digno y apretado, ni con una arruga en la ropa. Salvo para las lecciones, raras veces se la encontraba sentada. Tampoco había tenido que elevar jamás la voz, que sonaba apenas un poco socarrona, si debía regañar, o abiertamente irónica, si la falta cometida era más grave. En ocasiones, no sabían dónde terminaban las recriminaciones aguzadas de Mademoiselle, que les llenaban los ojos de lágrimas, y dónde la cuidadosa indiferencia de Cecily, que les hacía que el corazón se convirtiera en plomo.

Cecily autorizaba cada uno de los pagos, y no había una moneda que se moviera en sus casas de la que ella no llevara cuenta: desde el dinero para alfileres que se les daba a sus hijas a las reservas anuales, que se invertían en Inglaterra a un interés conveniente. Sabía qué barcos atracaban y cuáles abandonaban la isla, y con qué carga. Como todas las madres, conocía a quién saludar y a quién no, y con quién no estaba dispuesta a que se cruzaran sus hijas. Observaba a las otras niñas, y preveía luchas y ataques, y cómo evitarlos. No le gustaban las confrontaciones. Lo que de verdad ansiaba era el triunfo.

Con discreción y como por casualidad, escuchaba las conversaciones de los hombres, y le preguntaba a su marido, si no lo comprendía, de qué se había tratado. Tenía una mente rápida, y una sed inmensa de poder, que se tragaba cada día, mientras se vestía, mientras visitaba a amigas y pagaba atenciones, y que cada día le pesaba más. Si hubiera tenido un hijo varón, pensaba en ocasiones, qué admirable dúo hubieran conformado: su hijo se habría transformado en el ejecutor de sus miras, podría llevar a cabo los planes que a ella no le estaban permitidos, y que su marido ni siquiera tenía en cuenta.

Le conmovían la pobreza y la ignorancia, y en lo posible, intentaba remediarlas. Si hubiera nacido en otra clase social, quizás hubiera marchado a África, a ser misionera. Necesitaba resultados rápidos, y un agradecimiento igualmente inmediato. Por eso se

sentía más a gusto rodeada de las mujeres campesinas, o de los jóvenes hijos de sus amigas: la admiraban sin reservas y sin cuestionamientos, obedecían con rapidez, y las cosas se llevaban a cabo exactamente como ella deseaba.

Entre los ingleses de la isla gozaba de buena reputación; tal vez se adelantaba demasiado a los tiempos para su gusto, pero lo hacía en temas superficiales, que irritaban sin molestar: era de las primeras en lucir las propuestas de la moda, fueran las que fueran, y a veces dejaba de lado su actitud tímida para hablar con excesiva claridad sobre los temas corporales. Pero su marido era un conservador declarado, ella no faltaba en ninguna celebración religiosa, y al fin y al cabo, los tiempos estaban cambiando, y en las Canarias, que distaban mucho de adaptarse a las costumbres europeas, se escandalizaban de usos completamente aceptados en el continente.

Si la apreciaban tanto, y no hablaban mal de ella, se debía también a que sus hijas habían mostrado la delicadeza de casarse con muchachos de fuera de la isla: Linda, con un hacendado pudiente, socio lejano de su padre, que se había quedado prendado de sus tobillos entrevistos bajo las faldas modernas, de las que Linda Hamilton era una escandalosa defensora. Después de ella, otras siguieron el ejemplo de las faldas cortas, que le habían proporcionado a ella un noviazgo relámpago, una luna de miel breve en Madeira, y una vida ya encaminada.

La esposa de Hamilton era innovadora, sí. Algo reservada, de humor cambiante y con tendencia a la melancolía. Pero en nada podían encontrarle otros defectos.

Candela, la primogénita, había aguardado por dos años el regreso de un militar mucho mayor que ella, destinado al África Occidental. Se llamaba Alfred Nolan, y había vivido en la India y en Malasia. Cuando llegó a Tenerife, en el otoño de 1910, traía noticias antiguas que sonaban como nuevas, y la India les recordaba su papel en el mundo, y la seguridad en su destino, frente a la arrogancia cada vez más imperial de los Estados Unidos. La pérdida de Cuba aún dolía en el orgullo español, pero se había vivido de manera especialmente intensa en las islas, que temían una invasión inmediata, bien de los yanquis, o de los españoles, para solucionar las tensiones políticas entre Tenerife y Gran Canaria. O MacKinley a las puertas, o mayor poder para el capitán general Montero, podían elegir.

Con el tiempo, el miedo se transformó en rutina. MacKinley había decidido permanecer en las cosas americanas, y Montero fue sustituido por el teniente general Delgado y Zuleta, un sevillano que ascendió rápidamente y fue llamado de nuevo a Madrid.

Las ínfulas de gloria y los planes de negocio con una Cuba recuperada desaparecieron con la llegada de los barcos que devolvían a tierra a los soldados canarios. El 17 de febrero de 1899 atracó en Las Palmas el vapor *Pío IX,* con ciento catorce supervivientes a bordo. Los familiares los recibieron en silencio, como correspondía a los que habían luchado sin lograr nada, y la Cruz Roja se hizo cargo de cinco de ellos, que no podían tenerse en pie. El 6 de marzo llegó otra expedición, y al frente de esta el sargento García Marrero, que era bien conocido en Santa Cruz. El vapor *Hespérides* trajo a otros, que pasaron incluso más desapercibidos.

La capitanía general, desde entonces, había permanecido en manos de héroes de Cuba. En 1900 había sido nombrado el general Pérez Galdós, un valiente con cabeza, al que sólo le recriminaban el que, como grancanario, mirara más por su isla que por Tenerife. March y García de Mesa, y después Higinio Lugo Torres le habían

seguido. Durante la campaña cubana Lugo Torres se había enfrentado con nueve hombres de caballería a cincuenta de infantería, y los había contenido, cuando era sólo un cabo escolta. El mayor Hamilton lo admiraba sin disimulo, y no había cesado en su empeño de conocerle hasta que le fue presentado de manera informal, en el baile de la Candelaria de 1911.

De Cuba se hablaba mucho en la isla, y también de Venezuela, adonde partían cada vez más gallegos y canarios, a los que los ingleses llamaban *los irlandeses españoles.* De la guerra, en cambio, cada vez menos.

–El azúcar canario no tiene nada que envidiar al cubano –decían–, y el ron se inventó en esta tierra. ¿Qué más necesitamos de esa isla, mientras conservemos esta?

Cuba era el pasado de España. La India, por el contrario, escondía el futuro de Inglaterra. Alfred Nolan, no obstante, hastiado de Oriente había solicitado un cambio de destino, y tras una estancia breve en Londres, se había detenido en Tenerife de camino hacia Sierra Leona.

Cuando pisó el English Club, que había sido inaugurado un año antes y en el que todos se conocían, los hombres observaron sin disimulo su tez amarilla y el temblor de las manos que los veteranos reconocieron como los estragos de la malaria. Muchos habían pasado ya por ella. Le dieron ginebra para combatir la fiebre, y le presentaron a las niñas más suaves y amables, con la alegre generosidad que se concede a los invictos y a los enfermos. Les había gustado, lo querían entre ellos. Lo llevaron a Gran Canaria, donde la población británica era más numerosa, y donde esperaba visitar el Queen Victoria Hospital de marineros, con la idea de reclutar a algunos de ellos que ya se encontraran recuperados y se presentaran voluntarios con destino a África Occidental.

La búsqueda de novia no se había interrumpido. Sin demasiadas cavilaciones, Candelaria Hamilton fue la elegida; le alabaron la elección. Gastaba una mirada dulce, y unos modales impecables, y aunque retirado, era hija de un militar.

Durante los tres años que duró su noviazgo, los extranjeros de Santa Cruz ejercieron en torno a Candela una vigilancia férrea y visible, que se intensificó cuando Nolan partió para Sierra Leona. Como a un viuda, como a una monja, se le suponía decencia, ojos bajos, un rechazo cortés a quien deseara bailar con ella. Como a soltera de una familia conocida y respetada, se la esperaba en todas las reuniones sociales, inglesas y españolas. Ella, que sonreía siempre en público con unos dientes parejos y marfileños, dejó de

quejarse en casa cuando su madre la abofeteó.

–Egoísta, impaciente, hipócrita –dijo Cecily, en voz muy baja, mientras le palpitaba la mano con la que le había golpeado–. Tu padre es débil, y confía en los demás. Yo no. Te casas con el mejor partido posible, el que más te permitirá subir en sociedad, que ha aparecido por esta isla en muchos años. ¿Crees que se alegran de ello? ¿Tus amiguitas, las madres de tus amiguitas? Están al acecho del menor de nuestros fallos, de un rumor insignificante para arrastrarte por el fango. Si se te hace difícil aguantarlo, es que no tienes decencia, ni fuerza de voluntad. A partir de ahora, te verán en dos bailes al año, hasta que se te lleve tu marido. Van a recordarte, ten bien presente esto. Te van a recordar para siempre con la reputación con la que te vayas, y no habrá habido novia que mejor guardara las ausencias que tú. Si te permites una mirada fuera de lugar, te mato a azotes.

Así fue. La vieron en febrero, por Carnavales y en la fiesta de la Candelaria, su patrona. El resto del año las excusas se acumulaban y la disculpaban. Estaban de luto, le dolía la cabeza. Se marcharían por dos meses a La Orotava, les sería imposible. Quienes quisieran interesarse por su hija, la encontrarían en el servicio de los domingos de la Iglesia de Todos los Santos de esa localidad, que cuidaba de la salvación de los anglicanos de la isla. O bien podrían acercarse a tomar el té a la casa, o un poco más tarde, a la hora de la merienda española, porque las chicas tenían muy atrasada su labor. Cecily Hamilton podría mostrarse liberal en su conversación, pero nunca en su trato.

Mientras tanto, se casó Linda, la segunda de las hijas, murió el abuelo Hamilton, y, muy poco después, la abuela, siempre dolorida y ausente. Las niñas heredaron alguna joya como recuerdo, porque el resto recayó en su tío, el hermano de Cecily, y sus dos hijos, que desde hacía años ya no vivían en Tenerife. Linda se escribía con su madre casi a diario, y su padre se quejaba de que entre su marido y él mantenían el gasto del buque correo. Cada día dos de ellos llegaban procedentes de Londres, y en uno, o incluso en los dos, recibían noticias de Linda. Así fue como Cecily y el mayor supieron que serían abuelos, y que Linda, sin ser tan feliz como esperaba, no podía vivir para otra cosa que no fuera los cambios de su cuerpo, los malestares, la sensación de que la vida avanzaba demasiado rápido y su vientre con demasiada lentitud.

–Evitad, con vuestras mejores artes, que en vuestro matrimonio nazcan hijos después de los veinticinco años –les había repetido a sus hijas, desde que tenían edad para entenderla–. Otras mujeres

marcan el límite de los treinta, pero ¿os imagináis que yo tuviera un niño ahora, a mi edad? –se detenía por un momento, para que sintieran la vergüenza, en parte por imaginar a su madre encinta y en parte por las implicaciones de la pregunta–. La mujer sufre en exceso, y los niños resultantes son débiles, y en ocasiones, deformes. Salvo en un segundo matrimonio, o que hay una razón imperiosa, como una herencia que precise un varón, no encuentro ningún motivo para poner vuestra vida en peligro.

Candela callaba, y a menudo parecía ausente, o quizás fuera sólo aburrimiento. La boda se celebraría en Gibraltar, donde un obispo anglicano legalizaría su unión; el obispo de la diócesis de Canarias, que era el mismo que Candela se encontraría en Sierra Leona, había sido informado, y ante la imposibilidad de desplazarse él mismo, le parecía adecuado que los dos novios arribaran ya casados a sus costas.

La pequeña Lola guardaba cada palabra de su madre en la memoria, a la espera del día en que pudiera aplicar ese conocimiento que le costaba mucho menos retener que la aritmética o la historia. No era buena estudiante, aún peor que sus hermanas, pero dibujaba mejor que ellas, y mostraba mayor curiosidad por aprender. Mademoiselle hacía hincapié en las actividades prácticas que les aguardaban una vez casadas, y creía también en la necesidad de las niñas de practicar una afición, algo que las consolara en la soledad y que les permitiera un espacio, un tiempo sólo para ellas.

Las dos mayores se habían aficionado a la correspondencia, sobre todo a las postales. Linda tocaba también un poco el piano, pero en su casa de Surrey no había convencido aún a su marido para comprar uno. El tiempo y la preparación que exigían las cartas podía prolongarse hasta el infinito. Elegían el papel, lo perfumaban con cuidado para que no quedaran cercos, compraban lazos y tintas nuevas, lacre, sellos y cajas para guardarlas. A Lola no le gustaba escribir, pero ilustraba de buen grado las cartas de sus hermanas con sanguinas y acuarelas. Luego se mandaban al aire, desvalidas, con la voz de Cecily retumbando a sus espaldas:

–Seréis mujeres maduras el día en que escojáis un papel de escribir sencillo y blanco... Ay, cuánto trabajo me queda...

Cuando Candela, ya casada, se despidió de su familia, su vestido del día después bien planchado y dispuesto, el ajuar distribuido en baúles mundo con sus iniciales, no lloraba, y su madre se encargó de elogiar ante otros la valentía que demostró su hija al contenerse. La besó en la frente, con los labios secos, y luego la contempló por

un momento, a la distancia de sus brazos, con el viento del puerto de Gibraltar en los ojos.

–Recuerda que aún te queda una hermana soltera, y que si te apartas de lo que se espera de ti no sólo te condenas tú: la condenas también a ella. He sido estricta contigo, pero no más de lo que he sido conmigo misma. Ahora tu vida está en tus manos, y algún día me agradecerás lo que te he enseñado. Y yo espero vivir hasta que te des cuenta de ello.

Candelaria se arrojó a su cuello, y le respondió también en un susurro.

–Mamá...

Luego la recién casada había abrazado a Dolores, le había recomendado que se portara bien, y había entregado unas cartas para que se las hicieran llegar a sus amigas de Santa Cruz. No sabían cuándo volverían a verse, pero el correo también funcionaba con regularidad entre las islas y Sierra Leona, y quién sabía lo que les aguardaba en el futuro. Quizás se reunieran antes de lo esperado. Su marido era un hombre enfermo, y Candela sólo tenía diecisiete años.

Comenzaba el verano de 1913. El agua escaseaba en Tenerife, las cabras daban menos leche de lo normal, el sol parecía no ponerse jamás en días interminables, y en Santa Cruz la alarma se extendía entre las familias del puerto, porque habían aparecido varios casos de tifus, y en una isla los secretos volaban, y las enfermedades eran aún más rápidas.

Cuando Lola Hamilton enfermó, hubo que avisar a dos familias para que sus hijas no cruzaran la puerta de su habitación y se mezclaran con los demás, no fuera a ser que el tifus las atacara también a ellas y alcanzara a más víctimas. Comenzó con una fiebre muy alta, que llevó a la niña al delirio. Se quejaba de clavos en la cabeza, de unas tenazas que le aprisionaban las sienes. Las cortinas de su cuarto oscilaban con la brisa y se convertían en monstruos de cuento que extendían sus garras hacia ella. Gritaba de noche, y por el día se hundía en un sopor inquieto, a resguardo de la luz y el aire, porque todo le hacía daño.

Los Hamilton, lo que restaba de ellos tras las bodas y las muertes, habían decidido pasar los meses de verano en la finca de la Orotava, que ofrecía una sombra oscura de pinos y palmeras, pero regresaron a Santa Cruz cuando se hizo evidente que los dolores y la fiebre no se debían a un empacho de helado y confites. Una semana antes, Lucía Berriel e Isabella de Betancourt habían celebrado el aniversario de Lola en una merienda en la que se hincharon de dulces hasta que sintieron que no podían moverse; las dos niñas, que parecían libres del contagio, se mostraban animosas y sentían lástima por la pobre Dolores, a la que escribían cartas con cromos y deseos de salud.

Cecily, que había dirigido las aproximaciones entre las familias a su manera informal y sutil, las eligió porque las consideraba las más peligrosas para su hija. Tenían una edad similar, y sus madres les harían pescar en las mismas costas. Lucía estaba desprovista de toda gracia, con su nariz ancha y prominente, y su vulgaridad de niña criada por una madrastra, pero pertenecía a la nobleza más antigua de la isla, y todos sus parientes se aburrían en cargos oficiales, en los que dejaban pasar las horas con un grado moderado, nunca escandaloso, de corrupción. Isabella, en cambio, había servido para afear el comportamiento de Dolores más de una vez. Su sangre sueca le había permitido heredar una piel transparente y una estatura superior a la habitual, y un dominio de sí misma que Cecily

no observaba en Dolores.

La madre de Isabella, Ann Kirstin Betancourt, de soltera Westerdahl, se hubiera hecho con un condado de no haber nacido mujer, y hablaba un francés distinguido, excesivamente nasal. Cecily la imaginaba serena, impasible, mientras leía su nota: *Dolores ha caído enferma... Le encarezco fervientemente que tome las precauciones necesarias...* Luego se levantaría y llevaría a Isabella a su habitación. Le permitiría una muñeca y su diario, y le explicaría con concisión el caso. Después, pasada la cuarentena, como si nada hubiera ocurrido, la puerta de Isabella se abriría de nuevo, y el orden regresaría a aquella casa de paredes blancas y retablos antiquísimos.

Nunca lo hubiera reconocido, porque lo guardaba como una espina en su pensamiento, pero cuando Cecily Hamilton sentía dudas acerca de su comportamiento se preguntaba qué es lo que haría Ann Kirstin Betancourt de verse en el mismo dilema. Envidiaba su frialdad, su templanza de sirope helado, su familia aristocrática y norteña. Sentía que podía igualarla en todo, menos en su origen.

Las dos habían nacido en el mismo año, pero Ann Kirstin había crecido entre comodidades mayores. Pudo permitirse un matrimonio por amor, a una edad en la que Cecily era ya madre de dos niñas, y fue bendecida con sólo una criatura. Por lo demás no gozaba de más dones que la belleza y la buena suerte, y en los momentos de más desesperación, Cecily pensaba que hubiera dado todos los suyos (la agudeza, la fuerza de voluntad, la elocuencia, el encanto) por un diezmo de los de Ann Kirstin.

El doctor que atendió a Dolores pidió que la aislaran, que comiera lo que deseara si le regresaba el apetito, que le dieran jugos de carne exprimida y todo el pollo que le apeteciera. La obligó a beber agua con sal y azúcar, y luego ordenó que quemaran la ropa de cama y que le trajeran unas sábanas de lino nuevas y recién lavadas. Las sábanas del ajuar de Cecily, con las iniciales bordadas, tan fuera ya de estilo, ardieron como estopa, bajo la mirada atenta del médico, que era un hombre gordo y con los dedos cortos, y las siguió el camisón preferido de Lola, que le quedaba demasiado corto y algo estrecho, y luego las toallas, las prendas íntimas, los vestidos de verano recién cosidos, todo lo que pudiera extender el contagio.

Lola no pudo nunca recordar con precisión las horas primeras de aquel verano, que le hundieron en un cansancio sudoroso y férreo. Se pasaba las manos por la frente muchas veces al día, y se buscaba

el cabello cortado, que ya no pesaba en su nuca. Luego no supo si recordó o le contaron el momento en el que Mademoiselle le dividió el pelo en pequeños moños y se lo cortó, atenta al menor movimiento de un piojo o una liendre delatora que se moviera entre los mechones. Los cabellos caían al suelo como plumas oscuras, y los dientes de la tijera chirriaban muy cerca de su oreja, dolorosos, voraces. No aparecieron los piojos, aunque en los oídos de Dolores resonaban las palabras no dichas por su madre, su vergüenza y disgusto, la sensación de suciedad. Sólo los pobres, los mezquinos, se infectaban con plagas.

Una mujer del pueblo la lavaba con una esponja áspera, sin desnudarla, bajo la camisa de hombre en la que sudaba y se debatía, y creía ver a algunos niños pequeños, con el dedo en la comisura de la boca. Intentaba un grito de alerta, el miedo por los niños contagiados por sus piojos y su fiebre, pero nada partía de sus labios. Luego la mujer desapareció, y con ella los niños, y Mademoiselle entró a darle de comer. Esa imagen se repetía una y otra vez, pero no sabía si la había vivido en varias ocasiones o tan sólo la recordaba.

Cuando, ya en septiembre, recuperada, delgada y mortecina, se miró al espejo, le aterró tanto lo que vio que ni siquiera lloró. Sus huesos asomaban en las costillas y los pómulos, y el pelo corto la convertían en una presa, una enferma perpetua, una condenada a cárcel y muerte. Parecía tener ocho o nueve años. Las cartas alegres que había dirigido a sus amigas le parecían ahora una burla cruel. Nunca reuniría el valor suficiente para aparecer en público de aquella guisa.

Lloró a escondidas, sola, porque Mademoiselle no le mostraba piedad; a su manera, también le hacía sentir culpable por su contagio: si se hubiera lavado con más cuidado, si hubiera comido con menos remilgos, si no recogiera todo animal errante que encontrara por las calles, no se encontraría ahora en esa situación. Su madre no le servía tampoco de gran consuelo. Había regresado a Santa Cruz en cuanto se confirmó el diagnóstico.

–No soy una buena enfermera, Dolores –le había dicho, y ella recordaba las palabras con forma y peso, como si las viera, densas en el aire con la fiebre. Le hablaba desde el dintel de la puerta, no se había reclinado sobre ella para besarla, ni para enjugarle el sudor, como ella había leído que las madres y las santas hacían–. Tú sabes que no tengo paciencia, ni mantengo la calma frente a los momentos de urgencia. Además, tu padre me necesita, y yo no puedo caer enferma ahora. Mademoiselle te cuidará, hijita; ella ha

estudiado los manuales de la señorita Nightingale. Dios sabe que si pudiera hacer algo más por ti lo haría, pero no sirvo para cuidar de los enfermos. Mademoiselle sabrá si necesitas calor, o aire fresco, o caldo, o lo que sea que te permita volver a nuestro lado. Y ahora, ponte fuerte y recóbrate. Sería atroz que te perdiéramos. Ahora sólo me quedas tú.

Mademoiselle creía en la disciplina como fuente de vida y de tranquilidad de espíritu, y le hizo comer hasta que se le saltaron las lágrimas, y le dio caldos hirvientes que le quemaron la lengua para siempre, y le impidieron en lo sucesivo que distinguiera lo dulce de lo picante. De la mujer misteriosa que le lavaba la cabeza calva con vinagre una vez al día no supo más, y con el tiempo la olvidó. Aquella francesa arisca la salvó cuando las familias de pescadores enterraban a sus niños más tiernos, y por poca que fuera la simpatía que Dolores sentía por ella, el agradecimiento por conservarle la vida permaneció en su alma, un mandamiento como la limosna al menesteroso, o sacar del error al que no sabía. Los dos preceptos de caridad espiritual que ella prefería.

Para Lola sus días de estudio finalizaron con el tifus. Mademoiselle y ella se sentaban en el salón de la casa vacía y húmeda, en silencio, hasta que anochecía. En ocasiones, Mademoiselle leía en alto; ella se perdía, arrullada por la voz monótona, y se imaginaba muy lejos, contándose a sí misma lo que ocurría en aquella casa, ya mayor, quizás con un cabello tan largo que la uniera a la tierra, como las algas de las fantasmagóricas sirenas al mar. Luego la voz se interrumpía, y la institutriz le preparaba una cena fría de pan y queso. Mientras comía le clavaba el cuchillo con el que cortaba el queso en el costado, una y otra vez, hasta que Mademoiselle caía de rodillas y luego sobre un costado, sin sangre ni quejidos.

Esas ensoñaciones se repetían con frecuencia, y a veces no era Mademoiselle, sino su madre, la que moría, con los ojos muy abiertos y suplicándole un perdón que no siempre le otorgaba. O era ella misma la que moría, en un rebrote inesperado de la enfermedad, y dejaba a su familia desolada y culpable. Le gustaba el recuerdo de lo que había sufrido, o de lo que imaginaba haber padecido. Cada vez distinguía con menor claridad lo que había ocurrido o lo que sus recuerdos habían modificado.

En Santa Cruz la enfermedad de Dolores había servido como tema de no pocas conversaciones. Como si se reprodujera una danza de la muerte medieval, probaba que ni los jóvenes, ni los bellos, ni los sanos se encontraban a salvo de una maldición. En las islas la brujería había sobrevivido a las tradiciones católicas, y algunas

niñas llevaban conchas o cordones bendecidos en torno al cuello.

–Ha tenido suerte de enfermar ahora que aún es una niña –le decían a Cecily– y no en dos o tres años. Cuando una cosa así le pasa a una muchacha en flor, arruina su belleza para siempre. Al fin y al cabo, ha sido tifus, no viruela. O que no haya sido Linda. ¡En su estado! ¿No te parece una bendición el que viva tan lejos?

–Incluso en las desgracias, mi familia siempre se ha distinguido por su suerte. De todas maneras, no pienso en qué podría haber sucedido. Me basta con que mi hijita se haya recuperado –mentía Cecily y, si esperaban verla alterada, se marchaban de la casa decepcionados.

Dolores regresó a Santa Cruz con pocas ganas de vivir y un odio profundo por la carne sanguinolenta y el vinagre, cuyo simple olor le hacía ponerse enferma. Había abandonado los dibujos de sanguina porque en una ocasión se llevó a la boca un dedo manchado y el sabor a óxido le recordó al de los jugos de sangre. Sus padres la miraron con pena, pero no le hicieron ningún comentario. Fingieron que el tiempo no había pasado, que la enfermedad había sido un mal imaginado, y la madre le animó a que fuera a visitar de nuevo a sus amiguitas.

–Les debes atenciones, porque también ellas se han preocupado por ti. Éstos son los últimos años de la amistad. Después llegan los cortejos, y con ellos los matrimonios, y la diferencia de vidas, y de suertes. Las que os creísteis iguales, reparáis en que nunca lo fuisteis. Este invierno habrá novedades –dijo, como si hablara sólo para sí misma–. Todas las cosas están cambiando rápidamente, y deben encontrarnos preparadas.

Lola se tomaba la leche malteada de mala gana, una triple merienda destinada a que recuperara fuerzas y carnes.

–Debes pensar que, en el fondo, eres afortunada. El pelo, tu peso, te incomoda ahora, pero si tuvieras tres años más no te hubieras recuperado tan rápidamente. Ni tu cuerpo ni tu alma hubieran escapado intactos. Una niña enferma inspira compasión en sus amigas. Una muchacha enferma significa que se ha perdido una rival.

–Mamá, mis amigas no piensan así.

–Tus amigas no, pero sus madres, y sus ayas, sí. Te lo puedo asegurar, Lola. Me lo han dicho. Se dice tanto con lo que se habla como con lo que se calla. Algunas de ellas estarían rezando para que en lugar de tifus, te atacara la viruela.

Isabella de Betancourt había crecido durante el verano, y Dolores envidió con furia su cabello rubio, liso como los flecos de un mantón. Era más rubia que nadie que conociera, más que sus hermanas Candela y Linda, con un cabello casi blanco que el sol volvía transparente. Ella se había adornado con dos flores de hibisco, rígidamente prendidas con horquillas al pelo cortísimo. Imaginaba que Isabella fingiría no reparar en ello, y que no comentaría nada, pero Isabella fijó la mirada en su cabeza, sorprendida.

–Pobre, pobrecita Dolores… –dijo, y la abrazó, cubriéndola de besos. Dolores creyó que no podría contener las lágrimas. Se mordió el labio inferior, y se dejó luego mecer, envuelta en la ternura de las caricias de su amiga–. ¿Te llegaron mis cartas? Sé que no podías contestar todas, porque tenías que descansar, pero aun así, te escribí cada semana; te conté todo lo que hice.

Los gatos de Isabella se acercaron a frotarse contra las piernas de Dolores; su cola marcaba una interrogación repetida.

–Hay gatitos nuevos.

–*Ofelia* tuvo una camada de cuatro. Son preciosos, con unos ojos redondos como botones, negritos, como su madre. Lucía quiso quedarse con una.

Lola pensó por un momento en los piojos heredados e infestados de tifus, en la prohibición de acariciar perros, gatos, de salvar pájaros caídos. Después se inclinó hacia la suave Ofelia, se sentó en el suelo junto a ella, y jugó a enrabietarla con su propia cola.

La casa de los Betancourt se abría a un patio encalado, con muy pocos muebles y apenas flores, salvo la buganvilla que se columpiaba sobre el pozo. Allí pasaban las niñas gran parte del día, protegidas por el pórtico de las miradas de los mayores; los gatos las seguían como sombras. Se dejaban disfrazar de muñecas, dóciles y pacientes, y sólo desertaban cuando la criada asomaba con un cuenco con leche, maullando nerviosos, porque la leche siempre se acababa demasiado pronto.

–Lucía se acercará a merendar, y luego vendrán también a verte mi primo y un amigo suyo. Es americano, tienes que escuchar cómo habla… parece que cantara.

Se quedaron calladas, sin temas nuevos de los que hablar, con los viejos interrumpidos por los meses de ausencia y el aspecto gris de Lola. Cuando Lucía entró en el patio, en cambio, se animaron. Su timidez, su silenciosa admiración por las dos, despertaba en ellas una maldad profunda que permanecía en el aire por mucho tiempo, como la nota grave de una campana de bronce. Isabella, en particular, era capaz de humillarla hasta que estallaba en lágrimas. Pero Lucía regresaba siempre, como si olvidara los malos ratos pasados, tan obediente y sufrida como los gatos del patio, y ellas la acogían con la misma actitud.

–¡Me alegro tanto de que te hayas recuperado...! Ha sido un verano muy largo, y muy extraño sin ti.

También ella estaba más alta, y un volante en el cuello de muselina disimulaba que sus pechos habían crecido. Dolores la observó con los ojos muy abiertos, sin acabar de comprender lo que veía. Un rubor seco le invadió repentinamente el rostro. Tenía la sensación de haber dormido durante cien años, y despertarse a una realidad desconcertante, acelerada.

–La semana que viene viajaremos a Fuerteventura –dijo, como si lo recordara de un tiempo muy lejano–. Queremos pasar allí un mes, como todos los años. A mi madre le encantaría que nos acompañarais. Tú, Isabella, no conoces la casa de la isla; podremos jugar en la playa, y montar en los burritos que tenemos. No podéis decirme que no… he estado enferma.

–No creo que me lo impidan –dijo Lucía–, a no ser que mi padre esté de viaje.

–No lo sé. Mi madre quiere que atienda a mi primo y a su amigo. A ella le aburren, y no sabe qué hacer con ellos, pero yo tampoco...

–Les preguntaré a mis padres si podrían también venir ellos.

–Entonces, a mí no me dejarán ir –dijo Lucía.

–Peor para ti –dijo Isabella. Lucía hizo un mohín–. Sólo son dos chicos. No muerden. Bueno, a ti igual sí…

–No hables así.

Dolores no sentía tampoco demasiado afecto por Lucía, pero le incomodaba que ese desapego fuera tan obvio. Nunca le había dado un motivo de queja; frente a los caprichosos cambios de humor de Isabella, Lucía Berriel se mostraba siempre leal, tierna, generosa. Si sospechaba que a Lola le gustaba algo que pudiera conseguir para

ella, no tardaba en ser así. Sin embargo, esa disposición ofendía. No distinguía los detalles pequeños de los grandes, como si nada le costara esfuerzo, y de esa manera delataba siempre su fortuna, su apellido antiquísimo y una bondad que nunca se le había solicitado. Lola se imponía mostrarse amable con ella como un deber, porque las pocas veces que le había respondido con impertinencia se había sentido después malvada y hueca.

Cecily sonrió cuando le pidió que mediara.

–Isabella sólo podrá venir si trae a los dos muchachos, y a Lucía no se lo permitirán si los chicos vienen.

–Ya veremos. No creo que sea tan difícil convencer a los Berriel.

–¡Me haría tanta ilusión…!

–La finca se llenará de gente joven, como cuando tus hermanas aún vivían en casa… Yo hablaré con la madrastra de Lucía. Esa reserva española… No casarán a Lucía si no la muestran. No es una niña que enamore a primera vista. Su madrastra debería saberlo. Claro, que esa muchacha no repara en nada que no tenga bajo sus narices.

–¿Y yo, mamá?

–¿Tú qué, Dolores?

–¿Cuántas veces hay que verme para enamorarse?

La madre se echó a reír. Mademoiselle, que cosía en un rincón, rió también.

–Cuídese de esa vanidad, Dolores.

–No es la belleza lo que importa en una mujer, hija. Ni siquiera sus virtudes. Cuando ganes peso serás razonablemente guapa; algunos admiradores te considerarán una criatura adorable. Otros no te mirarán por segunda vez. Tienes buen corazón, y una ingenuidad de arcángel, pero nada de eso sirve de verdad. Te dirán que sí, pero tu madre es ya vieja, y conoce el corazón de los hombres.

Luego, tras una pausa, continuó.

–¿Sabes quién es la Bella Otero?

–Una mujer mala.

No era nada que le hubiera enseñado Mademoiselle. En una casa llena de mujeres se hablaba de la belleza, de las beldades europeas, de las que se decía que lo eran y de las que lo eran en efecto, y a Carolina Otero se la mencionaba con mayor asiduidad que a las demás.

Dolores conocía dos estilos de mujeres de mala vida. A algunas las veía en los caminos de la Orotava, con los senos al aire y una criatura pegada a ellos. Otras, mejor vestidas, acompañaban a los

caballeros a los restaurantes y al teatro, en el paseo junto al puerto, como sustitutas de las hijas y las esposas legítimas. A Lola le daban miedo. Cuando el mayor se rodeaba de las tres niñas Hamilton, esas mujeres le rozaban como espuma de mar, vestidos sin corsé y pestañas infinitas, al acecho de un misterio todavía no revelado.

–De las malas mujeres podemos aprender mucho las honradas. Ellas nos muestran lo que se consigue sin escrúpulos, y lo que se pierde con un mal paso. En París, los reyes y los duques pagan por cenar en su compañía, o sólo porque se rumoree que son sus preferidos. Entre las mujeres hermosas en el mundo, todos dicen que la Bella Otero es la más exquisita. Además, muestra ese temperamento caprichoso de española, que enloquece a algunos hombres estúpidos.

París quedaba lejos en el espacio y en el tiempo, la ciudad de la luna de miel de sus padres, de la elegancia y los vestidos nuevos, de los pintores insolentes y la degradación cristiana más censurable. Dolores no deseaba conocerlo. Prefería Londres, segura y familiar como el lechero de cada día, más luminosa que lo que imaginaba de París y sus calles siniestras. Le inspiraba la misma respiración entrecortada que las mujeres del Paseo.

–Hace unos años, otra mujer hermosa amenazó el trono de la Bella Otero. Se llamaba Liane de Pougny, y pronto comenzó a robarle la atención y los protectores. Como cabía esperar, la española contraatacó, pero hubo un momento en el que la guerra se recrudeció, abierta y sin tregua. Si una aparecía en un restaurante, la otra aguardaba a que se fuera, y hacía su aparición, más hermosa, más risueña y acompañada de más adoradores. Competían en las apuestas por los caballos, en los escotes más atrevidos y en la ostentación de joyas. La Bella Otero había atesorado una colección insuperable, pero algunos decían que Liane de Pougny no le iba a la zaga, y que el zar Nicolás le había regalado el mismo collar de perlas que lucía la zarina cada Pascua.

Dolores conocía aquellos collares de perlas inacabables de la zarina y las grandes duquesas rusas. Su hermana Linda coleccionaba imágenes de las cuatro niñas, especialmente de la zarevna Tatiana, porque habían nacido en el mismo día, y durante años había fantaseado con casarse con algún aristócrata ruso, y con los bailes en San Petersburgo. Ningún ruso apareció nunca por el Puerto de Santa Cruz, y Linda, a dos meses de dar a luz, pensaba ya poco en bailes. Sintió pena por Linda, por las grandes duquesas. Así pues, incluso ellas padecían padres veleidosos y madres traicionadas.

–Un panal no puede mantener a dos reinas. La batalla final se

libró en el Casino de París: las dos fueron invitadas a la vez, o se hicieron invitar, quién sabe. Por fin podrían comparar en persona cuál de ellas continuaría como la auténtica dueña de la ciudad. La Otero llegó en primer lugar. Apareció casi desnuda, radiante, y cubierta de joyas. Cada una de ellas era el regalo de un amante satisfecho, la prueba de su encanto y de su poder. Llevaba esmeraldas en todos sus dedos, brillantes en las orejas, una deslumbrante diadema de platino en su frente altiva, y tantos broches que el tul de su vestido amenazaba con desgarrarse. Escudriñó con sus ojos oscuros la sala, y esperó, serena, a que apareciera Liane de Pougny. Ella entró poco después. Vestía de negro, sin escote, con una manga larga y sobria que sólo permitía adivinar la blancura de su rostro y de sus manos, y no lucía ni un mísero anillo… Pero dos pasos por detrás de ella caminaba su criada, una chica bretona muy bonita, a la que había cargado con todas sus joyas. Cada vez que la luz caía sobre ellas, se perdía en el vestido negro de Liane y chisporroteaba en las piedras de la criada. Dicen que la Otero abandonó pronto el Casino, escupiendo sapos y completamente humillada. Liane de Pougny, en cambio, se casó con un príncipe rumano de la casa de los Ghika.

Cecily se detuvo por un momento.

–No es el brillo el que te hace destacar más, ni ser la más bella la que te dará ese título, Dolores. Nunca serás admirada si lo que te mueve en la vida es despertar admiración. Hace falta un cierto desapego, una indiferencia que muy difícilmente puede ser fingida.

Dolores meditó por un instante.

–¿Es eso lo que ocurre con la madre de Isabella?

–Exactamente eso, querida niña. Ése es el encanto de la madre de Isabella. Es otra esfinge sin secreto.

–Todos guardamos secretos –dijo Mademoiselle.

–Sí. Pero no todos nos las arreglamos para adoptar el seductor aire del gato que se comió el ratón.

Soplaba un poco de brisa, y las celosías de los miradores silbaban como flautas. Toda la casa olía a mar.

Las otras madres no se comportaban así. Lola nunca las había escuchado criticar de esa manera fría y desapasionada, no se alejaban de los suyos de manera repentina para acercarse luego como si nada hubiera ocurrido. Las otras madres fingían dolores de cabeza cuando algo les disgustaba, y aguardaban a que se les pidiera perdón, no se hundían en silencios tras los gritos. Sin duda, mostraban dolor cuando su madre moría, o cuando las hijas se iban de su lado. No parecían preferir a una criada francesa antes que a su familia, ni se dedicaban a apilar el futuro ante sus ojos, para después desmontarlo y comenzar de nuevo.

Las madres no intimidaban con sus palabras, ni con sus planes. Dolores guardaba recuerdos borrosos de su primera infancia, pero hubiera jurado que siempre había sido así, que su madre la observaba con los ojos entornados, como si calibrara un animalillo, una posesión. Nunca había sido franca en sus emociones, ni en su comportamiento. Lo que devoraba por dentro a Cecily resultaba un enigma para su familia.

Las madres no eran así: ella estaba segura de que abrazaban a sus hijas, que se preocupaban si las encontraban tristes, que mostraban ternura, que les secaban las lágrimas y les hacían reír. No les aterrarían con consejos sobre una vida que, por lo que Dolores podía comprobar, no se presentaba tampoco tan terrible. Estaba segura de que su madre la quería, como también la quería ella, pese al pánico que le inspiraba, aunque sabía que nunca, ni en un millón de años, la igualaría en nada. Pero de aquellas cosas nunca se hablaba, y a Dolores le avergonzaba preguntar a sus amigas y constatar que, efectivamente, su madre no se parecía a las otras. Que era más cauta y astuta, que era peor cocinera, pero, sobre todo, que era distinta.

Era la primera vez que Dolores se sentía la anfitriona en la finca de Fuerteventura, aunque Candelaria había anunciado su visita, la primera tras su boda, mientras ellos permanecieran allí. Lola advertía que su hermana ya no podría ejercer su derecho de pertenencia; como casada, le esperaba un trato más de huésped que de familia, una mujer extraña, a la que había que descubrirle los encantos de la isla, y familiarizarla con sus desgracias, también.

Viajaban con ella Isabella y Lucía, y también Scott, el primo de la Betancourt, y Thomas, su amigo americano; Candela, y una de las amigas íntimas de esta última. Las chicas dormirían en el mismo piso de la casa, con sus celosías de madera abiertas al mar. A los muchachos los alojaban en la planta baja, junto a la cocina. Cecily sabía del placer de las excursiones nocturnas y furtivas, y había imaginado que los chicos querrían salir a pescar, o a vagabundear a su aire.

En la casa de Fuerteventura no se observaban las normas que imperaban en La Orotava, sobre todo porque Mademoiselle, que sentía pavor por los viajes en barco, no viajaba nunca con la familia; había pocos sirvientes, y Cecily, ocupada en mil tareas, aparecía siempre medio absorta en algo invisible, y sólo regresaba al mundo para pasear por la arena de la playa. La isla no contaba con botica, ni con ninguna escuela, y la *miss* Hamilton, que retomaba su vocación de misionera, se encargaba de visitar a las familias de los jornaleros y de asistirlos si se encontraban enfermos o heridos. Administraba raciones de cerdo y tocino a quienes lo precisaban, y decidía también si se llevaría a alguno de los niños con ella a Tenerife, para el servicio de la casa o de La Orotava. En Fuerteventura cambiaba, como si el aire seco la despertara. No se mostraba agotada, ni malhumorada, como en la otra finca, por la que mostraba un resentimiento tenaz e interminable.

Los jóvenes se atiborraban de pan recién hecho por la mañana, y de trufas, si las había, en la merienda, y corrían luego a la playa, al mar monótono, a recoger conchas y a contarse historias, o a

escuchar las del mayor. El ejercicio les volvía voraces, y todos rondaban la cocina, a la caza de un bocado entre las comidas. Se cenaba en el patio abierto, bajo la luz de las lámparas de aceite, y las noches tardaban muchas horas en llegar. Cuando la oscuridad era completa jugaban a las cartas, o iniciaban disputas inacabables, como si aún fueran niños pequeños, por la menor razón.

Scott defendía siempre a su prima, a la que no se parecía en absoluto. Enérgico y luminoso, había algo en él de incorruptible, como si en su educación errática alguien hubiera tenido el acierto de deslizar una veta de nobleza, de justicia a ultranza. Había cumplido los diecisiete años, y el cambio de piel y de voz se había mostrado clemente con él. Todavía blando, con la redondez de la infancia en su rostro, se adentraba en la madurez con promesas de huesos fuertes y una mandíbula decidida.

Su compañero de infancia, Thomas acarreaba un pasado de mala suerte; su familia había abandonado Cuba a raíz de la guerra, y de Cuba había saltado a Inglaterra. Llegaron a Tenerife en pleno estado de sitio, cuando las tropas españolas recalaban en la isla de camino al Caribe, e intentaron pasar desapercibidos. No tenía padre. Su madre y él vivían de un fondo que administraban sus tíos, y que pasaría a él, con el resto de los bienes paternos, con su mayoría de edad.

En Tenerife les miraban con sospecha, tan cercana todavía la guerra y sus muertes, y apenas bastaban su amabilidad y su fortuna, de la que se rumoreaban orígenes fantásticos, para hacerse perdonar un pasado viscoso y amargo, como hiel reciente. Hablaba poco, y era extremadamente cortés. Las niñas sabían que había enamorado a Lucía, y la atormentaban con ello.

–Al final, no fue tan difícil convencer a tu madrastra.

–Se ve que quiere librarse de ti lo antes posible. Podríais adoptarla, ¿verdad, Dolores? A tu madre no le importaría criar una hija más. Además, te tiene simpatía –añadía Isabella, celosa, porque Cecily, que era parcial y no lo ocultaba, prestaba a Lucía más atención que a ella; y no es que Isabella no ideara maneras de complacerla–. O a lo mejor sales de aquí casada...

–Soy muy joven para pensar en eso –balbuceaba Lucía.

–Ah... de manera que lo has pensado. Vaya, vaya… ¿Y Thomas, está al corriente?

–Yo no…

–¿Está al corriente? Dinos…

Cecily se sentía fascinada por Thomas, y en ocasiones, cuando regresaba de sus visitas a la aldea, le invitaba a pasear con ella por

la playa, un privilegio que los demás, niñas y niños, ansiaban en silencio. Los veían alejarse, ella vestida de blanco, con un mantón sobre la cabeza, como las mujeres del campo, las manos libres de sombrilla o de guantes. Thomas regresaba de ellos silencioso, y era complicado saber de qué habría hablado con la *miss* Hamilton. Al cabo de un rato sacudía los secretos, y se mostraba de nuevo juguetón y determinado.

En la finca conservaban un molino blanco y quijotesco, con aspas como alas de una mariposa apresada, y una sangría constante de agua salobre y centeno. Las tierras de los Hamilton apenas producían trigo, porque hacía tiempo que lo habían sustituido por tomates, pero las espigas verdosas de la cebada y el centeno aún se inclinaban ante el viento que movía los molinos en algunos cuadrados de tierra. El gofio de centeno era el preferido de Dolores, que lo ahogaba en miel, y limpiaba el cuenco con el dedo, cuando los adultos no la veían. Ganaba peso con mucho esfuerzo, como si las rodillas huesudas no le pertenecieran y fueran las de la vieja que pugnara por salir de su interior.

La isla guardaba durante todo el año hábitos y alimentos reservados al verano. Sólo allí podían comer los mejillones secados al sol, salados y resistentes al chasquido de los dientes. Las cunetas reventaban de malvas, con sus flores rosadas, de las que se hacía otro gofio especial, el gofio de los años del hambre, pero que Lola comía gustosa, como las huevas de un cereal escaso y delicioso.

En las tierras de los Hamilton se cultivaba también la seda, poca, la justa para unas varas de tela cruda que casi siempre se teñían del mismo color, el que daba la orchilla, un liquen que aprendieron pronto a distinguir y a cosechar. Sal, cal y orchilla eran las riquezas que proporcionaba la isla, aparte del grano. Blanco y rojo, y un toque dorado de espigas vencidas.

–Esta tierra es africana –le contó su padre en una ocasión, y ella se lo repetía a sus amigos.

–Papá, háblanos del moro Arráez –le suplicaba, después de la comida, que en la isla era abundante y tardía. El mayor se hacía de rogar muy poco, y sólo si le vencía el sueño no complacía a sus invitados y postergaba la historia hasta después de la cena. Cecily suspiraba de manera casi imperceptible, y a veces, cuando volvían la vista hacia ella, ya no se encontraba allí.

–Los isleños son gente dura, sufrida, honrados como no he visto otros. Sólo le muestran miedo al hambre y a la piratería, porque de las dos han estado sobrados durante los últimos siglos. Que no os engañe la aridez del suelo: es una tierra rica, que uno de cada

cuatro años produce tanto cereal que puede abastecer a todas las Canarias.

»El problema es que, como en las profecías de José el Egipcio, las vacas flacas siguen siempre a las gordas. Cuando llega el siroco africano, y con él, la sequía, la tierra se resquebraja, y no crece nada. La única riqueza que necesita esta isla, el agua, se aleja de ella. El ganado muere, la vega del río Palmas se seca, y las corrientes subterráneas amargan; sólo los almácigos dan un fruto que ni siquiera sirve para alimentar a las cabras. Cada vez que soplan los alisios, los molinos giran e intentan extraer el agua a mayor profundidad, con un ruido seco a cada vuelta. Si el agua no llega, comienza la muerte. Si no han sido precavidos, o el dueño de las tierras se ha dejado seducir por la ambición, y se ha llevado todo el grano para la venta, esta gente está condenada. No tienen nada que llevarse a la boca: beben la sangre de las cabras, se comen hasta la hierba.

Dolores sabía que algo más arriba, cerca del barranco de Santa Inés, se escondía la Aldea de la Gente Muerta. Nadie sabía cuándo habían vivido, ni cuándo les había sorprendido la muerte, pero debió de ser antes de los primeros viajes de los españoles a América. Era una zona maldita, poblada de fantasmas como esqueletos que boqueaban en el aire. Habían muerto de hambre, sin nadie que les socorriera, y los habían encontrado cuando ya era tarde, con la boca verde de pasto, y la piel seca y cubierta de escamas de sal que traía el viento.

–Los moros aguardan al otro lado del mar, durante los años de hambre, para invadirla –continuaba el mayor–. Hace tres siglos hubo mala cosecha de grano, la isla quedó casi desierta, y el pirata Arráez arribó a sus costas. Muchos majoreros habían muerto, y otros mendigaban por las calles de las islas mayores. El sarraceno Arráez saqueó todas las aldeas que encontró a su paso, mató a los hombres que aún se aferraban a la tierra, e hizo esclavas a las mujeres. No podían defenderse ante él. Eran pocos, y no sabían emplear las armas. Luego llegó hasta aquí, hasta Betancuria –señaló hacia el norte. Isabella, medio adormilada, levantaba la cabeza al escuchar el apellido de su familia–; los pobres isleños, que conocían lo que les esperaba, se refugiaron en el convento franciscano, a rogar a la Virgen de la Peña que los protegiera. El pirata Arráez actuó de una manera despreciable, hija mía, como un hombre honrado no debe ni siquiera imaginar, nunca, ni en mitad de la guerra más cruel. Prendió fuego a la iglesia y al convento, y en pocos minutos perecieron de modo horrendo las mujeres, y los

niños, y aquellos hombres santos que vivían allí en paz hasta entonces.

–¿Dónde pudo aprender tu padre estas historias? –preguntaba Scott, que le profesaba una admiración sin fisuras. El mayor se crecía, porque le gustaba la compañía de los jóvenes, y casi nunca se le daba la oportunidad de disfrutar de ella. Sus yernos eran ya hombres maduros, y en su rutina diaria se encontraba envuelto en telarañas femeninas, que le agotaban e irritaban.

–Si prestas tus oídos a quien te habla, nunca perderás el tiempo. En las historias se oculta información del pasado, pero también guías para el futuro. El que habla se siente halagado: te considerará un amigo, y si le permites explicarte su posición durante el suficiente tiempo, encontrarás no sólo lo que dice, sino lo que quiere decir. Y ésa es la base del conocimiento ajeno, Scott. A mí me lo enseñó mi esposa, pero no se aplica únicamente a los secretos domésticos. Escucha a los pobres, y te prestarán respeto. Escucha a los ricos, y te considerarán un igual. Los franceses y las mujeres son maestros en eso.

Eran frases que Lola había escuchado desde que tenía uso de razón, pero que fracasaban en ella, por mucho que lo intentara. La memoria le traicionaba, no prestaba atención a lo que le contaban, salvo que fuera una historia interesante, y no era capaz de sentarse demasiado tiempo, ni de preguntar razones. Sus hermanas habían sido maestras en el arte que su madre dominaba sobre todos los demás. Escuchaban, reflexionaban, extraían conclusiones y se regían por ellas. Ella, pensaba, debería conformarse con fingirlo. Era demasiado impetuosa, tardaba demasiado en aprender.

–Llegaron luego más piratas; los señores de la isla miraron hacia otro lado, y salvo construir depósitos de trigo, y prohibir la salida de los jornaleros, hicieron poco. Hace ciento cincuenta años se reprodujeron de nuevo las hambrunas, agravadas por la plaga de langosta que llegó desde las costas africanas. Los hombres se morían en la playa, secos como pescados, a la espera de un barco que los sacara de allí. Y los barcos no llegaban. Un caballero no debería portarse así.

»Nunca han traído médicos a la isla, nadie aquí sabe leer, porque no se han preocupado por enseñarles. Cuando hace unos años otorgaron permisos para abrir pequeños puertos, y trajeron pescadores de otras islas, comenzaron a capturar atunes sabrosos. No es cierto que esta isla sirva tan sólo para cultivar grano: así piensan los cómodos, los que les condenan a ser el granero de las islas grandes, y a la miseria cuando se dan dos años malos. Nosotros

cosechamos buenos tomates, y algunas papas, que no son tan buenas. Tenemos nuestro propio amarradero con cuatro barcas. Hemos construido cercados para las cabras, trajimos varias camellas, que se murieron sin que las repusiéramos, y los burros que tanto le gustan a Dolores, que ayudan a la extracción de agua de los molinos. No los tenemos flacos y muertos de hambre, como en otras fincas, porque les hemos plantado alfalfa, y una hierba seca y dura, que sólo crece en El Hierro, y que nace casi sin agua y en la roca.»

«Y los cerdos», pensaba Dolores con desagrado, frunciendo la nariz, como si le llegara el olor de la porqueriza. Luego el mayor callaba, los chicos iniciaban una nueva partida de cartas, y Cecily regresaba a su asiento, casi siempre cuando la cena ya se había retirado, polvorienta y cansada; había aprovechado para realizar una tarea fugaz, algo pendiente. En ella Lola veía el trabajo que aún quedaba por hacer, el que a ella le aguardaba. Cabras, pescado, agua y ropa para quien no lo tenía, el deber de los afortunados hacia los pobres, sus mil ojos, sus mil bocas siempre al acecho, como los fantasmas de la aldea hambrienta.

Su padre conocía el pasado, y lo empleaba como advertencia, porque el hambre y la miseria acechaban a un paso en aquella isla. En Tenerife podían cerrar los ojos y sentirse seguros. En Fuerteventura las desgracias acudían pese a que fueran anunciadas, y lo único que separaba el orden del caos, la supervivencia del desastre, era el cuerpo de su madre, los conocimientos de su padre. Su propia persona, tan delgada e incapaz.

Entonces sentía una angustia sin nombre, trepadora en su pecho, y se le ocurrían maldades, formas de causar dolor a Lucía, a Candela, o a alguno de los pacientes burritos.

Las mejores ideas se le ocurrían siempre a Dolores; llenaban de púas las camas de los chicos, echaban a perder la leche del desayuno con unas gotas de salsa Worcester, o escondían la bota izquierda del mayor. Ella conocía la casa y los alrededores, y se las arreglaba para no encontrarse nunca en los lugares que le harían parecer sospechosa. En algunas ocasiones no las descubrían, y echaban la culpa al calor, que cortaba la leche, o a los despistes del padre. En otras, la trastada les hacía tanta gracia a los mayores que las dejaban escapar sin castigo.

Cuando propuso darle una lección a Candela, que desde que había llegado con ellas se amustiaba en su habitación, oculta en confidencias con su amiga, sin apenas levantar la cabeza cuando las veía pasar, Isabella le aplaudió, entusiasta. Las dos esperaron al correo que traía uno de los marineros en el barco semanal, y escondieron las cartas remitidas por Alfred Nolan. Eran cinco, bastante gruesas, y un pequeño paquete. Al cabo de dos semanas sin noticias, Candelaria, que había accedido a dejar a su marido a regañadientes, no supo aguantar más.

Cuando comprobaron el caos que habían provocado y escucharon el llanto de Candela, segura de que algo terrible había ocurrido en su casa de Freetown, se arrepintieron, y las devolvieron sin ni siquiera haberlas leído, como planeaban. Ante la expresión de los mayores, supieron que habían cruzado el límite. Dolores se sintió furiosa y pequeña, como cada vez que vulneraba una ley adulta sin saber ni siquiera que existía.

Cecily Hamilton aguardó a que no quedara nadie en la casa oscura y silenciosa para reñirles. Llamó por ellas, y, sin decir una palabra, se las llevó al cobertizo de los gusanos de seda. Revisaba los gusanos con parsimonia, como si tuviera por delante todo el tiempo del mundo, o hubiera olvidado para qué las había traído allí, y las niñas, con las manos sudorosas, escuchaban el leve crujido de las mandíbulas de las orugas al devorar la morera.

–Creo que deberíais sentiros avergonzadas –dijo al fin–.

Vosotras, que protestáis si alguien os sirve el último pedazo de tarta, ¿cómo os sentiríais si alguien os robara algo que os hiciera muy feliz? ¿Unas cartas que esperabais con tanta ilusión?

Isabella bajaba la cabeza, y pisoteaba el suelo de tierra, sin decir nada.

–Imagino que os habréis disculpado con tu hermana.

–Ya nos ha perdonado –dijo Lola–. Ahora le está escribiendo.

La madre inspeccionaba las hojas de morera con un interés mesurado, sin perderlas de vista y sin interrumpir el discurso.

–Isabella, por favor. Deja de levantar polvo. Sabéis que no me gustan los castigos, y que acostumbro a pasar por alto vuestras barrabasadas; pero ya no os puedo disculpar diciendo que son travesuras de niñas pequeñas, y le prometí a tus padres que yo me encargaría de vosotras. Me habéis avergonzado ante el mayor, ante Candela y ante los visitantes de esta casa. Tú ya eres una mujercita, y Lola lo será pronto. Llegó la hora de que os entre la formalidad. Creí que Lola podría aprender algo de ti: te consideraba obediente y dulce, pero veo que pronto te volverás tan mala como ella.

–Pero Lola no es mala –dijo Isabella, y en un intento desesperado por encontrar compasión, sonrió. Se le formaron hoyitos en las mejillas. Lola continuaba con la cabeza baja y los mofletes encarnados. La madre movió la cabeza.

–He pensado en devolveros a Santa Cruz, mientras nosotros continuamos aquí. Estáis olvidando la educación lejos de Mademoiselle.

Las dos niñas comenzaron a suplicar a la vez.

–Por favor, por favor, por favor…

–Mamá, no volveremos a portarnos mal… Mamá, no me mandes de regreso con Mademoiselle, por favor.

–Id a jugar por ahí –suspiró, al fin, tras un silencio que se les hizo eterno–. Tomaré una decisión cuando me sienta más calmada. No quiero que cuando los muchachos regresen a la finca me encuentren enfadada.

Subieron a la habitación a cambiarse de calzado, y pasaron ante el cuarto individual que Candela ocupaba, tan mayor y sin vuelta atrás. Antes de ella habían espiado a Lucía, y antes de ella a la amiga de Candela, como si la escucha secreta les prestara un privilegio, un conocimiento arcano y sagrado. Entreabrieron la puerta con cuidado. Candela había regresado a escondidas del paseo por la playa y escribía a su marido febrilmente, en la penumbra de las persianas de yute bajadas y con la cara muy cerca del papel. Había cambiado, y poseía ahora un secreto fuera del alcance de los

demás. Las dos niñas bajaron las escaleras y se ataron las alpargatas viejas sentadas en el suelo.

–No sé para qué le escribe –dijo Lola–. Si total, aquí nunca ocurre nada. Pero ella es así. Todo el día escribiéndole. Desde que se ha casado, la rodean de privilegios. Siempre se ha creído superior a nosotras, y ahora ya tiene justificación.

–No digas eso. Es tu hermana.

Mediaba octubre, y en la tarde el sol iluminaba las hileras de centeno y las tomateras agostadas. A un lado y otro del camino brincaban unos saltamontes transparentes espantados por los pasos.

–¿Hasta lo alto? –preguntó Isabella.

–Sí.

La tierra ondulaba suavemente en la distancia, y las dos niñas se colaron entre las cancelas que separaban los campos. Más allá quedaba el arroyo artificial, casi seco, que se deslizaba como un hilo para refrescar las lindes, y subiendo el arroyo, el molino de viento, con el aspa brusca que lo hacía funcionar. A veces se acercaban hasta allí, sin decir nada a los mayores porque en el arroyo agónico había sanguijuelas, y además, se les había prohibido tajantemente que se aproximaran a los burros, que estaban infestados de pulgas, y otras se dirigían también en secreto hacia la playa. Todo lo que hacían en Fuerteventura, con el peso de la libertad, se convertía en un movimiento furtivo. Acostumbradas a una vigilancia constante, sentían ojos en la nuca, y caminaban al acecho, escurridizas.

La luz se derramaba en haces sobre la cosecha y les hacía bizquear; se metieron entre las filas de tomateras, tan altas como ellas. Lola arrancó varias frutas, destrozando toda la planta, e Isabella la imitó, más cuidadosa, como quien se encuentra en una casa ajena. Llegaron a la colina y se tumbaron sobre la hierba. Las cigarras cantaban con el ruido de una puerta sin engrasar. La casa quedaba medio oculta desde allí.

–No me puedo creer que tengamos que irnos –dijo Lola.

–Podría convencer a tu madre.

–No creo que sirva de nada.

–Aun así, podría hablar con tu madre. No quiero marcharme.

Sorbieron los tomates tiernos y arrojaron los que, por verdes, darían dolor de estómago. Rajaron los otros y comieron la pulpa roja, sanguinolenta.

–Si tuviera un hermano, en lugar de a la estúpida de Candela, no hubiera ocurrido nada de esto.

–No nos hemos portado bien.

–Me gustaría ser un hombre –dijo Lola, y arrojó el corazón de un tomate mordisqueado lejos, con rabia. La acidez le agrietaba la lengua casi insensible.

–Siempre puedes casarte con alguien de mi familia. Con Scott –dijo su amiga, ocupada en trenzar los flecos de su falda vieja.

–Mi madre tendrá sus planes para mí.

–Ay, si me quedara aquí para siempre… –insistió Isabella.

Lola lanzó colina abajo otro de los despojos de la fruta.

–¿Me oyes? Si te casaras con Scott viviríamos juntas por toda la eternidad. Podríamos repetir este otoño cada vez que lo deseáramos.

–Estoy siempre castigada –dijo Lola, al cabo de un momento–. Ella me castiga, y cuando no es ella, es Mademoiselle, ese verdugo de niñas. Tú no la conoces... ahora se desvive por los niños enfermos de la aldea, pero a mí me dejó sola en La Orotava… Decía que no se le daban bien las tareas de enfermera. Al parecer, ha mejorado muy rápidamente. Cuando llegan visitas a casa le cambia la cara. El resto del año mis hermanas y yo caminamos sin ruido, como tus gatos, para no irritarla. Ahora que Candela no está, no sé qué hacer para no enfadarle. No me gusta estudiar. Mademoiselle mira con los mismos ojos que un búho, y no se da nunca por satisfecha. Menuda bruja. Sólo le falta oler mal.

–Cuando estemos casadas, nos libraremos de Mademoiselle. Que se quede a vivir con tu madre.

–No sé si podemos depositar tantas esperanzas en casarnos: mira a mis hermanas. No parecen más dichosas que antes.

Isabella se arrodilló.

–Mira –señaló–. Mira quién viene. Lucía y ese muchacho.

Siguiendo el camino hacia la casa dos figuras paseaban, empequeñecidas por la distancia; caminaban lentamente, como si llegar al patio no fuera algo que buscaran. Lucía llevaba una falda verde.

–Mira qué felices son juntos. No se separan. ¿Crees que Lucía le ha cazado? Y, sobre todo, ¿por qué Thomas no se da cuenta de que es imbécil?

–Tú no la conoces –apuntó Lola, tímidamente.

–Me da igual. Es tan tonta...

–Te quiere mucho, y es una buena chica... Podría hacer feliz a cualquier hombre.

–¿Por qué esa boba no se ha fijado en alguien de la isla? –insistió Isabella–. No sabemos cuánto tiempo tendremos a Thomas entre nosotras. A lo mejor en un par de años regresa a Cuba, o se

vuelve a Inglaterra. Es un chico agradable, ¿verdad? Si para entonces está casado, se llevará con él a su mujer. Son siempre las mujeres las que se van...

–No se casará en dos años. Es demasiado joven. Y además, ¿por qué no te decides? ¿Qué prefieres, que se vaya de la isla para no verla más o que se quede?

Lucía las había visto. Agitó la mano.

–Mira, nos llama –dijo Lola.

–Déjala que llame. Quiere demostrarnos que no se encuentra sola.

Se limpiaron las manos pegajosas en las faldas y corrieron ladera abajo, lejos de la playa y la casa. El cielo no se enturbiaba con una sola nube, y sobre el centeno revoloteaban pájaros negros con las alas gruesas llenas de plumas tornasoladas. Las niñas no regresaron hasta que anocheció; se quedaron dormidas, y cuando despertaron les dolía la cabeza y sentían la boca pastosa. El viento soplaba con fuerza nueva. Los perros vagaban alrededor de la casa, y así supieron que los chicos habían vuelto. Reinaba una agitación inusual; Lola, después de dudar por un momento, se asomó a la cocina.

–¿Qué pasa? –preguntó en voz baja.

Lucía se secó las manos en un trapo. Se había cambiado la falda.

–Tu padre ha decidido que nos quedemos una semana más. Amenaza tormenta, y nadie quiere salir al mar.

Lola avanzó a saltos por el pasillo y se abrazó a Isabella.

–¡Nos quedamos! –gritó–. ¡Hay tormenta, el barco no vendrá! –canturreó alrededor de ella–. El barco no vendrá, el barco no vendrá... nos libramos de Mademoiselle.

Isabella se mordió el labio, y señaló discretamente hacia la puerta. Candela escuchaba, con la mano apoyada en el pomo de la puerta. Les dio la espalda y subió a toda prisa a su cuarto.

La tormenta se alargó de manera caprichosa, y los Hamilton permanecieron en la casa por dos semanas más. Salvo Candela, todos estaban contentos. Los jóvenes entraban y salían sin vigilancia, despreciando las normas, y en la mesa, a la hora de cenar, los adultos sonreían sin razones, por la felicidad invisible del calor y del cansancio. El viento africano llevaba tierra y granos de arena a todas partes. La alfombra con guirnaldas de rosas acababa sucia y manchada, pero la madre, tan cuidadosa con las posesiones de la finca, no les regañaba ni obligaba a cerrar las ventanas. También ella ocultaba sus secretos, y pisaba poco la casa. Se llevaba a las muchachas a las dunas cuando el tiempo lo permitía, o acompañaba a Candela y a su amiga en su cuarto, donde cosían, o hablaban en voz baja.

El mayor, la pierna derecha extendida sobre una banqueta vieja, daba a las cocineras consejos que nadie había pedido, y regañaba con los chicos. Se le habían terminado las historias, y comenzaba a repetir las ya conocidas. Parte del respeto que los muchachos le tenían había desaparecido con el trato, y con la insistencia en que escucharan de nuevo sus anécdotas. Lola e Isabella, sentadas en un rincón, con las cabezas muy juntas, se contaban secretos. De vez en cuando, Scott pasaba detrás de ellas y les tiraba del pelo. A Dolores le enfurecía. No le gustaba que le tocaran la cabeza, que sentía aún desnuda y enorme.

El viento les daba jaqueca, y una euforia casi animal, que terminaba con un cansancio repentino, como si la sangre bajara a los pies en un golpe seco y se quedaran blancos y anémicos. Las niñas observaban de lejos a los chicos, que se encontraban a cuatro años y toda una realidad de distancia. Despreciaban sus gustos, y soportaban de mal grado que los perrillos sin dueño que les seguían los prefirieran a ellos. A Scott y a Thomas les bastaba reírse de ellas para enfurecerlas. Lucía, en cambio, se movía con soltura entre los dos grupos, aunque no era aceptada por completo en ninguno de los dos. Las chicas apenas ocultaban su rechazo, y los chicos sólo la

admitían cuando no se iban de exploración o a pescar, cuando regresaban a su parte más civilizada. Si la *miss* Hamilton podía llevársela con ella, iba tras sus pasos como otro perro.

Los chicos pedían permiso todas las noches para bañarse en la playa, y todas las noches lo veían denegado.

–No. ¿Estáis locos? ¿A la playa? Incluso en los días más despejados hay corrientes profundas, bajo la arena y las olas. Podéis pescar desde las rocas, o subir hacia el cerro, si queréis, pero no os metáis en el agua. Si os quedáis atrapados en una poza, nadie podría ayudaros. Si queréis bañaros, hacedlo en la alberca.

Los muchachos protestaban. La alberca era una cisterna poco profunda, cubierta de verdín. Preferían salir a pescar en barca, si encontraban algún majorero que los acompañara. Sentían fascinación por el mar, y los dos querían enrolarse en la Marina.

Cuando los chicos dejaron la casa, la cocinera sacó la botella de brandy para el señor; Lucía y Candela recogieron la mesa. El mayor embromaba a Lucía. Candela acabó de doblar las servilletas y dio las buenas noches. Los mayores la siguieron con la mirada.

–Pobre. Está deseando marchar.

–Que se vaya cuando quiera. Yo no tengo la culpa –protestó su padre–. Ella pidió venir, porque echaba de menos a su madre, y su marido no pudo acompañarla… por razones que todos sabemos. Ese joven no se cuida, y no tiene trazas de mejorar. No debería beber tanto, y tampoco le vendría mal ejercitarse un poco más. Desearía al menos que Candela se mostrara un poco más animada. Es joven, vive en el tiempo de la alegría. Su futuro está asegurado, no tiene nada de lo que preocuparse. No sabe lo que quiere.

Lola hizo una seña a Isabella y las dos se escabulleron en silencio. Llamaron con los nudillos a la habitación de Candela. La encontraron doblando su ropa interior; la apilaba en hileras sobre los estantes del armario. Sonrió al verlas.

–¿No tenéis sueño?

–Creíamos que estabas escribiendo.

–No. Ya le he contado que nos quedamos. Ahora me debe carta. No sé qué hacer en esta casa –reconoció–. Me aburro en el campo. Nunca me ha gustado venir aquí; es una isla que me hace estremecer. Y las historias de papá… Doy gracias a Dios porque no nos han llevado a La Orotava. Al menos, aquí no hay compromisos sociales que cumplir. Después de tanto tiempo encerrada no estoy acostumbrada a tratar con demasiada gente.

Lola la vio de nuevo en la larga reclusión de su noviazgo, silenciosa por las esquinas de la casa, con su recado de escribir o

algo por zurcir entre las manos, o asomada a las celosías de madera del mirador, sin ánimos ni para un suspiro de queja, sin energía ni siquiera para elegir encajes cuando llegaban los vendedores. Se escabullía como lo hacía ahora, con la habilidad de desaparecer tras su sombra.

–¿Tampoco recibes visitas en Freetown? –le preguntó.

Candela levantó una mano.

–La vida allí es muy distinta. Encuentro ocupaciones de la mañana a la noche, e incluso más allá. Todo está por hacer… Me he habituado a guardar un orden en mi casa. Y nadie me da órdenes, ni espera que me comporte de una manera digna. Alfred necesita mucha atención, y de vez en cuando, recibimos a los oficiales, a los que él conoce bien. Sabe cómo tratarlos. Aquí no sé cómo moverme; la tierra de los sembrados lo mancha todo, y en las habitaciones siempre se cuela arena –estaba comenzando a llorar–. Ordeno y ordeno y no quedo satisfecha. Hay cosas que no puedo contaros a las solteras, ni siquiera a mi amiga, pero la única casada aquí es mamá, y ella no tiene tiempo para escucharme. Si no nos marchamos pronto, no sé cómo voy a soportarlo. No entiendo cómo mamá disfruta tanto aquí. Yo sólo me escapo de una cárcel a otra, pero ella parece feliz.

Isabella le acariciaba el pelo. Lola chasqueó la lengua varias veces, desconcertada, y regresó al salón. No quedaba nadie allí. Salió a la puerta y se sentó en los escalones. Isabella se unió a ella, y recostó la cabeza sobre su hombro.

–Cuando vuelva a Sierra Leona, no volveremos a verla –dijo–. ¿Te das cuenta? No vendrá ni a visitarnos.

Isabella le cogió de la mano.

–No te enfades. Es que está enamorada.

–Si yo me casara, nunca me olvidaría de mi familia…

–¿Qué pasará cuando nos casemos? Las chicas mayores parecen vivir sólo para una boda, y después de ella, cambian tanto… Se vuelven engreídas, o adoptan un aire de misterio, y sólo hablan entre ellas.

–¿Te has enamorado alguna vez, Lola?

–No, que yo sepa.

–Yo tampoco…

Los chicos las encontraron adormiladas cuando regresaron. Llegaban empapados, y de puntillas se escabullían hacia su habitación baja. Habían desobedecido y se habían bañado en la playa. Las salpicaron con el pelo mojado y se burlaron de ellas.

–Si os portáis bien, os enseñaremos dónde nos hemos bañado sin

peligro.

–Sí, podéis ser nuestras esclavas durante el resto del tiempo, y a cambio, os dejaremos que os bañéis con nosotros.

–Si lo hacéis desnudas, claro.

–Como nosotros…

Ellas chillaron y echaron a correr hacia su cuarto.

El jornalero que quedaba al mando mientras los Hamilton residían en Santa Cruz se acercaba a la casa dos veces por semana, y cuando no llevaba prisa se tomaba una copa de vino con el padre. Le habían contado la trastada de Lola e Isabella, y desde entonces las evitaba, como si fueran alimañas. Las dos chicas se encogieron de hombros y sonrieron. Rebuscaron en la cocina para prepararse la merienda, y tomaron un poco de leche de cabra. Los chicos se habían terminado todas las trufas que los cerdos buscaban, con los hocicos brillantes atados por un bozal, y habían salido de nuevo, sin ellas. Sobre la mesa habían dejado un jarrón azul, con las grandes flores amarillas del jorjado.

Lucía irrumpió en la cocina, radiante.

–¿Qué hacéis aquí? –preguntó. Ella también se sentó y se sirvió leche–. ¿No salimos a dar de comer a los burritos?

Isabella la miró por debajo de los párpados. Tenía la cabeza recostada sobre el brazo derecho, y con la uña dejaba marcas en uno de los pétalos de las flores.

–No hagas eso, por favor –pidió Lucía–. Son mías. Thomas las ha traído para mí.

–No te inventes historias.

–No me invento nada. Pregúntale a tu madre. Ella me prestó el jarrón.

Isabella aferró el tazón con fuerza y observó de reojo a Lola. Había posado la taza, le quedaba un rastro de leche sobre el labio, y miraba fijamente el mantel viejo que cubría la mesa.

–No creas que se va a casar contigo por haberte regalado unas flores –le dijo–. Apuesto que en Santa Cruz no encontrarás tantas ocasiones como aquí para encontrarte a solas con él. Si tu madrastra se enterara…

–No estoy haciendo nada malo –se defendió Lucía. Tenía el toque del sol en las mejillas, y el pelo algo más claro, pero aún así Dolores no pudo hallar en ella un rasgo que le pareciera bello o distinguido. Su nariz, tan ancha y corta, dominaba el rostro y lo anulaba–. Vosotras dos no os dignáis ni siquiera en hablar con ellos. Les miráis con la barbilla tan alta que no sabéis por dónde pisáis.

–A lo mejor por eso ayer nos invitaban a que nos bañáramos con

ellos. Porque creen que les miramos por encima del hombro.

–Eso es mentira. No os han invitado a nada. Scott sólo se habla contigo porque eres su prima.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes que es mentira? ¿Has estado tú con ellos todo el rato? ¿Te has bañado con ellos?

–A lo mejor les ha espiado –añadió Dolores–. Seguro que los ha seguido sin que se dieran cuenta, y los ha visto desnudos. Por eso no estaba ayer en la cocina cuando nosotras llegamos.

–Yo no…

–Tenemos un poco más de decencia que tú. Preferimos nuestra compañía a la de los chicos.

–Y a la mía –musitó ella, con mucha tristeza. Dejó el tazón de leche a medias, y salió de la cocina. Llevaba la misma falda verde de casi todos los días, arrugada y tan sin gracia como era habitual. Isabella corrió tras ella.

–¡Además, eres católica! –gritó, en la puerta–. ¡Eres una estúpida papista, una crédula! ¡Nunca se casará contigo! –luego se volvió a su amiga–. No sé por qué has tenido que invitarla.

Dolores permaneció en silencio, con una maraña de espinas en la garganta.

–Yo tampoco. No la invitaré nunca más.

Noviembre estaba a punto de comenzar, pero el calor continuaba. Las tomateras se inclinaban hacia la tierra, agotadas por el exceso de sol, y la noche no traía ningún alivio. En la hora de la siesta, los mayores arrastraban las sillas hasta la sombra de los pórticos. Los chicos, aburridos ya de la aldea y de las zonas que conocían bien, habían adoptado la costumbre de marcharse a la playa, a todas horas, bajo la promesa de no acercarse al agua. Saltaban entre las rocas de los acantilados como cangrejos. Cuando regresaban, con su provisión de lapas y de mejillones, Thomas se llevaba a Lucía a dar un paseo, del que no regresaban hasta la hora de la cena, y Scott se quedaba jugando a las cartas con el mayor. Apostaban con dinero real, algo que Cecily desaprobaba con quejas no atendidas.

Isabella pasaba las tardes amodorrada en el patio, demasiado perezosa como para hacer nada, mientras Lola recorría las habitaciones y cazaba abejas y avispas con un matamoscas, con la intrepidez de un explorador en la sabana africana. Los golpes solían ser certeros, pero una de ellas, que creía muerta en el marco de la ventana, revivió y picó a Candela, que tuvo el brazo hinchado y con compresas frías durante bastante tiempo. La madre castigó a Lola una vez más, pese a sus protestas de inocencia. Tuvo que ayudar a la cocinera durante varios días, e inclinarse sobre el horno, pese al calor sofocante. Luego, sudorosa y con las manos ampolladas, se dejaba caer junto a su amiga.

–¿Qué ha ocurrido hoy?

–Nada. Me aburro muchísimo sin ti. La reina de Saba se ha dedicado a seducir a tu padre. Hoy ha sido una hija adoptiva perfecta. Le ha llevado un cojín para la pierna, le ha leído poemas de Tennyson, con un acento horrible, por cierto, y le ha cambiado las compresas a Candela con auténtica devoción. No puedo ni mirarla. Cada uno de sus movimientos dice que yo debería estar haciendo lo mismo, en lugar de abandonarme a la pereza.

–A mi madre no podrá engañarla.

–Tu madre está de su parte. Nosotras somos unas desterradas a

su lado.

Cecily, agotada como todos por el calor, leía una novela ligera. Candela y su amiga se habían retirado después de comer y posiblemente durmieran la siesta en el piso superior. Los chicos habían desaparecido, Lola e Isabella se abanicaban, apoyadas contra el quicio de la puerta. Se sonrieron.

–Bueno, tendremos que hacer algo.

–Algo, ¿con qué?

–Con esa mosquita muerta. No deberíamos acostumbrarla a que se saliera siempre con la suya.

–A mí no se me ocurre nada –dijo Lola.

Isabella sonrió, misteriosa.

–No te preocupes. Yo sí he tenido tiempo para pensar. Mírala, ahí viene.

Lucía se acercaba a ellas, con la misma expresión de gata satisfecha de siempre.

–Se han dormido todos –dijo ella, en un susurro–. Hace calor, ¿verdad? ¿No subís para echaros un ratito? Yo no me veo capaz, con este sofoco.

–Yo tampoco. Nunca he podido –reconoció Isabella, dejando ver los dos hoyitos de las mejillas.

–Calienta tanto el sol que no se puede hacer otra cosa.

–Lola y yo pensábamos escaparnos a la playa –dijo Isabella–. A lo mejor los chicos están ya allí. Puedes venir con nosotras, si quieres.

–No deberíamos.

–¿Siempre haces lo que deberías, guapa?

Se escabulleron con cuidado, para no despertar a los durmientes. La madre y el mayor dormitaban en las sillas de cañas. Las dos amigas caminaban dando saltitos, cogidas de la mano, y rodeaban a Lucía, a la que de vez en cuando enlazaban también.

–¿No echas de menos tu casa? –preguntaron, cuando ya se encontraban lejos de la finca.

–No –dijo ella, recogiéndose la falda hasta las rodillas–. Ojalá hubiera algo que echar de menos allí. Te envidio mucho, Dolores. Tus padres viven, e incluso tus hermanas te visitan de vez en cuando.

Lola la remedó a sus espaldas. Isabella ahogó la risa.

–A todo el mundo le gusta nuestra casa.

–El mérito es de tu madre –dijo Lucía–. Sabe cómo hacer que todos se sientan bien a su alrededor. Y se desvive por todos, sin que se detenga a preguntarse si le devolverán el favor o no.

Dolores desvió la mirada.

–El tiempo de este año no resulta habitual. Todo se está secando.

–Pero no será un año de hambruna –continuaba Isabella.

–Si pudiéramos bañarnos en el arroyo del molino, la felicidad sería completa. Pero no nos dejan, y no nos queda más que la playa.

La playa estaba desierta, y no encontraron trazas de los chicos en los riscos. Ninguna de ellas usaba traje de baño, aunque Isabella se había traído uno en el equipaje. Cecily no aprobaba la moda de la gimnasia en las mujeres, y no les permitía bañarse en público. Se alzaron las faldas, y dejaron que los pies se empapasen con la arena mojada. De vez en cuando se levantaban nubes de pulgas de agua. La superficie reflejaba el cielo como un espejo, y la marea alta se había comida parte de la playa.

–Tengo hambre –dijo Lola.

–Si acabamos de comer…

–Aun así, tengo hambre.

Algo pesaba en su estómago, una voracidad que la conmovía y la alejaba a la vez, como la que sentía ante la belleza, o como cuando a Isabella no le permitían quedarse con todos los gatitos recién nacidos, y debían elegir con cuáles se quedaban y a cuáles sacrificaban.

–Soñaré el resto de mi vida con este lugar –dijo Lucía, con su extraño tono empalagoso. Se dejó caer en el suelo, junto a ellas.

–Sí, éste es nuestro lugar preferido. Los chicos prefieren mariscar un poco más arriba, donde el mar bate contra las rocas, pero aquí la arena es blanca, y fina, y huele mucho mejor.

–De manera que es aquí donde os escondéis cuando no saben dónde estáis.

Lola la miró con severidad.

–No nos escondemos. Basta con asomarse para que nos vean.

–Si queremos ocultarnos –continuó Isabella–, subimos hasta detrás de la colina.

–Espero que no nos delates.

–No…

Soplaba un viento intenso en la playa, aunque el mar parecía tranquilo, y las niñas se protegían el rostro con las alas de los sombreros y pestañeaban con calma.

–¿Por qué me odias tanto, Isabella? –preguntó Lucía. Se levantó, y dio algunos pasos–. ¿Te he hecho alguna vez, sin pretenderlo, algún mal?

–No te odio –replicó ella, sin mirarla–. Simplemente, no nos conocemos demasiado.

–Lola, tú y yo nos hemos criado juntas. ¿Por qué me tratáis así?

Ninguna de las dos contestó. Escudriñaban el horizonte, como si no la oyeran, o como si volaran con las gaviotas. Isabella se retiró el cabello de la frente.

–Tienes razón. No hemos sido justas, pero tampoco tú has hecho nada por sernos simpática.

–Pero yo…

–Has preferido irte con mi madre, o con Thomas, en cuanto nosotras dábamos la espalda.

–Sí, no querrás negar eso… Nos has evitado siempre que has podido.

Lucía se encogió de hombros.

–Es verdad. Pero…

–De todas maneras, queremos demostrarte que no somos malas chicas, y que no te guardamos rencor. De verdad, Lucía, queremos que vuelvas a ser nuestra amiga. A partir de ahora podrás venir con nosotras a nuestros lugares secretos. Y si sigues queriendo a la gatita de *Ofelia*, te la puedes quedar. Ha crecido un poco, pero sigue siendo preciosa. Si quieres.

Lola la miró, intrigada. Isabella continuó hablando.

–Pero a cambio tendrás que volver con nosotras, y además, deberás superar algunas pruebas de confianza. Por ejemplo, tendrás que darnos un objeto que te sea muy querido a cada una, y a cambio, tendrás que guardarnos algo nuestro, sin decírselo nunca a nadie –hizo una pausa y continuó–. Te someteremos a un juramento de lealtad. Si revelas alguna vez nuestros secretos, te maldeciremos para siempre.

Lucía las miraba, con los ojos muy abiertos e incrédula, como si no pudiera creer en su buena suerte.

–Llevamos mucho tiempo pensando en ofrecerte una oportunidad nueva, Lucía –continuó Isabella–. ¿Quieres aprovecharla?

–Claro que quiero

Lola sostuvo la mirada de Isabella. Parecía que reflexionara sobre algo complicado de enunciar.

–Te hemos traído a esta playa, ahora, para que superes la primera prueba. Esta mañana, después del desayuno, hemos ocultado mi anillo azul. ¿Sabes a cuál me refiero? El que tiene una piedra preciosa enorme, cuadrada. Ese será mi objeto querido para ti, pero sólo si lo encuentras. Si no, no puedes ser de las nuestras.

–Pero ¿por dónde comienzo?

–Por donde quieras. No podemos ayudarte con pistas.

–¿Aquí, en la arena?

–En la arena o en el agua, no lo sé… .

Lucía avanzó en el agua con precaución; el agua transparente permitía vislumbrar el fondo.

–Pero puedo tardar horas en encontrarlo…

–O días… ¿Quieres ser nuestra amiga, o no?

–No te hundas demasiado –gritó Lola–. Hay corriente, y puede arrastrarte.

La muchacha asintió, y caminó hacia los riscos, tanteando con precaución. Isabella golpeó con el pie a su amiga, expectante. Ella sonrió. Lucía regresó junto a ellas.

–Guárdame el mío. Todo sea que lo pierda también, y tengamos que buscarlo –les tendió una sortija de oro, con una esmeralda pequeña–. Fue el regalo de mi Primera Comunión.

Isabella lo metió en su bolsillo.

–Ahora vamos. Si te resulta muy difícil, a lo mejor sí que podemos ofrecerte alguna pista.

Lola guiñó al sol y luego bajó la vista hasta Lucía, que metía la cabeza en el agua para seguir buscando.

–¿Sabes una cosa, Lucía? –preguntó. Isabella se sacudía la arena de la falda–. No creo que esté por ahí. El agua no se mueve tanto en esa zona. Ya lo habrías encontrado.

Lucía asintió, y se movió un poco más a la derecha.

–Bah, déjalo –gritó Isabella. Luego atendió a Lola–. No será capaz de encontrarlo, y además, perderé mi precioso anillo. Le pediré ayuda a los chicos. Son más altos, y tendrán menos miedo que tú.

–No. No, espera. Si brilla, lo veré.

–No te molestes. No queremos que te enfríes.

–Ya sé dónde lo habéis escondido. En la parte rocosa, donde mariscan los chicos. Allí hay recodos. Con la marea baja habéis llegado allí con facilidad, pero ahora, como está cubierto con el agua, nunca se me hubiera ocurrido.

–Hmmm… –musitó Lola.

–Puede ser –dijo la otra–. A lo mejor. No te decimos ni que sí ni que no.

Lola se levantó y se llevó la mano a los ojos. Isabella se aproximó a ella junto a la orilla. Lucía avanzaba en paralelo a la zona rocosa, con el agua por la cintura.

–Se está alejando.

–Déjala.

Lucía levantó un brazo, y lo agitó, como había hecho la primera

vez que la vieron con Thomas. Luego perdió pie, y se levantó de nuevo. Ellas apenas volvieron la cabeza, atraídas por el ruido. Se hundió de nuevo en el agua. Las dos niñas escudriñaron la cara lisa y falsa del agua. Hubo un gorgoteo, una serie de movimientos circulares que alteraron las ondas, pero que se habían perdido ya cuando las olas llegaron a sus pies.

–*Mi anillo, mi precioso anillo azul* –imitó Lola, engolando la voz–. No sé cómo se te ocurren estas cosas. Eres peor que yo.

Aguardaron un momento, hasta que no hubo ningún movimiento entre la capa de olas y el sol. Entonces decidieron marcharse. Lola tiró de Isabella hasta levantarla del suelo.

–¿Cuándo crees que lo descubrirán?

Lola reflexionó.

–No antes de la cena. Nosotras no debemos mencionar nada hasta la noche. Para entonces ya estarán preocupados. Debemos recordar que no la hemos visto en toda la tarde a la altura del postre. ¿De acuerdo?

Cogió a su amiga de la mano.

–Espero que al menos, te muestres menos hostil al pobre Thomas –dijo Isabella–. Si le hubieras dedicado un poco más de atención, nada de esto hubiera ocurrido.

Invierno de 1913

No regresaron a Fuerteventura con la frecuencia ni con la alegría de antes. Dolores sólo accedió a pisar la isla en otra ocasión, doce años más tarde. Poco después de la muerte del mayor la finca se vendió, y con ella la casa y el molino blanco, el aljibe cubierto de vegetación parásita y los riscos que resguardaban la playa por el lado de poniente.

Con el asfixiante aire del siroco, que recluía a los viejos en las habitaciones sombrías y agotaba a los niños que intentaban una carrera, la leyenda de la ahogada enraizó y se robusteció. Comenzaron a contarse historias sobre ella muy pronto, antes de que los Hamilton abandonaran la isla. El calor, que no permitía descansar por la noche hasta que la madrugada relajaba un poco el puño de viento, alimentaba nuevos detalles y los alejaba cada vez más de la verdad.

La embellecieron, la transformaron en una criatura blanca, delicada y fantasmagórica, que buscaba el agua fresca en los días de sol. Sirvió para advertir a los hijos de los peligros de la desobediencia, y fue el primer amor fatigoso y húmedo de los adolescentes que no la conocieron nunca.

El día en que Lola se acercó de nuevo a la playa flotaba una electricidad sofocante en el aire, como el preludio de una tormenta que desde hacía días rondaba, sin descargar. Le previnieron de que, si no se sentía con fuerzas para ello, no se adentrara en el lugar de la tragedia. Ella sacudió la cabeza y pidió que la dejaran sola. Se quedó allí, de cara al mar, sin ninguna emoción, nada salvo un leve aburrimiento, un cansancio de mar y bochorno. Nadie brotó de las olas, no hubo ninguna señal, ni una ballena que la engullera. Al cabo de un momento se fue.

El mar continuó con su calma engañosa, y el viento acentuó su complicidad con las corrientes subterráneas de la playa, que no se llevaron a nadie más. Tampoco antes de aquello se habían llevado a nadie.

Para Dolores, el regreso de Fuerteventura supuso el descubrimiento de un desánimo que aún no había conocido: su casa, su habitación, tan alegre, con la celosía de madera abierta al patio, y los vistosos móviles de peces de colores, le resultaban de pronto opresivos y huraños. Lloraba por cualquier motivo, y sus padres no lograron corregir el horario de día y noche que había alterado en Fuerteventura. Le permitieron que permaneciera despierta el tiempo que quisiera siempre que no saliese de su cuarto, ni molestara a los demás si se aburría de ser la única que velaba en aquella casa.

–Desde que enfermó –se quejaba Mademoiselle– se ha vuelto usted insoportable. A algunos hombres sabios una experiencia así les marcó un camino nuevo. Sentirse tan cercana a la muerte debería haberle transmitido alguna enseñanza. Medite sobre ello, e intente controlarse.

Desde que Candela se casara se habían sucedido muchos cambios; dos muchachas de servicio se habían marchado, y varios niños de la finca de Fuerteventura las habían sustituido. Eran tímidos y lentos, y les costaba adaptarse a una obediencia que se pretendía inmediata y silenciosa. Otra de las criadas, la más cercana a Candela, había sido solicitada por ella, que se las veía y se las deseaba para encontrar servicio a su gusto en Freetown, y se había marchado a tierra de negros, con la ilusión de hacerse cargo de una casa y de progresar en pocos años. Lola había heredado ropa y posesiones de su hermana, y no sabía muy bien cómo emplearlas; eran vestidos para una mujer bien formada y desarrollada, y a Cecily le daba pena que la modista los estrechara. Si la fortuna sonreía, en un par de años podría usarlos sin que hubieran pasado de moda. Dolores continuaba con un peso preocupante, y no abandonaba nunca la casa sin sombrero, ni sin un pequeño postizo que se rizaba sobre su frente.

Se le iban las horas en el patio, al aire libre; su amistad con Isabella se había estrechado aún más, y si no era una, era la otra la

que se desplazaba para verse. Cruzaban la plaza de San Francisco a mitad de mañana, comían en familia, y regresaban cuando ya había oscurecido, o pedían permiso para dormir juntas. Durante casi todo el día guardaban silencio o hablaban en voz muy tenue, con un buen entendimiento que los mayores admiraban y que a ellas les bastaba. De vez en cuando inventaban un juego nuevo, o se proponían estudiar juntas; pero a su edad ya no se les exigía que continuaran con una educación formal, de manera que las buenas intenciones quedaban en nada.

Si los chicos se les unían, les servían el té, o le pedían a Scott que continuara contándoles la novela que estaba leyendo. Le gustaba Dickens, y a menudo leía para ellas fragmentos de *Oliver Twist* que hacían que se les humedecieran los ojos, pero en esos días le mantenía ocupado *El libro de la Selva*. De manera unánime, la gatita negra que Lucía nunca se llevó fue bautizada como *Bagheera*.

Algo había cambiado desde el otoño: ellas habían dejado atrás la infancia, ellos se comportaban como caballeros. Las bromas, los tirones de pelo, la burla constante que les había ayudado a combatir el aburrimiento en Fuerteventura, habían desaparecido. Sin un acuerdo previo, se cubrían de atenciones, y rivalizaban por una delicadeza más, por un sacrificio de voluntad ofrecido a los otros.

Cuando pasaban la tarde en casa de los Betancourt, Isabella pedía que la cocinera preparara su frangollo, que gozaba de fama, bien tapadito con azúcar, porque era el postre preferido de Thomas. Los chicos correspondían con alguna flor cortada, o con latas de galletas. Ellas se acostumbraron a sentarse en los sillones más mullidos, y a exigir atenciones con cierta gracia. Ya no jugaban con los gatitos, ni los disfrazaban, sino que los ahogaban a besos, los atiborraban de caprichos y los llevaban en brazos, o en sus cestitas, a todas partes. A su manera, hacían algo parecido con los muchachos.

Aprovechaban el tiempo de la pereza, porque Scott ingresaba el curso siguiente en la Universidad de Bristol, para la que se preparaba de manera poco metódica con la ayuda de dos tutores. Su familia se encontraba remotamente relacionada con Lord Haldane de Cloan, el rector, y, como él, aprobaban una tendencia liberal en política y educación. Bristol admitía a mujeres en sus aulas, un tema que aparecía a menudo en las conversaciones con Lola e Isabella, y no siempre para bien de Scott, a quien acusaban de mostrarse ansioso por marcharse a la universidad por razones equivocadas.

El destino de Thomas no aparecía tan claro. Sus resultados en la

Grammar School a la que acudía en Liverpool habían sido tan pobres que su madre había decidido hacerle regresar a Tenerife; le había propuesto que probara suerte en una universidad española, Salamanca, quizás, pero la idea y la decisión se demoraba con excusas o compromisos sociales, y sus cambios de conversación delataban que aguardaría un año más en la isla antes de tomar algún rumbo.

–No me siento inclinado hacia ningún estudio –les había explicado a las chicas–. Creo que me aburrirían las leyes, y, aunque estas islas necesitan ingenieros y constructores, no tengo el menor arte para el dibujo. No sé si soy demasiado joven o demasiado mayor para decidirme.

–¿Por qué te preocupas? Sólo de tus rentas podrías vivir con holgura –preguntó Scott.

–Me incomoda pensarlo. Quizás debería aprender a manejarme en los negocios, y a administrar lo que mi familia posee. Pero siempre me han apartado de ello, y han conseguido que me desentienda por completo.

Ellas les escuchaban en silencio. Lola había fantaseado con la idea de que las enviaran juntas a un internado. Linda había dejado caer hacía poco que la mejor sociedad inglesa despreciaba los internados femeninos nacionales, pero que comenzaba a enviar a sus hijas a Suiza, y desde entonces pensaba en ello de manera insistente, y se había prometido que lo pediría como regalo de cumpleaños en el próximo mes de julio.

Los chicos se marchaban poco después de tomar el té, o tras una señal secreta que ellas ya habían detectado y que intentaban, con algo de nerviosismo, que retrasaran en lo posible. Como durante las vacaciones, el lugar donde se marchaban solos les parecía impenetrable, y mucho más interesante que su vida en los patios y los cuartos. En Santa Cruz había comenzado ya la temporada social, y por su edad los chicos acudían a algunas celebraciones.

Las mañanas quedaban para ellas, porque ellos estudiaban, o fingían hacerlo. Cuando se retrasaban, o faltaban un día, las dos se sentaban frente a la mesa, espantaban a los gatos atraídos por el olor del dulce y la costumbre, y se contagiaban el desaliento.

–¿Y si visitan a otras mujeres?

–Imposible. Mi primo me lo hubiera dicho.

–No, si sabe que te heriría.

Isabella meditaba un momento, pensativa.

–No, yo lo sabría. No creo que a los chicos les interese ninguna que no seamos nosotras.

–¿Y por qué no? En alguna fiesta pueden conocer a alguna niña que les interese más que nosotras…

–Porque no.

Dolores le admiraba esa seguridad en sí misma, que ella había perdido junto con el pelo, o que quizás nunca tuvo. Isabella le sacaba ya casi un palmo de altura, y habían tenido que descoserle el dobladillo de todos los vestidos. Una tarde la madre de su amiga la sorprendió mirándola con envidia. Cuando se supo observada, enrojeció.

–No te preocupes –le dijo, en un inglés cargado de acento sueco–. Ya la alcanzarás. Tu madre y tus hermanas son altas. Muchas niñas crecen justo antes de casarse.

Lola regresó a casa eufórica, acariciada por la dulce voz de Anne Kirstin. Con una frase la había salvado, y la había colocado en el altar de las elegidas, sus hermanas, tan admiradas, su madre, tan bella para su edad. Tardó mucho en recordar que ella se parecía a su padre, y se durmió llorando, como le ocurría cada vez más a menudo.

–Si vas a pasar el día con los Betancourt, al menos llévales un obsequio –le decía Cecily–. Hace casi una semana que Isabella no come con nosotros.

El regalo solía ser una cesta con tomates lustrosos, muy grandes, que entusiasmaban a la madre de Isabella, o una botella de malvasía de Lanzarote.

–Procura no devolverme la cesta cubierta de pelos esta vez, por favor. La anterior tuve que quemarla.

–Pero, mamá…

–Dolores, sí fue tu culpa. Y no, no puedes tener un gato. Me disgusta la idea de que un animal duerma en la misma cama que un ser humano. Si de ti dependiera viviríamos rodeados de perros, de gatos, de cabras, y… y de gallinas, incluso.

Lola e Isabella guardaban un secreto. A principios de diciembre el padre de Isabella la había enviado con dos botellas de ron miel. La idea, como siempre, había sido de Dolores. Habían escamoteado una que guardaban en el desván de la casa, detrás del cuadro del turco. No sabían muy bien para qué la querían, pero les había resultado muy sencillo: nunca habían bebido alcohol, y a sus padres ni se les pasaba por la cabeza que pudiera ocurrírseles algo parecido.

No sabían si los chicos bebían, aunque les repugnaba y les atraía esa posibilidad al mismo tiempo. En realidad, los conocían muy poco. Como varones, pertenecían a una esfera inalcanzable; ninguna

de las dos tenía hermanos, y su comportamiento les suponía un enigma. Como mayores, se encontraban investidos de unos poderes que ellas sólo podían soñar. Pasaban horas planeando estrategias que les permitirían extraerles sus secretos, y el fin de todas las dudas.

–Cada día llegáis más tarde y más misteriosos –se quejaba Isabella–. ¿Ya no os divertís con nosotras?

Los dos se miraban, extrañados al principio; después, según se acostumbraban a esa pregunta casi diaria, cada vez más irónicos.

–No venimos aquí a divertirnos, Isabella. No nos parecéis chicas con las que divertirnos.

–Pero ya no nos prestáis atención. Parece que quisierais escaparos en cuanto entráis. ¿A dónde os marcháis con tanta prisa?

–Tenemos amigos, y también hacemos planes con ellos.

–¿De qué os quejáis? Venimos a veros cada día.

Lola insistía.

–¿Por qué no invitáis a alguno de esos amigos? A mí me encantaría conocerlos. Que vengan a tomar el té con nosotras.

–No, no creo que eso sea conveniente…

–¿Por qué?

–Porque sólo sois dos, y no tenéis más amigas, ni más hermanas.

Entonces, cuando los chicos se iban y las dejaban a oscuras, enfurruñadas y maledicentes, se prometían venganza, y se sentían muy viejas, como si regresaran de nuevo al momento en el que las ignoraban en Fuerteventura. Allí habían sido felices. Recordaban la llegada en el barco, las aguas transparentes y la aridez en torno a la casa. En un eterno desgranar de nostalgias revivían algunos de los días más señalados, la falsa leche cortada, los nombres de los burritos y de algunas de las cabras.

De Lucía no hablaban jamás.

El mar devolvió su cadáver al cabo de cinco días. Estaba descalza y medio desnuda, y los peces le habían devorado los ojos y los labios. Los Hamilton habían enviado ya a sus hijas y sus amigos a Santa Cruz, donde aguardaron las noticias y las órdenes. Mademoiselle prohibió entradas y salidas de la casa, y ayudó a Candela a rematar su equipaje: regresó a Sierra Leona el mismo día en que el cuerpo de Lucía llegaba a la isla, con la escolta de una Cecily serena y un mayor lúgubre.

Los Berriel acudieron a recibirlos al puerto, todos los miembros de la familia, menos la abuela, que aún no sabía la noticia. La madrastra de Lucía, con una mantilla negra que le ocultaba los ojos, llevaba de la mano a los dos hermanitos pequeños, de luto riguroso. Su ama de cría, que aún servía en la casa, lloraba a gritos mientras descargaban el ataúd, hecho a toda prisa, y con la idea de que encajara, sin abrirse, en el definitivo, más lujoso e igualmente blanco.

Luego, todos ellos, el padre, su joven esposa, los pequeños, los primos y los tíos, caminaron detrás de un coche mortuorio cubierto de crespones negros y flores blancas, a pie, con un cierto aire de incredulidad y también de fastidio. Quizás los alaridos del ama les había hecho sentirse violentos y expuestos, o los habían devuelto a la realidad.

Según los cálculos del mayor, los gastos del entierro de Lucía, de las flores, el ataúd definitivo, la lápida, de las limosnas entregadas en su nombre y de las misas cantadas en su honor, excedieron cualquier lógica, quizás para alejar las sospechas de suicidio, que se habían extendido por la isla como una nube de langostas.

Los Hamilton dijeron lo que creían: que mientras todos dormían la siesta, y los chicos habían subido hacia una de las lomas, donde revisaron una trampa para atrapar una gaviota con liga, Lucía había salido a pasear por la playa. Quizás se subió a las rocas, como había visto que hacían los muchachos cuando mariscaban. Fuera como fuera, cayó al agua y se ahogó. En cuanto la echaron de menos

salieron en su busca, pero ya anochecía, y salvo la angustia de que había desaparecido, no les quedaba nada. No cabían culpas ni pensamientos malintencionados sobre la pequeña. Como ella morían muchas niñas en las islas cada año.

Las dos niñas se habían mostrado tranquilas; se fueron a dormir sin protestas, y no hicieron demasiadas preguntas. La habilidad de Cecily mantuvo esa calma hasta el día siguiente, en que tuvieron que avisar a la familia. Mientras tanto, interrogaban a los colonos y a los pescadores. Nadie había visto nada, ni notaron nada extraño. Conocían bien a los dos muchachos, pero casi nunca se habían cruzado con las niñas. Cuando Isabella encontró el anillo de la Comunión de Lucía en una repisa de su cuarto, las dudas sobre si podría haber sido atacada desaparecieron. No llevaba más joyas, ni nada de valor. Antes de enterrarla, el médico que la reconoció, por petición de la familia, confirmó que era virgen.

–Nunca me lo perdonarán –repetía el mayor Hamilton, de cuando en cuando–. La pobre niña… y precisamente la familia Berriel.

A Lola no le cupo duda de que hubiera preferido perder a Isabella. Cuando terminaron los funerales, abandonó Santa Cruz, ante la ira de su mujer, que lo quería con ellas para organizar el futuro de Dolores, y el invierno en la ciudad.

–¿Es que he de tomar yo todas las decisiones difíciles? –había gritado, cuando ya cargaban los baúles del mayor–. ¿Qué hay en La Orotava tan importante, para que te escapes con esta prisa después de un hecho así?

Su marido guardaba silencio.

–¡Respóndeme al menos! ¿Te parece honorable dejarnos solas a tu hija y a mí, precisamente ahora, cuando hemos causado el sufrimiento de una familia amiga sin casi disculparnos, y marcharte, desatendiendo el negocio?

No le sirvió de nada. Regresó al interior de la casa con las mejillas rojas y la mandíbula apretada. Era casi de madrugada, y el cabrero traía su rebaño para ordeñarlo a la puerta y venderles la leche. A Lola le habían despertado las esquilas, y se había asomado a escondidas al patio, asustada por la discusión.

Siempre habían sabido que a su padre sólo le interesaba el campo. Los Hamilton habían sido una de las primeras familias que obtuvo una licencia carbonera, a mediados del siglo anterior, y pese a la durísima competencia con la isla rival de Las Palmas, y los enfrentamientos con los cargadores de carbón, que habían protagonizado varias huelgas, se habían enriquecido notablemente.

El mayor Hamilton, en cambio, despreciaba ese negocio. Buscaba una gloria imprecisa, algo que no se hallaba en los muelles y las carboneras. La persiguió por unos años en el ejército, pero al cabo regresó cojo y desalentado. Intentó vender su parte de herencia a unos parientes, e incluso a los Davidson, que hubieran comprado de buen grado, pero la presión familiar le obligó a mantenerse con ellos cuando en 1876 el gobernador les ordenó que transfirieran sus instalaciones a Valleseco. Con el tiempo, se acostumbró. Apenas lo veían por el puerto, y no se oponía a las decisiones de sus hermanos. Compró la finca de La Orotava, y más tarde la de Fuerteventura.

Cuando le llegó el momento se casó, y con la misma sensación de inevitabilidad vio crecer a sus tres hijas. No le incomodaban. Quizás un hijo le hubiera obligado a enseñarle un camino, o a una toma de decisiones, y hacía tiempo había renunciado a ambas cosas. En la ciudad le tenían por pusilánime y romántico. En el campo, en cambio, era respetado, porque a diferencia de otros *misters*, no apartaba el ojo de las cosechas, y detectaba todos los engaños.

Con el tiempo, había obtenido provecho de las tierras, y esgrimía esos logros como si fueran los perdidos laureles militares que le negaron. En las reuniones familiares, cada vez más escasas, acaparaba la atención con sus historias, y se empecinaba en que acordaran con él en que había acertado en su apuesta. El resto de los Hamilton, que tenían buena memoria y eran tan obstinados como él, no le complacían. A sus ojos, gastaba el dinero que las carboneras generaban en un trabajo de campesino. Dejaron de invitarle, algunos regresaron a Inglaterra, y cuando Dolores nació, apenas se trataban con esa rama de la familia.

El mayor, sin embargo, nunca hubiera tenido éxito por sí mismo con los planes con los que había iniciado la explotación de las fincas. Como casi todos en la isla, creía que podía repetirse la era dorada de la cochinilla y del vino, y habían pensado en repoblar parte de las tierras con cactus en los que criar el insecto, con más cuidado y mejores condiciones.

Cecily, que apenas llevaba tres meses casada con él, le escuchaba en silencio. Sabía ya que para conseguir la felicidad en ese matrimonio debía acostumbrarse a callar. Después, cuando el agotamiento o la vehemencia le silenciaban, ella hablaba.

–Bien, de esto yo no sé ni una palabra –dijo, cuando su marido salía por la puerta–, pero ¿ha pasado ya la epidemia de los viñedos? La última vez que salí al campo las hojas de muchas fincas aparecían infestadas.

–El mildiu –gruñó el mayor–. No, aún permanece. Pero extremando las precauciones…

–Siempre he creído, además, que el único fin noble de los cactus nopales sería que nos dieran higos. Sirven para poco más… unas plantas antipáticas, la verdad.

–Sí, no eres la única. La isla está plagada de nopales cargados de fruta, sin una sola cochinilla, y de lagartos, en caso de que un pobre insecto escape y sobreviva.

–Lagartos, qué asco… Y luego están las anilinas, por supuesto, que no me parece que ayuden demasiado. También yo prefiero algo higiénico y químico como tinte, mejor que un color que procede de… de un insecto. Claro que no todos tenemos el ingenio del señor Perkin ni somos millonarios a los veinte años con la venta de colores sintéticos.

Cecily jugaba al solitario, y desplegaba y recogía cartas sin pausa.

–He oído –dijo, por fin, sin levantar la mirada– que Douglas ha arrancado las vides enfermas y que está plantando palmeras de banano. Ha hablado con una compañía británica que le comprará toda la producción para exportar directamente a Inglaterra. Por supuesto, su mujer se encontraba muy afectada… No saben absolutamente nada sobre vinos, como han demostrado, y no quiero ni pensar lo que les ocurrirá con los plátanos.

–¿Toda la producción?

Cecily asintió.

–Creo que el nombre de la compañía era Fyffes, pero no me hagas el menor caso, mi amor. Cada vez recuerdo peor lo que se me dice.

Hamilton se recostó en el sillón.

–¿Elder and Fyffes? –ella frunció la frente–. Soy incapaz de recordarlo. Se lo preguntaré a mi hermano.

–Plátanos. No es una mala idea. Soportarían bien las distancias largas, y el clima no podría ser más adecuado. Esta tierra es africana, al fin y al cabo. Lo tendré en cuenta… Debo hablar con Douglas. Es un estúpido, pero a veces muestra talento, como si fuera capaz de atisbar lo que el resto aún no vemos.

–Si tú lo dices… y, mi amor… –mantuvo la frase en el aire por unos momentos, y las palabras flotaron como aros de humo–. Pregúntale también sobre los tomates. No sé quién me lo contó, es posible que incluso lo haya soñado, pero me suena algo acerca de que acordaron que era conveniente plantar también tomates.

No esperó nunca un reconocimiento, y no se equivocó, porque

nunca lo obtuvo. Nadie la engañó antes del matrimonio. Sabía cómo era el mayor, y lo sedujo comportándose exactamente como se esperaba de ella. Desde hacía años pensaban que se convertiría en un solterón sin remedio; de hecho, parte de los Hamilton se habían sentido muy desilusionados por la boda. Se alejaba de ellos la posibilidad de heredar del familiar extravagante, y la seguridad que eso hubiera dado a la carbonera.

Si aún le restaba espacio para alguna quimera, se disipó en la noche de bodas, cuando lo aguardaba, ya con el pelo suelto y un camisón recargado hasta lo inverosímil de encaje de Flandes. Los habían conducido hasta la casa que sería suya, y él se había servido una copa mientras le daba tiempo para desnudarse. Cecily esperó una hora, dos, tres. No se atrevía a bajar las escaleras, por miedo a que la considerara demasiado impaciente. Le despertó el chirrido de una bisagra. El mayor, bizco por el alcohol, con la ropa arrugada, se chocaba contra los muebles. Le ayudó a acostarse, y, más tarde, apartando la repugnancia que le inspiraba, le sostuvo la cabeza mientras vomitaba. Cuando observaba la salida del sol, con los brazos en torno a las rodillas, suspiró y hundió la cabeza.

–*Bien, ya veo que me tocará a mí hacer todo el trabajo* –pensó.

Esa fue la frase que más se repitió durante los siguientes diecisiete años, y la que les dijo a sus hijas cuando se prometieron. Después de que se hubieran llevado las copas de vino, y los dulces del compromiso, y los criados hubiesen desfilado para felicitar a la señorita, y a su madre, y a las hermanas de la novia, se llevaba a su hija a su habitación, y se sentaba con ella en la cama.

–Sé que te hemos hecho creer lo contrario –les decía–, pero a partir te ahora recae sobre ti todo el trabajo.

Se acababan los secretos escondidos bajo la delicadeza y la languidez, y comenzaba a instruirlas para lo que les esperaba.

Cecily escrutaba el rostro de su hija cuando regresaba de la casa de su amiga, o durante la cena, si Isabella se quedaba por la noche. Los muchachos le habían pedido permiso para visitarlas y se lo había concedido, con la condición de que o bien ella o Mademoiselle debían encontrarse en la casa mientras tanto. Aquel invierno frecuentaba casi a diario la casa de los Berriel; se habían recuperado con rapidez del sopor en el que les había sumido la muerte de Lucía. Quizás el esplendor de los funerales, la espectacularidad con la que los católicos despedían a los muertos, les había permitido verter el llanto que necesitaban y un comienzo limpio de culpas.

La joven madrastra esperaba un hijo tras dos abortos, y temían que la tristeza, o la repetición constante de las imágenes de muerte, le perjudicaran. No se movía de su cama, cuajada de estampas y de amuletos en forma de luna, y apenas recibía visitas, porque no tenía demasiadas amigas en la isla: era sevillana, y muy retraída. Cuando le podían los nervios, Cecily apenas entendía lo que decía.

Dolores e Isabella habían recibido permiso para acercarse a su casa, o más bien les habían ordenado que lo hicieran. Flanquearon a Cecily y, con la cabeza gacha, se adelantaron hasta la cabecera de la cama. La joven había engordado de manera desproporcionada, mostraba unos ojos muy brillantes y tan pocas ganas de hablar con ellas como las propias niñas. Isabella le tendió un anillo, y lo dejó en la mesita junto a la cama.

–Es el anillo que encontré. El de Lucía. Se lo dejaré aquí.

Su madrastra no volvió la cabeza. Evitaba mirarlo.

–Puedes quedártelo, si quieres.

–¿No debería mantenerse en la familia?

–No –la interrumpió, muy rápidamente–. Sus hermanos no le encontrarán utilidad. Y si yo tengo una niña… no me parece adecuado. No tiene demasiado valor. Que se lo quede.

Se fueron pronto. El aire se había enrarecido, y las niñas suspiraban, sin saber qué hacer ni qué decir. Quizás habían

cometido algún error, o no se habían comportado con la corrección esperada.

–Imagino que no creerás en esas supersticiones, Isabella.

–No, señora.

–Un anillo es un anillo, encargado con mejor o peor gusto. No transmite la mala suerte, ni pueden estar malditos. Te servirá como un recuerdo eterno de tu amiga. Corre con tu madre. Espero verte mañana, querida.

Isabella asintió con la cabeza de nuevo, y entró en su casa.

–Y a ti –añadió Cecily, mientras se dirigían a la suya–, podría también haberte hecho un obsequio, cualquier cosa para que tuvieras presente a Lucía. Qué falta de delicadeza. Esta mujer ha perdido las formas.

–No importa, mamá. No quiero nada.

–Me es igual que lo quieras o no. *Debería* habértelo ofrecido –le dedicó una de sus miradas inquisidoras–. Y yo *debería* encargarte ropa nueva. Ya tienes tus primeros admiradores, y los engaños que no nos otorga la naturaleza, los proporciona París. No te olvides nunca de esto. Dondequiera que la vida te lleve, te perdonarán que seas estúpida, te perdonarán que seas lenta de entendimiento, o ignorante, cosas que, por suerte, no hay que perdonarte. Pero no tendrás escapatoria si no sigues la moda.

–¿Scott y Thomas son mis admiradores? –preguntó, intrigada.

–¿Te desagrada?

–No, claro que no… pero resulta… extraño.

–Los hombres a los que no se les ha enseñado a apreciar lo que ven mientras crecen, se marchan fuera a buscarlo. Hay un arte en el que no te ilustra ninguna escuela, ni ninguna institutriz, y que depende únicamente de tu buen juicio: qué ocultar a los hombres y qué darles. Y sobre todo, cuándo hacerlo. Los tiempos están cambiando. Lo que nos sirve ahora difícilmente nos será de utilidad dentro de cinco años. Cuando yo era joven, las modas se estancaban durante toda una vida, las costumbres eran fijas e incuestionables. Ahora, en cambio, las parisinas van en bicicleta y defienden la falda pantalón. Dios nos libre de ello… hasta que no nos quede más remedio que aceptarlo.

Desde ese momento, Dolores se aplicó con más interés a las lecciones que su madre le daba cada mañana. Después del desayuno, las dos se recluían en el vestidor de la madre y ésta le mostraba algunas de las revistas que recibía cada temporada. Las plumas marcaban la tendencia en los sombreros, pero usarlas de gallo delataba una cierta falta de estilo. Había que sustituirlas por

las manchadas, más redondeadas y cortas.

–Eres española, Dolores –le dijo un día, y le colocó un abanico en las manos–. Se esperará de ti que te abaniques con gracia.

Aprendió a abrir los grandes abanicos de avestruz de su madre, que colgaban de las muñecas como frutas lacias. Exigían parsimonia, servían para ocultarse y también para que la atención se fijara en su movimiento, casi hipnótico. Los pequeños, de madera o marfil, debían aletear como mariposas, y eran chillones, pequeñas salidas de tono que atraían la vista hacia ellos.

–Sería una pérdida de tiempo enseñarte el lenguaje del abanico en su totalidad. A mí me torturaron con ello, y lo cierto es que nunca tuve ocasión de usarlo, aunque entonces estaba mucho más en boga que ahora. Aun así, no están de más algunas precauciones. No te golpees la palma de la mano con él; estarás incitando al varón. No lo dejes caer nunca. Y no mires los motivos con demasiada atención. Significa que el hombre que te acompaña te gusta. Si es tu abanico, hay que suponer que ya conoces cómo está pintado.

Cecily no mostraba consideración por sus posesiones, y si Mademoiselle no supervisaba los armarios y los arcones las prendas terminaban revueltas, como piedras en la tierra recién arada.

–Habrá a quienes les entusiasmen tus botines. No importa lo que te diga Mademoiselle. Ella, como soltera, ignora algunas picardías muy convenientes. Nunca lleves las botas, en especial la puntera, completamente limpias. Y olvídate uno o dos botoncitos sueltos. Si tu estatura no llega a ser excesiva, elige siempre las que tengan algo de tacón. Transforma los andares, y los feminiza. Los guantes, en cambio, que no ofrezcan nunca una duda, ni una sombra. Cámbialos las veces que sea necesario. Los varones indagan bajo las faldas, pero las mujeres te juzgarán por tus guantes.

Había guantes cortos, de día, y algunos más burdos para proteger las manos en las excursiones, o si se montaba en una caballería. Ésos se reconocían porque la boca era ancha, y la palma, de cuero. Por la tarde debían usarse guantes largos, y Lola los observaba fascinada; algunos se abrochaban con doce botoncillos, otros con veinticuatro. Algunos subían por encima del codo. A los de noche se les reservaba el tul y el encaje, aunque aún se veían de raso, también.

–Recuérdalo siempre; la mujer decente no se muestra, sólo se adivina. El vestido, las enaguas, los guantes, impiden que los hombres las vean, y atraen la atención hacia el rostro, o la piel delicada de la muñeca, o hacia el encaje del pecho. Siempre que les

presentes un secreto, querrán descifrarlo. No te muestres nunca desnuda ante tu marido. Incluso entonces, permítele que continúe imaginando.

–Pero Scott y Thomas me conocen con vestido corto… han visto mis piernas, incluso mis rodillas, y mis codos.

–Por cierto, arrugados y sucios ambos, rodillas y codos. No importa, Dolores. Tienen la memoria corta. Cuando te vean con el cabello recogido y un vestido bonito, las rodillas se borrarán de su mente. Hazme caso. Tus amigas, en cambio, las recordarán por mucho más tiempo, y hablarán de ellas a tus espaldas, eso es cierto… *¿No es esa Dolores? Qué falda tan bien cortada… cómo disimula sus piernas flacas…*

–No me importa lo que las otras puedan decir…

–No seas estúpida. ¿Quién extenderá tu fama, o tus errores? ¿Crees que te enseño cómo mover un abanico para seducir a un caballero? –dijo Cecily–. No, no te equivoques; ése, como muchos otros, es un lenguaje de mujeres. Ellos, y menos aún los británicos, nunca han sido diestros en ese código. Sus madres, sus mujeres, sí. Por eso conoces ya los movimientos prohibidos. Te examinarán, su mirada te seguirá donde quiera que vayas, te compararán con tus hermanas, que nunca me dieron motivos de disgusto. Anticiparán con quién puedes casarte, y si divides tu tiempo con los muchachos de manera irregular. Para conquistar a un hombre, la mitad del camino se recorre si no te enemistas con las mujeres.

Abrían y cerraban los abanicos pequeños, que se resistían a los dedos cortos de Lola.

–Y otra cosa, hijita… no compartas con Isabella estas indicaciones. De hecho, no le cuentes nada de lo que yo te enseño.

Dolores la miró, con los labios entreabiertos.

–¿Por qué?

–Incluso con las personas a las que más unidas estamos se hace preciso guardar secretos. Sé que estimas a Isabella, pero no existe ninguna razón para facilitarle aún más las cosas.

–Mamá, yo no sé mentir…

–Y eso te honra… tampoco yo sé –mintió Cecily–. Te hemos enseñado a que detestaras la mentira, y te seguiré pidiendo lo mismo hasta que muera. Pero en ocasiones, hay que proteger a quienes son más débiles. O a quienes cierran los ojos ante la verdad. Cuanto antes aprendas a emplear el silencio, menos sufrirás. Y menos harás sufrir… Cállate ahora, aprende a tragarte palabras que te escuecen en los labios. Tienes buen corazón, pero eso no siempre resulta ventajoso.

–No sé si podré comportarme así con Isabella…

Cecily se cruzó de brazos.

–Yo creo que sí. Los niños lo cuentan todo, porque no tienen formada la conciencia, pero tú ya no eres una niña, ¿verdad? Ya sabes cómo ocultarme a mí lo que crees que no me gustará –la atravesó con la mirada–. No, no me niegues lo evidente. Quizás creas que tu madre no te conoce.

Dolores miraba muy fijamente su abanico. Luego recordó que no debía hacerlo, y clavó los ojos en el suelo, en sus zapatillas de casa.

–¿Qué le pasó a Lucía, hijita? ¿Qué pasó con ella? Nunca te lo he preguntado, ni tengo interés por saberlo. Te comportaste como una mujercita, tan firme como un recluta, pero nadie se comporta así cuando una amiga querida no aparece, y menos a tu edad. Tú no querías a Lucía, tampoco la quería Isabella, y yo tampoco la tenía en alta estima. Cuando la conocí con algo más de profundidad, comprobé que no había gran cosa que temer en ella. Posiblemente se hubiera casado con alguno de sus primos, y habría tenido una caterva de niños tan ricos y tan naricortos como ellos. Nadie se entristeció por su muerte. Ni nosotras, ni siquiera su padre. Pobre Lucía. Nunca debimos traerla con nosotros. No sé por qué insististe, ni por qué yo lo permití.

Llamaron a la puerta. Una de las criaditas traía el correo.

–Mira, mamá –dijo Dolores, con un hilo de voz, aún temerosa por el repentino cambio de situación–. Una de Linda.

Cecily abrió la carta, y luego la dejó despacio sobre la mesa.

–El niño de Linda ha nacido ya. Están bien los dos.

Se inclinaron sobre los pliegos. No daba demasiados detalles. En algunos párrafos la letra oscilaba, como si estuviera cansada, o algo estorbara el movimiento de su muñeca.

Ya casi no recordaban su rostro, sólo las palabras que la definían. El rostro ovalado, los bucles rubios, su cimbreo de cadera y la sombrillita que oscilaba sobre su cabeza, como el tictac de un reloj. Debían pedirle una fotografía; se quejaba de que había engordado, de que se había vuelto blanca como un queso. Linda estaba cambiando y lo hacía lejos, bajo la lenta parsimonia de las nubes de Surrey.

–Y soy abuela… qué extraño suena –se volvió a Dolores–. Vete. No quiero verte ahora. Corre a contárselo a Isabella, si quieres. Antes o después ya sé que se lo contarás todo.

Estimada señora Hamilton:

Ya conoce usted a mi sobrino Scott, a quien tuvo la amabilidad de incluir en la invitación cursada a mi hija para que les acompañara a Fuerteventura, hace cuatro meses. Este muchacho, tan querido para nosotros, nos abandonará el año próximo para continuar sus estudios, y nos gustaría que su vínculo con nuestra isla fuera tan estrecho que regresara a ella una vez completada su educación. Pero tememos que tal vez encuentre tentaciones más atractivas lejos de nosotros, y en previsión de esa pérdida, nos gustaría que sus últimos meses en Santa Cruz disfrutara en lo posible de la compañía de sus amigos más queridos con cierta libertad.

Ya que Isabella goza del honor de una intimidad tan estrecha con su hija, le estaría muy agradecida si permitiera que Dolores se les uniera en distintos paseos por Santa Cruz, siempre bajo el horario que usted considerara oportuno. En algunos de ellos les acompañaría algún otro amigo. Las madres consideramos a las hijas como eternas niñas, pero Isabella ya ha cumplido los catorce años, y a Dolores le falta poco tiempo para ello, y es sabio y conveniente que se asomen paulatinamente al mundo. Scott merece toda mi confianza, y creo que también usted ha comprobado su seriedad y buen juicio.

Es usted muy buena, y sin duda me complacerá en este capricho, que yo le sabré corresponder y del que no pueden resultar sino ventajas para todos.

Suya, para lo que guste disponer.

A. K. B.

Cecily no parecía demasiado sorprendida.

–¿Le has pedido a Isabella que te lleve con ellos?

–No, mamá.

–Bien, el cielo me libre de contrariarle un capricho a Anne Kristin Betancourt. Qué astuta mujer, qué sutil. Sabe que si me niego, después de cómo actuamos con Candela, se generalizará la idea de que nos comportamos como españoles, con las hijas atadas

a la puerta de la casa. *Y algún otro amigo*… Qué sutil, qué sutil… –Cecily, que se había levantado tarde, vestía un peinador azul que la hacía muy joven y muy frágil. Sin darse cuenta retorcía una de las cuerdecillas de la manga–. Quizás no haya sido tan mala idea que tu padre no esté aquí para decidir nada. Imagino que te agradará esta carta.

Dolores se encogió de hombros.

–No sé…

–No hagas gestos, Dolores. Di sí o no, pero no divagues. Escúchame, cuando salgas con ellos, toma siempre de la mano o del brazo a Isabella. No te rías en alto, no des voces, ni se te ocurra correr por la calle. No estás en el campo. Aquí te siguen mil ojos. Si hablas con Scott, no te demores demasiado en dirigirle la palabra también a Thomas. Anne Kirstin está moviendo las piezas muy rápidamente. Mata dos pájaros de un tiro… Quien le preocupa que se marche no es Scott, sino Thomas. ¿Os ha contado algo?

–No, mamá. Aún no sabe si se irá fuera o no.

–Puede que él no, pero su madre, sin duda, ya lo ha decidido, y Anne Kirstin está en el secreto. Mantén los ojos abiertos, hija. Y no demuestres que te diviertes demasiado.

Envió la carta de consentimiento, y algo más tarde, después de la comida, recibían una respetuosa nota de Scott, que solicitaba a Dolores para un paseo por el puerto al día siguiente. Sin embargo, esa noche le asaltaron las dudas.

–No estás preparada… No sabes nada del mundo… Y si tu padre se entera, aún no sé qué explicarle.

Paseaba por el salón, nerviosa, con las manos apretadas. Mademoiselle cosía en su silla preferida.

–Candelaria tenía su edad cuando comenzó a salir sin usted.

–El carácter de Candelaria no es el de Dolores.

–Mamá, me portaré bien…

–Eso por descontado –se detuvo frente a ella–. Y si das un paso fuera de lo que te he marcado, te encerraré en tu cuarto hasta que seas tan vieja que tengamos que casarte por poderes con un desconocido. Te portarás bien, pero incluso así, tantas cosas pueden fallar… Vete a la cama, Lola. No te haces ningún bien con esos ojos de cordero. Tomaré la decisión por la mañana.

La dejó ir. Fijó con varias horquillas el postizo oscuro en su frente, por debajo de un sombrerito de paja muy parecido al de las aldeanas, con varias cerezas en la cinta, y le recomendó, una vez más, que fuera cauta. Scott, Thomas e Isabella la recogieron en la puerta, y Cecily no se asomó a su encuentro. Se quedó dentro,

hablando con Mademoiselle, como si no fuera inusual que saliera sola a recorrer la ciudad.

Era la primera vez que Lola podía aventurarse más allá de los trayectos conocidos, sin Mademoiselle o algún miembro de la familia, y nunca se había acercado al puerto salvo en ocasiones especiales. Apretaba con fuerza la mano de Isabella, hasta que el sudor les hacía estirar los dedos y apartarse unos centímetros.

El día se había nublado, pero hacía calor y viento, y de vez en cuando, entre los rasgados del cielo, se veía un poco de azul. Había vendedores ambulantes que vendían caramelos de azúcar tostada. Los chicos quisieron convidarlas a uno, pero ellas, aún tímidas, se negaron. Mientras bajaban hacia el puerto apenas hablaron, y sólo contestaban sí o no.

Las llevaban a ver las obras del embarcadero del Penitente, que se habían reiniciado tras la tormenta de Año Nuevo, que casi destrozó por completo lo que se había realizado desde dos años antes. Durante mucho tiempo, los pescadores evitaron esa zona del muelle, porque se rumoreaba que se aparecía un alma en pena, un fraile del cercano convento de dominicos que había muerto en pecado, y que se asomaba a la vida en las noches sin luna. Un soldado joven, por una apuesta, decidió montar guardia durante toda la noche, y descubrió el misterio: el famoso fraile era una mujer, una muchacha de una familia muy conocida, que se citaba en el muelle con su amante, un contrabandista aprendiz de pirata. Los parientes de la joven, furiosos por la burla y el regocijo público, la mandaron a la Península, a casarla o a un convento, según a quién le preguntaran. Y del piratilla nunca más se supo.

Entonces, en un giro del camino, aparecieron los primeros barcos.

La bandera británica ondeaba en la mayoría de ellos; parecían gaviotas posadas, y cabeceaban en la distancia, porque el puerto era poco profundo, y las mercancías y los viajeros llegaban a los muelles en gabarras. Algunos de los más cercanos eran vapores ingleses: el *Avocet* y el *Andorinha* eran propiedad de la compañía Yeoward Bros., y en medio de ellos asomaba un barquito pequeño, el *Alca*, protegido entre los hermanos mayores. El *San Sebastián*, un barco de la familia noruega Thorensen, oscilaba más allá. Dolores reconocía como a primos muy queridos los que pertenecían a su familia: el *Chasna*, el *Tenerife* y el *Carmen*. El *Machrie* no estaba; posiblemente, transportaba fruta de La Orotava.

Los cuatro callaron de repente, como si observaran las pirámides, o un perro con dos cabezas, cualquier prodigio del que

les hubieran hablado tanto que les parecía imposible. No se trataba tan sólo de los barcos; estaban allí, los cuatro juntos, las dos niñas en el centro, de la mano. La silueta del viejo castillo de San Felipe parecía una embarcación más. Podrían subir a uno de esos vapores y marcharse lejos, o colarse en las bodegas de uno de los que se dirigía a Venezuela. Podrían llegar hasta la selva, como Mowgli, y la sensación de caminos no tomados les agitó la respiración y les llenó de una euforia que les hacía hablar alto y reírse por cualquier razón.

Caminaron luego hasta la Casa de la Aduana, que Dolores quería ver, porque recordaba que de muy niña su abuelo la había llevado con sus hermanas; el abuelo había saludado a cada paso, y había presumido de nietas, y para que dejara de correr y de señalar, la había asustado con las gárgolas de las galerías, que abrían sus fauces para devorarla. Los monstruos de madera continuaban allí, y le parecieron ridículamente pequeños.

En la calle de Las Lonjas, a la que daba la Casa de la Aduana, se abrían los ultramarinos y las tiendas de abastecimiento. Allí se podía encontrar de todo: harina y carbón al detalle, papas, velas, boyas de cristal de colores, naranjas y limones, frutas confitadas y regalos para las mujeres. La variedad de las telas y el colorido de los objetos era tan intenso y abigarrado que Dolores tenía la sensación de haberse quedado sorda, como si el oído pudiera saturarse por la vista. Pero no podía ser, oía los gritos y los reclamos, y se vio de pronto con un palo de regaliz en la mano. Isabella, a su lado, lo masticaba con parsimonia y le sonrió.

Los comerciantes se asomaban a la entrada de las tiendas, y saludaban a las mujeres por sus nombres. Si una de las señoras se acercaba, se limpiaban las manos en los delantales y las atendían personalmente, con una amabilidad extrema. De las criadas, que se adentraban sin invitación entre los sacos, solían encargarse los empleados. Rechazaban quesos, pedían que les dejaran probar los mojos: en casi todas las tiendas olía a cilantro, a pimentón, y también a vinagre.

–Vámonos de aquí, por favor –pidió Dolores.

Se alejaron casi corriendo. A ellos no les saludaban, ni les mostraban las ruedas de sardinas que, conservadas a la portuguesa, parecían cuchillos azules. Les miraban un instante y los olvidaban. De uno de los callejones saltó, sin que lo hubieran advertido antes, un niño. Tenía la piel cobriza, y no pasaba de los seis años.

–*Choni* –se enfrentó a Thomas, el más rubio de los dos chicos–, dame un cuartito. Un cuartito, *mister choni*, un cuartito.

–¿Qué quiere? –susurró Dolores.

–Dinero. Creo que le está pidiendo dinero.

Thomas le rechazó con la mano.

–No hay cuartito.

El niño continuó lloriqueando a sus espaldas. Se le unió otro, y luego dos, muy pequeños, famélicos.

–*Mister Choni, miss Meri*, un cuartito… un cuartito…

–Dadles algo –dijo Isabella–. No tienen qué comer.

–Si les damos dinero no nos los quitaremos de encima.

–*Miss Meri* –insistía uno, que se acercaba a Dolores sin atreverse a tocarla–, deme algo. El cuartito que le sobre.

Lola le tendió el palo de regaliz. El niño se lo arrebató y echó a correr, con una velocidad insospechada en una criatura tan pequeña. Los otros tres se le quedaron mirando, y no les siguieron ya más.

–Piden dinero por todas partes –explicó Scott–, y cada vez son más, y más jóvenes. Sus padres son mendigos también. Hacen cola en los conventos, o en la casa de misericordia. Rondan los sanatorios, cualquier sitio donde puedan encontrar extranjeros. Una plaga.

–En todos los puertos del mundo se encuentran pedigüeños –dijo Thomas.

–No como aquí. En Inglaterra se mueren de frío. En Madrid, durante el invierno de hace seis años, aparecían congelados en la calle. Cada día enterraban a varios. Necesitaban alimento, mantas, un techo, una sopa caliente. Aquí las familias sólo necesitan comida, y ni eso tienen. Es una miseria negra.

Dolores pensaba en las historias de su padre, en los hambrientos de Fuerteventura y Lanzarote que cruzaban el mar antes de morirse en sus orillas.

–Quiero irme a casa –le dijo a Isabella–. No me estoy divirtiendo.

–Tampoco yo.

Los chicos habían perdido su entusiasmo y no insistieron. De mala gana, mirando hacia atrás cada pocos metros, se encaminaron hacia una de las calles que salían del puerto. Entonces, vieron a un hombre que caminaba delante de ellos. No mendigaba, pero por su aspecto podría haberlo hecho. Se tambaleó, pero consiguió recuperar el equilibrio. Scott se adelantó para ayudarle, pero Thomas se lo impidió.

–Déjalo. No te le acerques. Vámonos de aquí.

–¿Qué le pasa a ese hombre? –preguntó Dolores. Estaba muy

asustada, pero no podía dejar de mirarle.

–Nada. Está borracho.

–Pero no sabe a dónde va… No tiene control de sí mismo.

Thomas la aferró por el codo con firmeza.

–Vámonos.

Las llevaron a casa de los Hamilton, y allí aceptaron una limonada. Silenciosos, se miraban sin hablar, con una vergüenza compartida.

–No ha sido una buena idea –dijo al fin Isabella.

–Las veces que hemos ido solos no pasan esas cosas.

–Las veces que hemos ido solos –le corrigió Scott– ni nos fijábamos en esas cosas.

–Tengo miedo a que no queráis llevarnos con vosotros de nuevo –musitó Dolores. Le dolía la garganta llena de lágrimas.

Isabella elevó los ojos. A veces podían resultar tan conmovedores como sus hoyitos de sonrisa.

–No os iréis, ¿verdad? Si eso era todo lo que hacíais cuando os marchabais de nuestro lado, merece muy poco la pena.

Scott se sacó del bolsillo el palo de regaliz, que no había comenzado. Lo ofreció, pero nadie quiso.

–Yo no quiero irme –dijo.

–No –añadió Thomas–. Yo tampoco. No hay nada ahí fuera que me interese.

No se divertían, como ellas pensaban, en las meriendas a las que les invitaban, ni en los partidos de tenis que los enfrentaban a otros muchachos en el Hotel Taoro. Siempre formaban equipo, a menudo perdían, y la timidez de Thomas y su falta de conocimiento de las convenciones de la isla no le hacían popular. Era demasiado alto, algo torpe en los deportes, y le costaba trabajo entender las bromas rebuscadas. Aborrecía toda forma de crueldad, y la mayor parte de aquellos jóvenes, ingleses, alemanes, nórdicos, usaban la ironía como un segundo alimento.

Scott sufría por su amigo, y cada vez más a menudo rehuían a la gente y merodeaban por las calles, o se encerraban en la casa de Thomas a leer, a esperar a que el tiempo pasara hasta que llegaba la hora de encontrarse con las chicas.

No les sometían a pruebas, como en otras casas, no esperaban nada de ellos, salvo que les contaran historias, alabaran el frangollo, las entretuvieran y no se marcharan demasiado pronto. Se sentían fuertes junto a ellas, y de manera espontánea mostraban sus mejores cualidades. Scott los envolvía con juegos ingeniosos y charadas, y Thomas no se olvidaba de llevarles una flor a cada una, o de repararles juguetes, porque era hábil con las manos. Isabella y Dolores no eran niñas, ni mujeres, tampoco. Ni amigos, ni exactamente familia. No sabían lo que eran.

Los trataban como si les pertenecieran, y les obligaban a poseerlas, al mismo tiempo. Se dejaban llevar en esa rutina plácida, día tras día; se sentaban a su lado, jugaban con los gatitos, que se frotaban contra sus perneras con una halagadora perseverancia, y un día se dieron cuenta de que se les habían acabado las excusas para mantener las apariencias, y que sólo querían la compañía de las niñas, su protección, el manto con el que les cubrían y les hacían olvidar que la universidad aguardaba, que les esperaban obligaciones imperiosas, y que la vida avanzaba sin vuelta atrás.

En la casa de los Betancourt continuaban jugando en el patio, pero cuando se reunían en la de Dolores, la madre les prestaba el gran salón de visitas.

–Ahora que se aproxima el buen tiempo –les dijo un día– sería egoísta por vuestra parte que nos privarais a las mujeres de la casa del aire libre. Intercambiemos los cuartos. Sé bien que no deseáis que nadie curiosee en vuestros secretos. Prometo que no os molestaremos si, a su vez, vosotros no irrumpís en nuestro patio. Mademoiselle se queja de que no le permitimos bordar a la luz del día, y de esa manera, yo también podré leer en silencio.

Dolores no había visto que su madre leyera un libro jamás, pero bajó la cabeza y aceptó sin palabras. Scott y Thomas se entusiasmaron.

–Tu madre es una mujer maravillosa –decían–. Comprende todo sin palabras, y tiene la delicadeza de acusarse, para dejar que nos salgamos con la nuestra.

–Sí –contestaba ella–. No hay nadie que se compare a ella.

Cecily consiguió lo que buscaba: libres del espionaje continuo al que les sometían los mayores, de sentarse sin guardar las formas, y de comer como se les antojara, la casa de los Hamilton se convirtió rápidamente en el lugar preferido de reunión. Abandonado quedó el patio de Isabella, los gatitos de *Ofelia*, tan graciosos y dulces, la pequeña *Bagheera* negra, y una *Lady Macbeth* que parecía una vaca diminuta.

Sin palabras, la costumbre marcó que cuando Dolores se preparaba para almorzar, aguardara por si Isabella la acompañaba, y que los muchachos, que aparecían cuando aún no se habían retirado los platos, no abandonaran la casa hasta que ya era noche cerrada.

La madre de Isabella se lamentaba las escasas veces en las que Dolores pasaba a visitarla.

–No te hagas tan cara de ver, querida. Una casa sin niños parece un cementerio… Venid a hacerme compañía de vez en cuando.

Pero cuando Dolores lo prometía, mentía, porque la Sociedad y los Libros de Viajes de Soria Moria se encontraban en su salón, y los Estatutos prohibían que salieran de la casa.

El primer libro, encuadernado en piel, y con un *nihil obstat* cuidadosamente copiado de puño y letra de Scott, indicaba dónde se encontraba Soria Moria, los Estatutos y Leyes para su gobierno, los preparativos del viajero que deseara llegar hasta allí, y los nombres de los duques y duquesas que lo gobernaban:

> *Su Alteza Real la duquesa de Cristiania, Isobel Westerdahl.*
> *Su Alteza Real, el nobilísimo duque Scott de Devonshire.*
> *Su Alteza Real, el duque de Liverpool, lord de Byron, Sir Thomas.*
> *Su Alteza Real, la duquesa de La Orotava, lady Dolores de Alba.*

De lady Dolores se contaba que era algo alocada, pero que podía defenderse con la espada como un hombre, del que a veces se disfrazaba para pasar desapercibida. Su hermosa amiga la duquesa de Cristiania, padecía una fuerte propensión a los encantamientos y los hechizos. El duque de Devonshire guardaba celosamente el secreto de su origen, y sir Thomas se metía en problemas con frecuencia, debido a su temperamento irascible.

Imaginaron Soria Moria porque les quedaba ya poco que hacer; después de una temporada en la que cambiaron el té por un picnic bajo techo, con sus emparedados de lengua, los huevos duros, y limonada en termos metálicos, las chicas comenzaban a mostrarse irritables, y ellos a hundirse en un silencio poco civilizado.

Entonces, Scott pidió prestado en la biblioteca un libro que sus padres le leían cuando era muy pequeño. Se titulaba *El castillo de Soria Moria,* de Theodor Kittelsen, y cuando lo vio Isabella rompió a reír.

–¡Cuando yo era niña mi madre me contaba las historias del torpe Halvor y de la princesa olvidadiza!

Soria Moria era un castillo que se alzaba en un valle encantado, al Oeste de la Luna y al Este del Sol. Las agujas de sus torretas se perdían entre la neblina del valle, y entre sus muros vivían las princesas más adorables que se podía imaginar.

Lo sabía bien Halvor, un pobre campesino, hijo único de una familia pobre, que no tenía casi qué darle de comer. Halvor era haragán y desmañado, y un día, harto de que se burlaran de él, se embarcó para conocer mundo.

(Halvor no jugaban al tenis, no era hábil en el crocket, nunca se le ocurría nada que decir, se quedaba rígido en un rincón, ruborizado y sudoroso.)

Una tormenta desvió el curso del barco, y Halvor llegó a un castillo sucio y maloliente, donde le recibió la princesa más hermosa que nunca hubiera existido.

(E Isabella inclinaba graciosamente la cabeza, como si recibiera

un honor obvio y bien merecido.)

Pero la princesa, muy alarmada, le pidió que se marchara, porque el troll que la había raptado, un gigante horrendo de tres cabezas, podía regresar en cualquier momento, y los trolls se alimentaban de carne humana. Halvor, valiente por primera vez en su vida, se negó a abandonarla. Ella se sentó, temblando, continuó con su trabajo en el huso y la rueca, para disimular.

(–Bebed de ese barril, porque esconde una poción mágica, y cuando hayáis conseguido fuerzas, empuñad la espada que cuelga de la pared.)

El troll apareció, inmenso, pesado y rodeado de un olor nauseabundo. De su cintura colgaban las cabezas cortadas de sus víctimas, y sus tres cabezas alargaban sus raquíticos cuellos, cada una girada en una dirección.

–Hmmm… Huele a sangre de cristiano…

(–¿Qué querían, niños?

–Nada, Mademoiselle.

–¿Por qué me han llamado, entonces?

–No hemos llamado, Mademoiselle.)

Halvor acababa con el troll, y la princesa, agradecida, le permitía que besara su mano. Entonces le hablaba de sus dos hermanas mayores, que habían sido raptadas por los hermanos del troll, aún más terribles que él. Uno de ellos tenía seis cabezas, y al otro, de repulsiva fealdad, se le contaban nueve.

(–Bien, ya me he aburrido de sus bromas.

–Mademoiselle, le juramos que nadie la ha llamado.

–Oh, sí, he oído mi nombre claramente.

–Quizás haya sido mi madre…)

Los reyes, que vivían en el reino encantado de Soria Moria, le ofrecieron en recompensa la mano de cualquiera de sus hijas, y Halvor eligió a la bella princesa menor. Pasaron los días, y la vida regalada que le ofrecían en Soria Moria le despertaba al muchacho el recuerdo de sus padres. ¿Qué dirían al verlo convertido en un caballero, en un futuro príncipe? Su prometida supo que algo le ocurría, y con inmensa pena, le dejó marchar.

(–Tomad este anillo –decía Isabella–, y cuando deseéis regresar a mi lado, no tendréis más que pedírselo. Pero sólo os será útil si no mencionáis mi nombre jamás.)

Los padres no podía creerse que su hijo hubiera alcanzado tan gran fortuna, y le besaban los pies, arrepentidos de haberle tratado así. Las chicas del pueblo, que nunca se habían fijado en él más que para reírse, le miraban de pronto con renovado interés.

(–Vaya, vaya –decía Dolores, paseando ante él, con el abanico agitado a tal velocidad que sus rizos cortos se movían–. A quién tenemos aquí. Sí que has cambiado, Halvor. Ahora pareces el hijo de un rey.)

Pero un día Halvor se fue de la lengua, y mencionó de pronto el nombre de Soria Moria. Sintió un dolor agudo en el dedo, y supo que no podría regresar. Se despidió de sus padres, compró un buen caballo, y se lanzó a la aventura.

(–Buena mujer, perdonad. ¿Sabéis el camino a Soria Moria?

–No, hijo mío –decía Dolores–, pero puedo cambiarte el caballo por unas botas de siete leguas, que te ayudarán a encontrarlo. Te prometo que lo alimentaré bien y nunca le faltará de nada.

–Madre Luna, madre Luna, ¿sabéis el camino a Soria Moria?

–No, Halvor –la voz de Dolores era profunda y suave, y se parecía extrañamente a la de Cecily–, pero yo sólo me asomo de noche… y a veces las nubes me impiden ver el mundo. Tal vez mi hermano, el Viento del Oeste, pueda ayudarte.

–Viento del Oeste, ¿cómo llegaré a Soria Moria?

–Ah, Halvor –decía Dolores–, yo sé el camino, y sé también que una boda se está celebrando allí, en este momento, porque con mi aliento seco la ropa que se está lavando para la fiesta. Tu novia te ha olvidado cuando rompiste la promesa del anillo, y está a punto de dar el sí a otro príncipe. Regálame tus botas de siete leguas, sube a mi espalda, y yo te llevaré con ella.)

La princesa, tan radiante como una estrella bajo su velo blanco, le miraba sin recordar, hasta que él le puso en el dedo el anillo de regalo. Entonces rompió a llorar, y se volvió al nuevo novio.

(–Perdóname –le decía Isabella a Scott, que parecía herido y atónito ante el giro de los acontecimientos–, pero no puedo casarme contigo. Este es el hombre al que amo, y que me ha salvado, por segunda vez, de un maligno hechizo. Sigue tu camino y no me guardes rencor.)

Así comenzaba la historia de Soria Moria. Los grandes duques eran los descendientes de Halvor y la princesa, y se enzarzaban en peleas terribles, en las que a menudo morían, pero como la muerte no se conocía en el reino encantado, regresaban pronto, con nuevos planes y nuevas alianzas. Dolores atacaba con la espada de juguete a traición, sin juego limpio, y los chicos a duras penas podían contenerla. Gritaba, perdía a veces el sentido de la realidad, y se dejaba caer luego riendo en un almohadón, junto a Isabella, a la que abrazaba. Reían a carcajadas, hasta que se les agrietaban los labios, y les dolían las mandíbulas.

Cada día, Scott anotaba las aventuras de Soria Moria, y pronto el primer cuaderno tuvo que ser completado con otro, y otro. Había otros juegos, pero ninguno con tanto éxito como aquél. Cada uno manejaba su personaje con entera libertad, y cuando Thomas se convertía en el duque de Liverpool su rostro cambiaba, se volvía arrogante e irascible, y sabían que sólo los sabios consejos de lady Dolores le apaciguarían. Isabella, por su parte, mostraba una languidez conseguida cada vez con menor esfuerzo, y aunque tenía menos imaginación, conseguía siempre el papel de enamorada.

Dolores la sorprendía mirando con fijeza a Scott, y en una ocasión le vio, entre el movimiento de la falda, una enagua de encaje negro. Estaba segura de que Anne Kristin tenía un chal del mismo encaje, y se preguntó si los chicos habrían reparado en la nueva ropa interior de su amiga.

Soria Moria
por el el nobilísimo duque Scott de Devonshire.

¿Dónde está Soria Moria?

Al este del Sol, al oeste de la Luna.

¿Cómo puede el viajero encontrar Soria Moria?

Nadie puede encontrar Soria Moria por su propia voluntad. Se llega allí por azar, pero nunca cuando se marcha a la búsqueda de ella. Es el hogar de los elegidos, la tierra que la muerte no conoce.

¿Qué encantos ofrece la tierra de Soria Moria?

Las atracciones que Soria Moria ofrece al viajero son inacabables y sólo el reino del Preste Juan podría competir con ellas en esplendor. El castillo se eleva en el valle de un antiguo volcán apagado, que aún humea en los días en los que se siente furioso. En su cráter puede hilarse algodón de azúcar, y cuando el volcán recupera su buen humor, lo celebra con una lluvia de confites de colores, que todos los habitantes disfrutan por igual.

Cuando San Brendan el irlandés salió con sus catorce monjes a la búsqueda de la isla de San Barandán, la isla que se sumerge en el mar cuando se aburre, dio testimonio de Soria Moria, y dijo, entre otras cosas, que la rodeaba un anillo de niebla, que había en ella árboles con el tronco transparente que, cuando soplaba el viento, cantaban, y que las flores violeta que crecían por todas partes soltaban un polen púrpura que curaba todas las enfermedades conocidas.

¿Es posible confundir el reino de Soria Moria con la isla de San Barandán?

Es posible, pero sería una grandísima indiscreción, ya que la isla de San Barandán se encuentra, según los mapas, a cien leguas de El Hierro en dirección oeste-noroeste, y a cuarenta leguas de La Palma en dirección oeste-suroeste de La Palma, y, como cualquier persona instruida sabe, Soria Moria se encuentra al este del Sol y al oeste de la Luna. Por otro lado, el valle de Soria Moria es suave, y la niebla cuelga en leves jirones, mientras que San Barandán cuenta con dos prominentes

montañas que le otorgan su perfil característico.

¿Qué fue de San Brendan?

San Brendan tuvo que marcharse pronto de Soria Moria, porque en una isla le esperaba el traidor Judas, sentado junto al mar. Ese día no penaba en el infierno por su traición porque era domingo, y San Brendan se fue a hacerle compañía un rato, porque el pobre tipo le daba pena, ya que llevaba toda la eternidad quemándose en el fuego de lunes a sábado, y solo y fastidiado en una isla cada domingo. De manera que no pudo continuar dando testimonios de las maravillas del reino de Soria Moria.

Entre ellas se cuentan un órgano misterioso que suena solo y que no se cansa de tocar en ninguna de las fiestas que los Grandes Duques organizan hasta altas horas de la madrugada. Vive allí el mítico unicornio, el ave fénix, y la famosa tortuga sabia de dos cabezas

(la letra de Dolores, infantil y retorcida)

un caballo blanco que se llama Tiburón muchos burritos una gata negra con sus crías

(la historia de Scott, alguna falta de ortografía corregida a posteriori)

En el lago del castillo habitan muchos peces voladores, que se escapan de los gatos cuando el juego con ellos ha llegado demasiado lejos, y a través de un conducto que lo comunica con el mar, recibe en ocasiones la visita de la ballena Jasconius.

Esta ballena, pese a que goza de mala reputación entre los humanos, es bienvenida en Soria Moria, porque la única razón de su torcida voluntad para los hombres radica en que, debido a su tamaño, de tanto en tanto es confundida con una isla, y como tal utilizada por los marineros de paso. Jasconius tolera de buen grado que desembarquen en ella y estiren las piernas, pero suele ofenderse cuando encienden un fuego en sus espaldas. En esas ocasiones, suelta un chorro de vapor y agua y se hunde, no sin antes dar tiempo a los despavoridos marineros para que alcancen de nuevo su barco.

Eso da pruebas de su buen corazón, pues no dudamos de que cualquier ser humano en ese trance reaccionaría de manera mucho más brusca e indignada, y se sacudiría el fuego y a los marineros de encima a toda prisa, sin demasiadas delicadezas. Y por ello en Soria Moria todos aprecian a Jasconius y entienden lo latoso que ha de ser que le quemen a uno cuando está descabezando un sueñecito en mitad del Atlántico.

¿Cuáles son los mayores peligros que pueden acometer al viajero en Soria Moria?

Nunca son tan grandes como en otras tierras, habida cuenta que la

muerte no conoce el emplazamiento de Soria Moria, pero el visitante prevenido debería evitar dos: la cólera del gran duque Sir Thomas, y a los peligrosos trolls de tres o más cabezas, que caminan por el valle sigilosamente, y se encuentran siempre al acecho.

Scott era, con diferencia, el que más aportaba a los *Estatutos de Soria Moria,* y al que le preocupaban temas prácticos, como las fronteras y la moneda en curso.

–¿Para qué hace falta el dinero en Soria Moria? –preguntaba Dolores–. Uno de los dones de mi gran duquesa es producir tantas monedas de oro como desee.

–Pero, ¿qué son esas monedas? ¿Escudos? ¿Doblones? ¿Coronas?

–Me tiene sin cuidado lo que sean.

–No puede ser, Dolores. Los *Estatutos* han de fijar el sistema monetario.

–Coronas, entonces. Son más fáciles de contabilizar –decía Thomas.

En Soria Moria, a veces, había noche sin luna. Entonces tendían uno de los manteles de la cómoda sobre varias sillas agrupadas, y se reunían los cuatro debajo, con una vela de cabo muy corto. Se contaban historias de terror, y había algo grato en esa incomodidad, en las rodillas y los brazos entrelazados para sostenerse sin que la espalda rozara las sillas. Debían tener cuidado, porque en las noches sin luna rondaban los hombres sin rostro, que, aunque bondadosos, resultaban muy pesados, porque seguían durante todo un mes a quien se cruzaba en su camino.

Las noches sin luna duraban poco, y tenían lugar siempre después de asegurarse de que Cecily se encontraba en el patio, o que Mademoiselle había salido a atender alguna emergencia doméstica. Después, con mucha precipitación, colocaban las sillas en su lugar, y doblaban el mantel tal y como los pliegues indicaban. Durante el resto de la tarde evitaban rozarse, incluso por casualidad, y por lo general, los chicos se marchaban antes de lo normal.

–Deberías salir en alguna ocasión, a que te diera el aire –decía Cecily, de vez en cuando–. No me parece mal que te encuentres a gusto en casa con tus amigos, pero me gustaría que de vez en cuando el resto de la isla recordara que aún me queda una hija. Mañana le pediré a Mademoiselle que te lleve al Jardín Botánico. El cambio te hará bien.

Dolores no se atrevió a protestar, y al día siguiente se dirigió, en compañía de la francesa, a visitar las palmeras y respirar el aire fresco de la Alameda. Mientras aparentaba gran interés por lo que

le mostraba, y se abanicaba con disimulo con el pañuelo, pensaba, en que Isabella ya habría llegado, y en si su madre le habría dejado pasar o si, por el contrario, se habrían llevado Soria Moria a la casa de los Betancourt.

No sabía qué era peor. En todos los casos, Isabella aprovecharía su soledad para inventar nuevas historias para su gran duquesa, y quizás, sin Dolores para contenerla, se apropiaría de las virtudes que la caracterizaban. La visión de una Isabella defendiéndose de un troll con una espada casi hizo acudir lágrimas a sus ojos.

La tarde se mostraba tranquila, y el Jardín Botánico se encontraba casi desierto. Cuando regresaban a casa creyó ver en una de las calles a la madrastra de Lucía, pero el engaño se disipó pronto. Aquella mujer que empujaba un carrito no tenía aspecto de señora, y era mucho más joven. No había sabido nada de los Berriel desde la ocasión en la que había acudido a verla con Isabella, y le había permitido quedarse con la sortija. Pensó en preguntarle a su madre, que la había visitado después, aunque con mucha menos asiduidad. Su hijo debería haber nacido ya, aunque no sabía si vivo o muerto.

Posiblemente muerto; de otra manera, su madre hubiera mencionado algo.

Sus amigos no la esperaban ni en el patio ni en el salón, y Dolores se juró que no la sacarían de nuevo de aquella casa ni a golpes, ni con amenazas, de ninguna manera. Su madre le esperaba con el té dispuesto.

–No sufras –le dijo, por fin–. Isabella vino, pero no quiso quedarse cuando no te encontró. Los chicos llegaron a su hora, y aunque te esperaron un rato en el salón, decidieron marcharse también y aprovechar la tarde. No conspiran contra ti en tu ausencia.

Soria Moria no podía mencionarse a nadie, bajo ningún concepto, de manera que Dolores asintió y cogió una galleta.

–Hace mucho que no hablamos –dijo su madre–, salvo en las lecciones de la mañana. Sin embargo, no creas que he dejado de observarte o de preocuparme por ti.

–Sí, mamá.

–Siempre me preocupo por ti.

–Sí, mamá.

–Hoy ha llegado carta de Linda –continuó Cecily, y Dolores se alegró, porque desde que había nacido el niño, apenas encontraba tiempo para escribir. Candela escribía con la regularidad de siempre y hablaba de las carencias que encontraba en Freetown, que crecía

ante sus ojos, del calor sofocante, de los indígenas Mendis que se cruzaba por la calle, medio desnudos, y de lo complicado que era encontrar coles que no estuvieran descoloridas y blandas.

–Mamá –recordó de pronto–, ¿nació ya el hermanito de Lucía?

Cecily la miró, con curiosidad.

–No, hija, no llegó a nacer. El embarazo no llegó a término. Los Berriel no tienen suerte.

Dolores bajó la cabeza, y mordisqueó la galleta con mesura. Luego pidió permiso para levantarse, y entró en el salón de visitas. Los chicos habían dejado dos hibiscos en un vaso con agua, y habían cambiado los libros de sitio.

¿Cuál de las dos grandes duquesas es la más hermosa?

Es ésta una cuestión harto delicada, y que divide a los sabios de estas tierras, pues las dos, a su manera, compiten en gracia y encanto. Sin embargo, en opinión del nobilísimo duque Scott de Devonshire, no hay duda de que la más bella es lady Dolores, que a sus prendas naturales, une un valor sin igual y un nobilísimo corazón.

Esa era la última anotación que se encontraba en los *Estatutos de Soria Moria.*

–¡Chist! ¿No oís un carro? Acaba de detenerse en la puerta. Dolores atisbó entre las rendijas de la celosía de madera.

–Es el coche de mi padre.

–¿Llegaba hoy?

–No… creo que no. Mi madre no ha mencionado nada.

Con mucho sigilo Scott se acercó a la puerta y la entreabrió.

–No, no es tu padre. Tu madre está hablando con Mademoiselle. Ahora entra una muchacha –susurró–. La llevan a la cocina.

No esperaban a ninguna criada nueva, y nunca hubieran enviado a una visita a la cocina, sino que hubiera subido a un gabinete en el piso superior, si le mostraban confianza, o al salón en el que ellos jugaban. Quizás su padre necesitaba algo, y por eso enviaba su carro, aunque entonces lo habitual era que Eduardo, su hombre de confianza, se lo llevara personalmente.

Se agruparon de nuevo en torno a Dolores, que dibujaba una de las fachadas del castillo. No habían quedado satisfechos con la anterior, en la que la ballena asomaba su morro en la superficie del lago, con un aire de bonachona complacencia totalmente inaceptable. Los estandartes ondeaban con el viento, como la Union Jack en la proa de los barcos del puerto, y las almenas exigían un detalle en el que Lola no era muy diestra, pero habían acordado en que no se lo enseñarían a Mademoiselle, aunque hubiera mejorado el estilo.

Los mayores no entendían nada, salvo quizás Cecily, que si sabía algo de Soria Moria lo mantenía en silencio, y no comprenderían tampoco que ya no era un mundo de niños. Para evitar que interfirieran sin aviso, habían colocado primero una cinta en torno al pomo de la puerta, pero la retiraron, porque les pareció excesivo. Thomas había vertido agua en el dintel, bajo la puerta, de manera que la madera de tea se hinchara, y ahora encajaba mal. Se abría y se cerraba con esfuerzo, chocaba con el suelo y había producido ya una marca en curva de la que los mayores todavía no se habían dado cuenta.

Dolores sentía el aliento de Scott cerca de su oreja, y perfilaba las torres con delicadeza, porque perdía la concentración con suma facilidad. De vez en cuando escuchaba el chillido de los pájaros, de gaviotas que venían del mar y que revoloteaban en torno al tejado. Algunas de esas gaviotas, con unos arneses diminutos, servían de montura en los trayectos cortos de Soria Moria.

Scott sabía que había leído la anotación, y no podía pasar por alto el que también los otros dos la habían leído. Cuando lo miraba, no era capaz de distinguir sus rasgos por separado, ni, como habían hecho en Fuerteventura, perderse en divagaciones sobre cuál de los dos muchachos le gustaba más. Pensaba en él de continuo, y le hubiera gustado hablar de ello con Isabella, o con su madre; pero Isabella no había demostrado darse por aludida ni tampoco respondía a sus insinuaciones, y se sentía paralizada cada vez que pensaba que su madre podría enterarse.

¿Era demasiado joven? Candela se había prometido cuando sólo tenía unos meses más que ella, y Linda había aguardado hasta los quince. Le tranquilizaba pensar que aún contaba con tiempo por delante, pero de pronto se desesperaba por la lentitud con la que pasarían los días hasta que pudieran hablar de una manera clara a los mayores.

Ya no se sentaba con Isabella. Cuando se contaban las historias de Soria Moria, Scott acercaba una banqueta baja al sillón de Dolores, y tomaba su lugar. Thomas compartía el sofá con la otra muchacha, con la que cuchicheaba también en voz baja. Sin embargo, aunque la falda de Isabella rozara su pierna, Thomas mantenía una rigidez envarada, e Isabella giraba el torso imperceptiblemente, vuelta hacia el resto de la habitación. Dolores pensaba, apenada, que la unión de sus amigos no sería posible, y que antes o después Soria Moria se desmembraría; en esas ocasiones rezaba por que Thomas e Isabella se enamoraran y el círculo no se rompiera nunca, viejecitos los cuatro y con un estante lleno de libros a sus espaldas, y nietos y nietas que poblarían la tierra invisible.

Scott tendía su mano con cautela por el lateral del sillón, allá donde el vuelo de la falda de Dolores la ocultaba, y tomaba con firmeza la suya. La sostenía así durante horas, y a veces acariciaba los dedos, la palma estremecida, la piel transparente del interior de la muñeca. No se miraban demasiado. No podían soportarlo. Se despedían con un abrazo cohibido, mientras Thomas e Isabella se estrechaban la mano, como siempre habían hecho.

En Soria Moria, las cosas eran distintas. Sir Thomas el colérico

raptaba a Isobel, y la amenazaba con las torturas más repugnantes que se le ocurrían. La encerraría con ratas, la ataría a una mesa sobre la que se pasearían las cucarachas rubias que veían en los rincones calurosos, le serviría de esclava, y la obligaría a pasearse, casi desnuda, por las murallas del castillo. La sacudía por los hombros, con violencia, e Isobel, con los ojos desorbitados, suplicaba clemencia y pedía ayuda.

La duquesa Dolores, en cambio, comenzaba a hartarse de acudir siempre en su ayuda, bajo su disfraz de hombre, y de que Isabella se enamorara de ella, sin saber que era una mujer, y que enloqueciera luego, cuando descubría la verdad. Le hubiera gustado inventar un argumento nuevo, que les hiciera romper el molde usado y les divirtiera aún más; pero la leve electricidad que le producía el roce con Scott le ocupaba demasiado tiempo, y quizás al día siguiente ideara algo.

A veces le incomodaba la presencia de Isabella. No de la forma irritante, animal, con la que había deseado verse libre de Lucía; la envidiaba. Sentía que las piernas le flaqueaban si aparecía con un vestido más bonito que el suyo, o con unas enaguas impalpables y delicadas: y, por lo general, eso ocurría muy a menudo. Cecily, que elegía con esmero las prendas de toda la familia, parecía mantener a Dolores aparte, en una espera eterna que le hacía suspirar.

–Mamá, ¿quién crees que es más guapa? ¿Isabella o yo?

Su madre sonrió. Aguardó un momento. Lola casi creyó haber escuchado *Isabella*.

–Si he de ser sincera, ninguna de las dos me parecéis espectaculares. Isabella tiene una bonita constitución, y unos ojos muy bellos, pero no es hermosa. Su madre sí era una beldad, cuando llegó para casarse. Los rasgos de Isabella se han embrutecido con los de los Betancourt. Tú te pareces a la familia de tu padre, y como ellos, serás garbosa, si sabes controlar tus movimientos. Pero lo que yo opine carece de importancia.

»Ahora, hablemos tú y yo. Ahora mismo crees que soy demasiado franca, o que te contesto con la intención de herirte o de castigar tu vanidad, pero no es cierto. Agradece no ser más guapa. A los hombres les asusta la belleza. Por lo general, se conforman con algo más terrenal y más accesible… y eso ofrece oportunidades a las que sólo cuentan con su ternura, o con cierta gracia. A menudo, ésas son las preferidas por encima de las muy hermosas. Las mujeres decentes somos un objeto de lujo, y salvo los muy sensatos, nos eligen con el mismo criterio que emplean para preferir un caballo, o una levita, sobre todas las demás. Si deseas conocer a

un hombre, hija, no te fijes en la mujer que lleva de su brazo. Presta atención a qué patrón común mueve sus intereses, y habrás dado el primer paso para comprenderlo.»

Scott imponía sus deseos sin forzar a los demás. No elegía para sí, sino que extendía sus preferencias al grupo, que aceptaba sus nuevas ideas sin resistencia. Cuando le asaltaba la incredulidad de haber resultado elegida, pensaba en que él sabía ver más allá de la piel y las enaguas bonitas, los hoyuelos en las mejillas y el pelo del color del trigo. Su mente se volvía de nuevo a Isabella y sus encantos, y la devoraban los celos. Además, habría jurado que en los últimos tiempos se perfumaba. Cuando la besaba, había notado una esencia muy sutil, a flores blancas, e indignada pensó en cómo conseguir parte del perfume de lilas de Cecily.

Esa noche su madre la encontró agitada y pálida, y posó la mano sobre su frente.

–Dolores, vete a la cama. Tienes mal aspecto, y demasiado calor, y me temo que mañana amanecerás con un resfriado.

–Me encuentro bien –dijo ella. Se había sobresaltado. Comía sin saber lo que le habían presentado.

–Obedece, hija.

Subió a su habitación, y se acostó. Había anochecido ya, y su madre estaba en lo cierto: algo le ocurría. Cuando cerraba los ojos veía cientos de puntos rojos y blancos, y en la cabeza comenzaba un zumbido más allá de la nuca. Creyó oír la voz de su madre y salió al corredor. Quería espiar. Quería un vaso de leche.

Su madre estaba en la cocina, y con ella se encontraba Mademoiselle, y al menos otra mujer más. Recordó a la muchacha que Scott había visto aquella tarde, de la que se había olvidado por completo.

–¿Cuántos años tienes?

–Quince, señora.

–No seas ridícula –dijo Cecily–. Si vuelves a mentirme, te echo a la calle.

La chica se mantuvo en silencio. La voz de Mademoiselle se elevó con suavidad.

–Avisaré a la Vieja de San José.

–Creo que ya es demasiado tarde –cortó Cecily–. ¿Por qué no has venido antes?

–El *mister* no me dejó marchar.

–Ya –dijo, tras una pausa–. Me lo imagino. Estúpido. ¿Quién es tu padre?

–No lo sé, señora.

–Vaya. No sé de qué debería extrañarme.

Dolores bajó dos escalones, aferrada al pasamanos de la escalera. La puerta de la cocina se encontraba entornada y no permitía ver nada.

–No sé qué promesas te ha hecho mi marido, y no me importan lo más mínimo. Si le has creído, además de desvergonzada, eres una necia, lo que no te sitúa en buen lugar en la vida. Nos haremos cargo de ti siempre que trabajes, y que mantengas una conducta honorable. Por supuesto, toda la comunicación que habrá de por vida entre *Mister* Hamilton y tú ha tenido ya lugar a estas alturas. Respecto al niño, si llega a nacer, en lo que a mí respecta, no tengo ningún conocimiento de él, ni le guardaré animadversión. Pasado mañana saldrás en un vapor para Fuerteventura.

–Miss, por favor, no me mande a Fuerteventura.

–Quienes no desean acabar en el infierno deben antes cuidar sus pasos –dijo Mademoiselle.

La muchacha lloraba. Dolores regresó a su habitación, y se tapó la cabeza con la sábana. Tuvo la impresión de que el tiempo pasaba demasiado deprisa. Antes de dormirse, se sintió de nuevo enferma. Recordaba bien a su madre, y el leve gesto de horror al comprobar su rostro sudoroso y enfermo y una fiebre que le había quedado marcada como el delirio. Deseó ser capaz de despertarse y darse un baño frío; el anhelo de la humedad del mar. Volvía a ver a aquella mujer desconocida, del pueblo, que la tocaba con las manos calientes y sudorosas: veía de pronto a su madre casi muerta, antes de una rigidez definitiva, y le aterraba sentir de nuevo el frío o el calor.

–¿Estás despierta, hija?

Abrió los ojos.

–Sí.

Creía estarlo, al menos. Su madre era real, su silueta se entreveía, sólida y opaca, en el hueco de la puerta.

–Mañana no invites a tus amigos, Dolores. La madre de Isabella me ha pedido que la reciba a la hora del té.

Anne Kirstin Betancourt esperaba de pie, junto a la ventana. Se había vestido quizás con demasiada elegancia, como su hija, cuando sólo se precisaba un traje de diario. Los encajes cubrían su vestido malva como si se encontrara bajo una cascada cremosa. Bajo el sombrero ladeado, que se adornaba con plumas rizadas y un velo también de encaje, sus ojos centelleaban.

–Pero siéntese, querida –dijo Cecily, que había hecho ademán de besarla, alzándose sobre las puntas de los pies–. ¡Qué bonito vestido lleva! Hace demasiado tiempo que no nos vemos.

–Bueno, siempre hay algo que hacer que nos lo impide…

–Sí… y este año, comparado con el anterior, ha sido tan tranquilo que se me ha escapado sin sentir.

–¿Cómo sigue Linda? ¿Y Candelaria?

–Bien, las dos bien… El niño de Linda crece de día en día, y quizás pronto tengamos novedades también en la familia de Candela.

Se hizo un silencio. Dolores las observaba, las dos con la espalda erguida, con exquisito cuidado de no rozar la cucharilla contra la loza.

–Querida Cecily, no voy a robarle demasiado tiempo. Quiero hablarle como madre. Hace algún tiempo escuché el cuchicheo de nuestras dos niñas entre ellas. Parecían tan excitadas que sentí curiosidad, e interrogué a Isabella. Ella me contó que Dolores planeaba pedirles a ustedes, como regalo de cumpleaños, que le permitieran continuar sus estudios en Suiza.

Dolores dejó de respirar. Un calor repentino le golpeó las orejas y las mejillas. Su madre se volvió hacia ella.

–Dolores, ¿es eso cierto?

Asintió con la cabeza, desganada. Recordó sus modales muy deprisa, y balbuceó.

–Sí, mamá.

–Bueno –dijo Cecily, tras una pausa–. No sé qué decir. Desde luego, ha sido una ligereza por su parte. Dolores sabe que nunca

accederíamos a desprendernos de ella.

–Sé a cuánto asciende el coste de un curso en un buen internado. Me he informado. No pretendo ofenderla, pero dada la amistad entre nuestras dos hijas, me considero la madrina de Dolores, y estaría más que satisfecha de colaborar a que el sueño de la niña se cumpliera.

–Nuestra familia es humilde, querida amiga –dijo Cecily. Su voz era tensa y oscura–, pero si hubiéramos tenido un hijo, y hubiese mostrado cualidades, hubiéramos encontrado el modo de proporcionarle la mejor educación a nuestro alcance.

–Las niñas también deben formarse.

–La formación de Dolores ha finalizado. Mademoiselle y yo nos encargamos ahora de las disciplinas que necesitará como ama de su casa.

–Puede que sea también una mujer de ciencias, como Madame Curie –dijo Anne Kristin. No había dejado de sonreír.

–Dios no lo quiera… no entiendo la manía moderna de venerar a este tipo de señoras. Será sin duda muy perspicaz, pero la inteligencia no debería imponerse a la generosidad y la cordura. ¿Has visto sus retratos? –la otra asintió–. Nunca sonríe; sus ojos son duros.

–Su marido murió y ella es huérfana. No le faltan razones para la tristeza.

Cecily le sostuvo la mirada. Luego reparó en Lola, como si hubiera olvidado que continuaba allí.

–De todas maneras, como ve, no soy partidaria de que mis hijas estudien. Si las dos mayores no lo hicieron, y se han casado felizmente, ¿por qué debería hacerlo la pequeña? Y respecto a Madame Curie, sólo el egoísmo puede llevar a una viuda a comportarse así. ¿Cuántos hijos tiene? ¿Dos? ¿Tres? ¿Quién cuidará de ellos en las largas horas en las que se separan? Lo que consigue, lo logra para ella, para su mayor nombre y fama. Ya consiguió un Nobel, sus esfuerzos han sido reconocidos, y no le faltará dinero. Ni su familia, ni sus compañeros resultan favorecidos por esa obsesión con el trabajo. Debería dedicarse a quienes la necesitan, ahora que ya no es joven y ha conseguido todo lo que alguien podría desear. Pero, querida amiga, eso no es óbice para que apruebe por completo su decisión.

–¿Qué decisión? –dijo la señora Betancourt.

–Creo entender que enviarán a Isabella a Suiza…

Anne Kirstin no pudo ocultar su sorpresa.

–Oh, no, no. Me he explicado mal.

Cecily sonrió de manera casi imperceptible. Quizás sólo Dolores vio que sonreía.

–Yo pensaba que usted me proponía que enviásemos a las dos pequeñas juntas, a un internado de confianza. Si viera la conveniencia, estaría incluso dispuesta a dejar que mi Dolores la acompañara, si eso le fuera de utilidad a Isabella. Sólo por un curso, por supuesto.

–No, Isabella no irá a Suiza. No tiene condiciones para ello.

–Isabella es muy inteligente.

–Me honra usted… pero se equivoca. Quizás le hayamos consentido demasiado. Aún así, posee otras virtudes. Para una gran señora resulta de más utilidad que la consideren hermosa que inteligente.

–Anne Kirstin, menosprecia usted a su hija. Y, además, se encuentran en una situación más desahogada que nosotros. Le animo a que nuestra querida Isabella encuentre una oportunidad en Suiza. Quién sabe, tal vez me equivoco. Soy una abuela que lleva demasiado tiempo encerrada entre estas paredes, y pienso ya en mis nietos, y no en mis hijas. Usted, al preocuparse sólo de Isabella, puede ofrecerle un futuro mejor.

La madre de Isabella se levantó.

–Veo que no nos entendemos…

Cecily se recostó contra el respaldo.

–Al contrario. Creo que nos entendemos muy bien. No se vaya tan deprisa, por favor. La acompaño.

Se despidieron con frialdad.

–Por favor, no deje que transcurra tanto tiempo antes de encontrarnos de nuevo.

–No querría importunarla.

–Nunca lo hace.

Dolores aguardó a que su madre regresara al salón, con los ojos cerrados. Ella entró y cerró con cuidado la puerta a sus espaldas.

–¿Qué es todo esto, Dolores? ¿Cuándo cometiste la estupidez de hablar de tus estudios en Suiza con Isabella Betancourt? ¿Necesitabas darle alguna excusa más a su madre para quitarte de en medio? ¿Qué ocurriría si en lugar de a mí, hubiera encontrado a tu padre, y hubiera usado su encanto para enviarte a un internado? Mírame.

Le obligó a levantar la barbilla.

–Mírame. ¿Qué tienes que decirme?

–Linda escribió una vez sobre ello. Hace ya muchos meses de esto. Yo lo hablé con Isabella, y…

–Como todo. Todo lo hablas con Isabella. Bien, eso se acabó. Algo has debido de hacer bien, de todas maneras. Anne Kirstin no hubiera desvelado sus cartas de esa manera, de no sentirse amenazada. ¿Te ha hecho alguna proposición Thomas? ¿Te ha hablado de amor, o te ha demostrado una afición especial?

–No, mamá, no más de lo corriente.

–Entonces, es que no muestra el menor interés en Isabella. Bien, eso tiene que cambiar lo antes posible. Debemos conseguir una declaración de Thomas antes de que llegue el verano.

Dolores abrió los ojos, y la respuesta no pasó de su garganta.

–Mamá, aquí hay una equivocación. Yo no estoy interesada en Thomas.

–¿De qué estás hablando, Dolores? Te ves con él todos los días, y hacemos lo posible para que eso continúe así.

–Es en Scott en quien pienso.

–¿Scott? –exclamó Cecily–. ¿Scott?

Sus ojos giraron en torno a la habitación. Dolores conocía bien ese gesto.

–Mamá, yo le quiero…

–Por supuesto. Le quieres. ¿Y él te corresponde?

–Me atrevo a pensar que sí…

Cecily levantó la mano. Lola se encogió contra la pared.

–*Me atrevo a pensar que sí* –remedó Cecily. Apretó el puño y lo bajó hasta la cintura, temblando–. Cómo no. ¿Desde cuándo mi hija habla como un personaje de novela? –dijo para sí–. Bien, Dios me ha presentado dos pruebas de desobediencia, y me otorgó conocimiento para vencer la primera. Veamos qué ocurre con la segunda. Ven, siéntate. Siéntate –apremió–. No voy a pegarte.

Dolores se acercó a ella. Le costaba mantener los labios juntos. La mandíbula se negaba a encajar. Su madre habló en un tono sereno, recuperada la compostura.

–Yo no lo aprobaré jamás, y tu padre tampoco. Nunca toleraría que te casaras con un simpatizante socialista. Puedes creer en ello como en los Evangelios. Aun así, podríais aguardar a tu mayoría de edad, si es que él muestra tanta paciencia y decisión como tú. Los años parecen largos cuando se es joven. Podríais también fugaros, aunque dudo de que ningún barco os aceptara si sabe las condiciones en las que subís a bordo. En cualquiera de los dos casos, ¿de qué viviríais? Te desheredaríamos. No verías nada de lo que poseemos, ni el menor valor de las carboneras, ni un metro de tierra de las fincas.

–Él…

–¿Él? Él no tiene nada.

Las palabras resonaban en el cuarto, y se convertían en luces extrañas en su cabeza. Parecían monstruos, como los cortinajes en los días del tifus, y la envolvían sin que pudiera ocultarse.

–La miseria no es bonita, Dolores, por mucho que el amor venga a suavizarla. Al cabo de dos, de tres años, ya no queda nada de aquello, salvo quizás uno o dos hijos. Tú estarás perdida, y él te culpará de su suerte. Los dos podéis aspirar a una vida confortable; y haré lo que esté en mi mano para conseguirlo.

Comenzó a llorar. Tragó fuerte, para que no le resbalaran las lágrimas por la cara, pero no sirvió de mucho, y se cubrió los ojos con las manos:

–Mamá, yo no podía sospechar nada de esto.

–Porque eres joven, porque eres tonta. ¿Por qué te crees que Anne Kirstin Betancourt no lo quiere para su hija? La habría casado ya con él si pensara que merecía la pena. Scott vive prácticamente de su caridad, y de los favores que les deben algunos amigos que les quedan, y que cada vez se sienten más utilizados y menos cercanos. Oh, sí, la Betancourt se las ha ingeniado para presentarlo en todas partes, y él es un muchacho agradable y bien parecido; con sus modales y un poco de imaginación, podría pasar por un caballero. Pero tú, niña estúpida, has creído a pies juntillas todas sus mentiras. No te culpo –aclaró–. Son muchos en la isla los que se tragan las patrañas de Anne Kirstin. Tú no eres más que una chiquilla.

Dolores dejó de escuchar. Le ardían los ojos, y el corazón bombeaba sangre a tal velocidad que le pareció que se desmayaría. Su madre acercó el rostro al suyo.

–No, hija, no. Scott no podría mantenerte, y tú no sabes hacer nada. Cada cual ha de mantenerse con los suyos. La esperanza que le queda a Scott es que pueda establecer buenos contactos en la universidad y que le lleven a un oficio digno, o a un matrimonio adecuado. No digo que no resulte un buen conversador, un muchacho de ingenio vivo. Pero es un vago, y carece de toda disciplina.

–¿Y mi esperanza? –preguntó ella, pero la voz, enturbiada de llanto, sonó como un graznido.

–Dolores, habla bien, y domínate. Sabes que no soporto las escenas.

–¿Y mi esperanza, cuál es?

Cecily la miró con curiosidad, la cabeza ladeada hacia la derecha. Parecía un pájaro esbelto y alerta.

–Si tengo que decírtelo, no eres tan lista como pensaba, niña.

Dolores continuó llorando. La luz le hería, la garganta se había convertido en una enorme bola de carne. Cecily se levantó y se encaminó hacia la escalera.

–Mamá –dijo, y Cecily se volvió. Ya no parecía enfadada, pero sí muy cansada, y la red de arrugas en torno a los ojos resultaba visible y tenebrosa–. Gracias, mamá.

–Y si cedes en algún momento a la tentación de sentir pena por ti misma, recuerda que cuando yo tenía tu edad, me casé con tu padre. Y no contaba con una madre que me aconsejara o se preocupara por mí.

Dolores asintió con la cabeza, y, poco a poco, dejó de llorar.

Primavera y verano de 1914

Se despertó, los párpados hinchados y el rostro de enferma, y por unos momentos creyó que había soñado. Como si recuperara el control de un miembro dormido, el dolor se extendió desde su vientre hasta la garganta, y estalló en su cabeza.

Durante los siguientes meses esa punzada se repetía cada mañana: abría los ojos como una inocente en el Paraíso, y con sorpresa, descubría que seguía viva, que los peces del móvil de cristal de su cuarto colgaban sobre ella y aleteaban en el aire. Entonces recordaba las indicaciones de su madre, y se le cortaba la respiración. Comía por obligación, y se sentía indispuesta muy a menudo.

Cada tarde jugaban a vivir en Soria Moria, pero la niebla que se extendía entre Lola y la realidad no le permitía que las frases sonaran sinceras. Cuando Scott se sentaba cerca de ella, Dolores se levantaba y buscaba algo nuevo que hacer. No sabía qué decir, porque nada habían hablado antes.

Isabella, que intuía algo y la interrogaba hasta que lloraban las dos, una de angustia y la otra de desilusión, comenzó a su vez a mostrarse misteriosa en ocasiones. Todas las tardes, Dolores pensaba que su amiga no volvería por la casa, o que serían los chicos los que faltarían, pero se equivocaba. Su amistad resurgía como una hidra de nueve cabezas; con el aliento entrecortado por la espera, Dolores aguardaba a que llegara el día en que un solo golpe certero las cercenara todas.

Cada año, cuando comenzaba el verano, Juan Brown celebraba su cumpleaños en una de las alas laterales del Gran Hotel Taoro de La Orotova y en sus jardines escalonados. La fiesta comenzaba por la mañana, con una recepción informal, en la que *mister* Brown saludaba al alcalde del Puerto de la Cruz y de La Orotava, y el gobernador civil le presentaba sus respetos con la tranquila seguridad de quien se siente entre iguales.

Continuaba por la tarde, con un desfile incesante de familias, en una *tea party* en la que los niños podían correr por el Camino de la Sortija, y se les preparaban piñatas, juegos de aro y pelota y mesas con dulces y refrescos. Por la noche se organizaba una cena, seguida de baile, con la que se daba por terminada la temporada de fiestas y reuniones de la isla, y comenzaban las estancias de verano en las fincas de los alrededores y en los balnearios de convalecencia.

En la fiesta de Juan Brown se iniciaba lo que por lo general se concretaba en la fiesta de la Candelaria. Pese al gran número de invitados, mantenía una férrea selección de la asistencia, y ni el dinero ni las buenas intenciones bastaban para incluirse en la celebración. Se invitaba a los representantes principales de cada una de las comunidades de la isla, y probaban el vino nuevo, que pasaba a las barricas de Brown si los señores daban su beneplácito.

Los Hamilton no habían acudido el año anterior, que había coincidido con la boda de Candela, y Cecily pensaba compensar esa ausencia con creces: acudirían a la *tea party* y al baile, y le llevarían como obsequio una pareja de canarios cantores, la única pasión conocida de Juan Brown. Dolores tendría que marcharse a dormir a la finca de La Orotava después de la cena, porque por su edad aún no se la aceptaba entre los adultos, pero aun así estrenaba vestido de tarde, y había recuperado parte de su ánimo anterior con la idea de que su madre le contara más tarde cómo había sido el baile.

Las mujeres de la familia se habían desplazado el día anterior desde Santa Cruz, con dos de las doncellas de Cecily y las cajas de los vestidos y los corsés nuevos. Las cajas, con sus preciosos diseños

de la casa de alta costura, parecían demasiado bellas para ocultarse en los estantes bajos de los armarios y Dolores las acariciaba como si estuvieran vivas. El padre las recibió en la puerta de la casa, como si fueran una visita extraña. Sintieron que llegaban a deshora, o que eran extranjeras. Les podía el agotamiento, y cenaron poco. La noche estallaba en un chirriar de grillos y cigarras, y el mayor Hamilton, que se quejaba de su pierna, de la cena, del calor, salió a la terraza a fumar cuando hubieron acabado. Dolores se acercó a él, y observó la brasa del cigarro, un brote rojo que florecía por la noche, en silencio.

–Y a ti, ¿qué te ha pasado? Antes no eras así, callada como un ratón.

–Papá, ya no soy una niña. He aprendido a comportarme como los mayores.

–Sí, eso es lo que os ocurre a todas. Crecéis y de pronto os volvéis sigilosas y cautas; erais mis niñas, y os transformáis en auténticas mujeres.

Dolores no recordaba que su padre se hubiera interesado nunca por ellas, más allá de hacerse cargo de los gastos de su casa, o tenerlas a su lado cuando la ocasión lo requería. Es más, parecían irritarle con su conversación o con su presencia. Antes o después se dormía, o se levantaba para marcharse. Había crecido con la convicción de que era la hija predilecta del mayor, porque así lo decían todos, pero no había recibido más caricias ni más amor que Candela o Linda. Cuando era niña, se parecía mucho a él. Ahora, bajo la penumbra de la noche, lo encontraba cansado y anciano, y esa similitud se alejaba.

El día de San Juan amaneció fresco y soleado, y la madre suspiró, aliviada. Había encargado a Barcelona su vestido y el de Dolores, al genial Mariano Fortuny Madrazo; los dos eran de una ligereza extrema, de color heliotropo el que Cecily luciría por la noche, y algo más claro el diurno de la hija, con un plisado irregular que habían admirado y seguido con la punta del dedo.

–Antes eran las modistas las que acudían a las casas de las buenas familias. Cosían lo que se les mandaba, y cobraban un precio razonable. Desde que los hombres os han convencido de que los vestidos son arte, sois vosotras las que corréis a verles, y pagáis sin rechistar tres veces más de lo que valen.

–Hamilton, no seas bruto. Yo sé en qué gasto el dinero.

Aquellos vestidos habían sido concebidos para lucirse sin corsé, pero la figura de Dolores era lisa aún, y su madre encargó uno con ballenas y broches que le oprimía la cintura, y que bajo la delicada

seda arrugada fingía unas formas que todavía no había adquirido. Por lo demás, la falda era corta, con mucho más vuelo que el vestido de Cecily, pero cada uno de los movimientos de Dolores hacían que la tela brillara como agua y que los ojos la siguieran, hipnotizados.

Aparecieron, por lo tanto, con el retraso que Cecily consideró adecuado, los padres del brazo, bajo la graciosa sombrilla de tul, y Dolores sola, porque ninguno de sus amigos había sido invitado por Juan Brown. El jardín rebosaba movimiento, colores de flores que rebullían, dulces y pequeños bocaditos salados, y entre los rostros más jóvenes vio a sus primas Hamilton y a varias muchachitas más que conocía.

Lilian, Evelyn y Selina Hamilton se acercaron a saludarla, y la besaron con una sinceridad que no parecía fingida.

–¡Pero cómo has crecido!

–¿Qué sabes de Candela?

–¿Y Linda? ¿Vendrá a visitaros pronto? ¿No parece mentira que sea ya madre de un niño?

Se veían poco, pero siempre se habían divertido juntas. Eran cariñosas, reidoras y sencillas, como personas acostumbradas a tratar con mucha gente y a ser objeto de atenciones. Vivían en la gran casa Hamilton, en la calle de la Marina; de pronto, Lola sintió una oleada de rabia hacia su extravagante padre. Ella podría vivir también allí, entre los correteos de sus primas más jóvenes por las escalinatas del patio interior; las visitas que se hacían eran escasas y protocolarias, y a sus primos varones ni siquiera los distinguía entre sí.

Cuando vio el vestido de crêpe de Selina, la hija menor del tío Charles, y los más sencillos de lino blanco de Lilian y Evelyn se sintió todavía más desdichada. Tuvo la certeza de que la miraban con una intensidad mayor que de costumbre; además, el corsé no le permitía moverse, ni casi respirar. Se sentó en un rincón, con un sorbete de naranja pringoso, hasta que sus padres le pidieron que entregara la pareja de canarios de *mister* Brown.

Hizo una pequeña reverencia, y le tendió la jaulita metálica con los pájaros. Juan Brown había bebido con generosidad, y le sostuvo la mano entre las suyas. Era un ancianito rechoncho, con la cabeza grande, que escupía al pronunciar algunas palabras.

–Eres como una mariposa –le dijo–. Tu hija ha venido a verme disfrazada de mariposa, Hamilton.

Dolores sonreía, incómoda.

–Siéntate a mi lado. Hazme compañía. ¿Tú eres...?

–Dolores.

–Ah, Dolores. Creía que te llamabas Linda.

–No, señor. Linda es mi hermana mayor.

Así fue como Lola se convirtió en la *tea party* en una anfitriona sustituta, que le susurraba al oído los nombres y las murmuraciones de los invitados, y hacía señales al camarero cuando la copa de *mister* Brown se vaciaba. Cecily la miraba con su disimulo mundano y hacía una ligera señal de aprobación. Las señoras, sus vestidos cubiertos de complicados bordados, saludaban y acariciaban la mejilla de Dolores. Se sujetaban la falda en alto con la mano para caminar con soltura, y el adorno de encaje de la enagua quedaba al descubierto por completo.

A Dolores le parecía una provocación, pero tras los primeros momentos de pudor, se fijó en cómo mostraban con indiferencia aquel laberinto de pliegues, entre los que se divisaban medias de seda, y ligas y ligueros muy similares a los que su madre luciría aquella noche. Todas ellas seguían la línea de moda marcada por Paul Poiret, y ella se alegró. Su madre defendería, con su calma habitual, la nueva moda en la colonia británica.

Echaba de menos las facciones de Scott, y creía reconocerlo en cada uno de los muchachos que cruzaban ante ella. Tenían sus ojos azules, o las mismas facciones que delataban a un hombre honrado, pero ninguno era él. Se volvía de vez en cuando a Juan Brown y le sonreía.

–¿Por qué llevas el pelo corto? –preguntó, de pronto.

–Estuve enferma de tifus el otoño pasado –dijo.

–Ah. Qué alivio. Creía que era la nueva moda. Quién sabe, de pronto nos encontraríamos con las bellezas de la isla con el cabello a cepillo, como los reclutas. Os prestáis a todo, palomita. Dicen que el diablo se encuentra siempre al acecho para comprar el alma del hombre. Las mujeres no la venderíais más que para comprar más mejunjes, esas porquerías con las que os blanqueáis la piel, y le dais color a los labios.

–Yo sólo me lavo la cara con agua.

–Vamos a comprobarlo –con su pañuelo, bien doblado y perfumado, frotó la mejilla de Dolores, que se dejó hacer, sobresaltada. Lo inspeccionó, y lo guardó de nuevo en el bolsillo–. Es cierto, no mientes.

Dolores rió a la par que él. De vez en cuando, un rayo de sol chispeaba en las piedras de los pendientes y los broches, que se prendían en los pechos de las mujeres en forma de flores fosilizadas, y las convertían en seres vivos, en luciérnagas diurnas que

mandaban mensajes. El calor apretaba, y los grandes abanicos de avestruz salieron de su letargo. Somnolienta, ella seguía el lánguido mecer de las muñecas.

Se despidió de *mister* Brown cuando debía ocupar ya su lugar en la cena, con el resto de las niñas. Él la besó en las dos mejillas, y la sostuvo a distancia por un momento.

–Eres una preciosa muchachita, una auténtica princesa. En toda la tarde no ha brotado de tus labios ni una observación maliciosa, ni una sola crítica. Los hombres no somos más que criaturas débiles, Dolores, unos pobres pecadores hundidos en el fango a cada paso que damos. En vosotras, las mujeres, reside la esperanza. Vosotras perdonáis, y curáis nuestras heridas, y nos amáis tal y como somos, aunque os apartemos y causemos vuestra desgracia. Dios os creó para que supiéramos que aún quedaba esperanza en el mundo.

–Sí –mintió Dolores–. Y mientras haya hombres, nos quedará un duro trabajo por hacer.

Juan Brown guardó silencio y rompió a reír de pronto.

–Es graciosa tu hija, Hamilton... graciosa, la mariposita.

Dolores le dedicó una genuflexión y caminó con calma al encuentro de sus primas. Todas estaban cansadas, aburridas y deseaban marcharse a su casa. Cuando creía que no se daba cuenta, Selina acariciaba con un dedo los pliegues de seda de su vestido malva.

El *Teneriffe News* se hizo eco de la fiesta, como todos los años, y mencionó el nombre de su padre, acompañado de la siempre elegante señora Hamilton. No permanecieron demasiado tiempo en La Orotava, una casa que Dolores aborrecía tanto como su madre. El mayor había insistido en conservarla casi sin cambios; demasiado grande, húmeda y, con el calor, maloliente. Además, los corredores amplificaban los susurros y los gritos, los rumores de las ramas y una corriente de agua subterránea que recorría los cimientos de la casa.

Sus padres comían en silencio, y Dolores, ahora que se le permitía compartir la mesa con ellos, no se atrevía a romperlo. Los alimentos guardaban un sabor demasiado intenso, primitivo, como si acabaran de arrancarlos de la tierra o de los flancos de los animales.

–Tu padre –dijo Cecily, en el camino de regreso, con la voz entrecortada por los saltos sobre las piedras– ha concebido la ridícula idea de que quizás podrías despertar el interés de Juan Brown. He intentado dialogar con él, pero ya lo conoces. En rigor, no hay nada imposible, y por lo tanto, podríamos aplicarnos a ello.

Soria Moria, los palomares de sus torres afilados como agujas, una cúpula dorada en el centro, varios pavos reales que abrían sus colas llenas de ojos en el esplendor de la noche, un viaje rápido, un anillo mágico y Soria Moria, lejos, fuera, más allá.

–Sin embargo, a no ser que tú opines lo contrario, me parece fuera de toda lógica. Juan Brown es de la edad de tu padre. Te lleva casi cincuenta años, y aunque nunca fue apuesto, la vejez no mejora a nadie. Me aterran los comentarios que una boda de estas características podrían despertar en Santa Cruz. Eres aún muy joven. Además, no nos encontramos en una situación desesperada. Yo continúo apostando por mi pretendiente.

Un jardín con flores carnívoras domadas, el estanque con peces traviesos y voladores, *Ofelia* emborrachándose de hierba gatera, y los cuatro grandes duques en sus perpetuas luchas, arriba y abajo en

la rueda de la fortuna.

–Dolores, contéstame. No prestas atención a lo que digo.

–Sí, mamá. También opino lo que tú.

El móvil de peces continuaba en su lugar, con sus colgantes surcando el aire camino a la senda eterna del viento. Isabella la aguardaba, muy curiosa y algo picada por notar cómo la fiesta le pasaba al lado, levantándole el vuelo de la falda, y la dejaba atrás.

–Y, bueno, ¿cómo fue?

–Como todas las fiestas…

Las dos creían que cuando les fuera permitido tomar parte en los bailes se divertirían más, aunque no encontraban nada atractivo en los giros por la sala bajo la mirada atenta de sus madres y de las otras chicas de su edad. De todas maneras, algo debía de ocultárseles, porque cada baile traía bajo el brazo una expectación nueva, y las mujeres que conocían disimulaban sus dolencias, o cancelaban los compromisos más importantes si coincidían con el próximo.

Junio terminaba, y el calor apremiaba tanto que a Dolores le infundía pereza incluso pensar en un dibujo nuevo. Habían dejado los cuadernos y languidecían en el sillón, como si la siesta durara eternamente.

–Últimamente no me cuentas nada –dijo Isabella.

–Tú tampoco.

–Siempre estamos rodeadas de gente.

–De acuerdo –concedió Dolores–. Ahora nadie nos escucha. Hablemos.

–Creo que estás enamorada de mi primo.

–Es cierto.

–Yo también.

Dolores se incorporó sobre un codo.

–Pero, Isabella… ¡No puedes!

–¿Por qué no? Los primos carnales se casan entre ellos constantemente.

–Sabes bien por qué.

Isabella movía una de las piernas. La balanceaba de adelante hacia atrás, y luego, con un giro, la llevaba hacia un lado.

–Sabes muy bien por qué.

–No estoy segura de que te quiera de verdad. Nunca me lo ha dicho.

–Eso es mezquino. A mí tampoco; no me hace falta. Abre bien los ojos cuando lo veas. Sus muestras de interés no mienten.

–Qué sabrás tú de muestras…

–¿Por qué –preguntó Dolores, indignada–, por qué, en el nombre de Dios, me prestaría atención Scott, si no le interesase?

–No te hagas la tonta, Dolores. Tus padres son una familia acomodada, de las más antiguas en la isla.

–La tuya también. Y tus padres tienen más dinero.

–Puede ser –concedió ella–, pero mi padre nunca le permitiría que lo tocara.

Mamá tiene razón, pensó. *Tiene razón, jugamos todos al ratón y al gato, y al final somos siempre los mismos los que resultamos devorados.*

–No quiero continuar con esta conversación, Isabella.

–Ya. Sólo te apetece hablar de lo que te conviene.

Callaron. En el patio, una de las criaditas jóvenes cantaba mientras extraía agua del pozo. Las gaviotas gritaban a lo lejos.

–Hagamos un trato –dijo Isabella–, y como personas de honor, juremos que nunca lo romperemos. Conozco un hechizo amoroso. Es una invocación solemne a Santa Marta, un amarre de pareja, y nunca me he atrevido a leerla en alto. Se la compré a una bruja a la que mi madre consultaba, cuando vivíamos en San Antonio. Es muy sencilla, no implica sangre, ni daño alguno. Sólo hay que pronunciarla, si se tiene valor.

»Las dos la leeremos al mismo tiempo, y aguardaremos a que surta efecto. Aquella de la que Scott se enamore, habrá vencido.»

Pero yo ya he vencido, pensó Dolores. *Es a mí a quien dedica sus atenciones*. Sintió la misma atracción desapacible que debieron haberle inspirado las dos a Lucía, en la playa de Fuerteventura. Aun así, era incapaz de reaccionar. Deseaba que el trago terminara, y que Isabella reconociera que era ella la vencedora.

Isabella salió a escondidas de la casa, y dejó la puerta trasera entreabierta. Dolores no se movió de su asiento. Se sentía invadida por la misma sensación de destino todavía sin cumplir, con todos los miembros suaves y pesados, como hinchados por el agua del mar. Su amiga regresó muy pronto con una página doblaba en cuartos. Por encima de su hombro pudo ver una caligrafía torpe, y varias líneas desajustadas.

–Las dos a la vez –repitió Isabella–. Dame la mano.

Las palabras se sucedían, y a Dolores le sonaban casi como una maldición. Las voces de las dos, apagadas, sonaban como un crujido de tela.

Marta, Marta, la que los vientos levanta,
la que los Diablos encanta,
la que guisó los vinos a los finados,
la que quitó los dientes a los ahorcados.

La que desenterró los huesos a los enterrados,
la que con doña María de Padilla trató y conversó.
La que los nueve hijos parió y todos nueve se le disminuyeron…
Así como esto es verdad, me vayas al corazón de Scott Hawkins
y me le quites tres gotas de sangre
donde quiera que estuviere.
Me lo traigas presto, corriendo, volando, donde yo
Isabella
Dolores
estoy.
Así me lo amarres y amanses y me le pongas el amor en su corazón.
Para que me quiera, y en su memoria me tenga.
Que no me pueda olvidar de noche ni de día,
donde quiera que estuviere,
no tenga sosiego, ni pueda comer, ni dormir,
si no fuera conmigo,
ni pueda tener otra mujer. Amén.

Isobel de Cristiania era propensa a hechizos, a maldiciones, a verse en situaciones en las que debía ser rescatada. Y Dolores de Alba ya se estaba cansando. No deseaba vestirse de hombre nunca más. Se separaron sin mirarse, sin el beso de buenas noches en la mejilla que las unía antes de pasar la noche separadas.

Unos días después de la fiesta de Juan Brown, llegó un paquete de su parte para Dolores. No eran flores, ni parecían dulces, tampoco. Cuando deshizo las cuerdecitas y sus insidiosos nudos, se quedó boquiabierta. Sobre una alfombrilla de terciopelo granate brillaba un brazalete con enormes diamantes y esmeraldas. Dolores buscó con la mirada a su madre, mientras Mademoiselle lo cogía y rascaba las piedras.

–Es falso –dijo–. No son más que cristales de colores.

–Gracias a Dios –dijo Cecily, y respiró con alivio–. Por un momento, me vi como suegra de Juan Brown.

A Lola le entusiasmó la chuchería, y se la llevó a Soria Moria. Durante horas la miraba y la hacía girar. En el suelo dejaba una pequeña estela irisada. Hacía falta algo de color en el reino encantado.

Scott había adoptado una expresión siniestra desde que Dolores le rehuía. Ya no inventaba historias hermosas, ni les hacía volar con las palabras que usaba como un pintor. Miraba a las niñas con resentimiento, y cuando él callaba, Thomas tampoco abría la boca. Otra vez invisible, se sentaba en el suelo y recogía las rodillas bajo el cuerpo. Pintarrajeaban en una hoja, como los niños muy pequeños, o prometían leer algún libro nuevo, para alimentar la sangre anémica de su secreto.

Sin embargo, continuaban allí hora tras hora, como si el salón de los Hamilton se hubiera convertido en un refugio para la erupción de un volcán, demasiado caluroso, estrecho y polvoriento. Pero fuera la lava descendía con parsimonia, para destruir su ciudad, y convertirla en cáscaras de piel, en esqueletos de teatrillo.

Entonces Scott se reanimó. Como una planta, elevó la cabeza tras un riego invisible. Nunca fue más ocurrente, más servicial, nunca sonrió a Dolores de la misma manera. A ella le temblaban las piernas cuando escuchaba su voz, entremezclada con la de Thomas, antes de que entraran en el salón, y se prometía hablar con él, o al menos, provocar un aparte, un momento de soledad para que él se declarara.

Durante esos días se planteó desobedecer a Cecily, pero como si fuera otro juego, una Soria Moria paralela de la que después pudiera regresar a su vida, a la supervisión de su madre y a lo que se esperaba de ella. Volvía a ella una y otra vez la idea de que si al menos Scott le revelaba con libertad lo que sentía, podría infundirle fuerzas para resignarse a los días futuros. Sin embargo, había dejado de reírse, y de dedicar su tiempo a Scott, y animaba a Thomas y le escuchaba con paciencia. Sabía hasta dónde llegaban los sueños.

Desconfiaba de Isabella, que se mostraba dulce y apegada a su primo, como una gota de miel que se quedara entre los dedos. Dolores no creía en el hechizo que habían formulado, pero le daba miedo. Ignoraba cuáles eran las intenciones de Isabella, pero se encontraba tan atada a su familia como ella, y no le imaginaba el valor suficiente como para acometer lo que ella no se atrevía.

Cuando, en el rato previo a dormirse, fijaba la vista en el techo sobre su cama, se ahogaba en el silencio. Era entonces cuando revivía cada movimiento, y la impávida aguja del reloj indicaba que no había posibilidad de regreso a los errores cometidos. Cada hecho perduraba para siempre, no podría rescribirse. La certeza de lo inevitable la paralizaba, y no conseguía retener el pensamiento en un solo lugar a la vez. Se dispersaba, evitaba las ideas desagradables o temibles como si diera un rodeo para esquivar una calle oscura.

Scott, mientras tanto, había declarado una tregua entre los cuatro grandes duques, que empleaban sus días en justas, en

observar a los pájaros, cuyo lenguaje conocían bien, y en largos paseos por los jardines que rodeaban el castillo.

En esos paseos, las duquesas caminaban juntas, de la mano, la rubia vestida de azul y la morena de rojo, con largas faldas que se abrían a sus pies como las campánulas en las ramas, y los hombres las escoltaban, algo más atrás, con sus capas veteadas de armiño. Ellas hablaban en voz baja, todos creían que de sus amores, pero la dignidad de los duques les impedía escuchar a escondidas, y enterarse así de información que quizás les fuera de utilidad.

–¿Qué opinión os merece el gran duque Scott de Devonshire? –preguntó Isobel.

Las duquesas habían tratado sobre él durante toda la mañana, despechadas, porque el duque de Devonshire se mostraba caprichoso y poco atento, y habían criticado con saña sus peores hábitos. Sin embargo, no estaba en el temperamento de las damas mostrarse rencorosas, y sabían que no era ése el carácter real de su pariente.

Pero ellas no podían sospechar que el duque las escuchaba con oídos atentos y cercanos, porque, sin que ellas llegaran a saberlo nunca, caminaba a dos pulgadas de sus vestidos, envuelto en la capa de la invisibilidad que le había arrebatado al enano bizco. El duque necesitaba una prueba que le permitiera conocer la naturaleza de los sentimientos de la hermosa lady Dolores, y sólo por eso se había rebajado a un acto que consideraba indigno.

–No hay duda de que es un bravo mozo –comenzó lady Dolores, pero…

Allí terminaba la anotación.

–No hay duda de que es un bravo mozo –comenzó lady Dolores, pero…

…no es posible nuestro amor.

…qué importa eso cuando sus otras virtudes son aún más elogiosas.

…no siempre eso resulta conveniente en el amor, porque atrae más miradas de las que deseara.

–Dolores, ven aquí.

Se asustó, y se alejó del libro; quedó allí, inconclusa, sin su letra tras los puntos suspensivos, la frase inacabada de Scott. Aquella voz era la de su madre, pero su madre nunca sonaba así, como una campana rota, el lento desvanecerse de su perfume de lilas convertido en un cementerio abandonado.

Se había sentado en su rincón preferido del patio, bajo la sangría de color de las buganvillas contra la pared. Había dejado un pliego

sobre la mesa, y la miraba, turbia y distante.

–¿Qué ocurre, mamá?

–Tu hermana Linda. Su marido acaba de pedirle el divorcio.

–Pero… no puede ser…

Ella se revolvió, como si esperara esas palabras y guardara su furia para ellas.

–Sí, sí puede. Ese estúpido ha abandonado su casa, a su mujer y a su hija, para marcharse a vivir con su amante. Lo saben todos, ni en el campo ni en la ciudad hay manera de guardar ese tipo de secretos, y junto a su carta, me acompaña otra, no muy agradable, del pastor Robertson. No hay vuelta atrás, y se ha encargado de ello.

–¿Qué ocurrirá con Linda?

–Estúpida, estúpida… era lo único que debía evitar. Cuando se casó, hablamos durante horas de esa mujer, de cómo nunca debía abandonar la guardia, especialmente cuando nacieran los niños, y pasara la excitación de los primeros meses de matrimonio.

–¿Linda sabía de esa otra mujer?

Cecily la atravesó con la mirada.

–¿Me crees tan mala madre como para no saber con quién caso a mis hijas? Por supuesto que lo sabíamos, y la instruí para ello. Pero ha confiado demasiado en su belleza, en ese encanto que ya de poco sirve tras el matrimonio. Niña inútil… no sabe lo que ha hecho. No puedo permitirle que regrese aquí, no antes de que te hayas casado tú. ¿Y cual será su vida en Tenerife, en un país católico, con dieciséis años y una criatura? ¿Qué futuro puede esperarle? Si no hubieran tenido descendencia, la enviaría a Freetown, con Candela, pero no deseo que un nieto mío se eduque allí; yo debería hacerme cargo de la educación del niño.

Le temblaba la voz, y latían algunas lágrimas en el fondo.

–Todos los años, estos años de mirar al mar y de delicados cálculos, derrotados por el poco esmero de tu hermana. Dolores, la situación se ha vuelto repentinamente seria. El trabajo de toda mi vida puede hacerse pedazos si no lo remediamos ahora con exquisito cuidado.

Dolores escuchaba, sin comprender nada salvo la materia pastosa de su voz.

–Nolan lo está haciendo muy bien en Freetown, pese a su salud y sus hábitos, pero no sabemos por cuánto tiempo podremos contar con él. Puede morir en cualquier momento, o pueden matarlo, aunque Candela me oculte, pudorosamente, esa posibilidad. No muestra un ojo hábil para los negocios, pero sí infunde seguridad, y

en ese tramo del viaje, nos importa más la rectitud que la inteligencia.

»Hemos logrado ya que desvíe la ruta de Madeira o Gran Canaria a Tenerife. En un par de años, la ruta desde Sierra Leona sería nuestra, y para lo único que nos hacía falta Linda era para asegurar un contacto real en Inglaterra. Si hubiera convencido a su marido para que abandonara el campo y retomara los intereses de su familia en Southampton, se nos abriría una ruta enteramente nueva, y en nuestras manos. Contigo, al menos, tendremos Liverpool.»

Se detuvo.

–Mamá, tranquilízate…

La apartó de un manotazo.

–No me entiendes. No hemos tenido tiempo de hablar, se te escapan los detalles. Ni siquiera sabes cuál es el apellido de soltera de la madre de Thomas –Dolores negó lentamente con la cabeza–. Cowan. No. No sabes quién es. Thomas pertenece a la familia de *Yeoman Bros*.

¿Por qué te preocupas?, escuchaba en sus oídos, un eco remoto, casi imaginado. *Siempre podrás vivir con holgura. Quizás debería aprender a administrar lo que mi familia posee. Pero me han apartado de ello… No le hará falta estudiar, ni un oficio, ni nada que no sea existir.*

–Sus tíos mueven doscientas toneladas de carga anual, entre Tenerife y Liverpool; Freetown necesita de todo: comida, bienes, alcohol. Piden muebles, té, tejidos nobles, semillas, coles crujientes para sustituir las que tu hermana come, con el corazón blanduzco. Desde aquí, desde Tenerife, seremos el centro de ese camino, sin depender de los Hamilton, ni de las ruinosas quimeras de tu padre. Si tú no consigues a Thomas, si no lo haces antes de que Nolan muera, no nos queda nada. Nos pudriremos en vida, yo abandonaré todos mis planes, y quedaremos en manos de tu padre, de los días que se escapan aquí, uno a uno, de buscarte un marido como Juan Brown, a la desesperada, o… o darte a Scott. Si es que Scott te incluye en sus planes de pobreza.

Rompió a llorar. A Dolores se le tensaron los dedos, y el estómago se convirtió en un peso pétreo, inmenso. Con los ojos llenos de lágrimas se abrazó a ella.

–Mamá, mamá, por favor, no llores… no está todo perdido. Mamá, yo no soy Linda. No… no he hecho todo lo que debiera.

–Tienes que intentarlo todo. ¿Me oyes? Eres más lista que él, y es un muchacho honorable. Engáñalo. No te he enseñado todo lo

que sé para que en los momentos cruciales las dudas te retengan.

Nadie sabría lo que Cecily. Nadie podría hacer lo que ella hacía.

–Me casaré con Thomas, y eso le dará una responsabilidad y se decidirá en su oficio. Nunca ha sabido qué hacer. Yo se lo diré… se lo diremos. Esa ruta… me lo debes explicar despacio, no entiendo todo lo que me dices, pero lo haremos igualmente. Llevaremos a Linda a Sierra Leona, donde podrá casarse de nuevo, y mientras tanto su niño puede criarse aquí, con los míos. Mamá, por favor… deja de llorar.

–No tenemos tiempo… pronto se sabrá en la isla el divorcio de tu hermana. Apenas nos queda tiempo…

Sólo en otra ocasión había escuchado Dolores el llanto de su madre, ese alarido seco, una nube interrumpida antes de la tormenta. Ella tenía diez años, y sus hermanas aún vivían en casa, silenciosas y hoscas con ella, como si fuera una criada más. Esperaban al mayor, que regresaba de La Orotava esa tarde, quizás para el té. Las había reunido durante un par de horas en torno a la mesa redonda del jardín, hasta que voltearon tanto el azúcar en la taza que la madre les dejó marcharse, con los hombros estremecidos por el fresco de la tarde.

Hubo una cena de lujo: papas, pescado, jamón que flotaba en grasa derretida, un costillar de cabrito y jalea que temblaba en los platos, con una corona de nata. Las niñas se sentaron a la mesa, con el pelo lavado y el aroma de lilas de su madre en el comedor; el perfume que su madre usaba en las ocasiones importantes. Esperaban. Oscureció, y las polillas se estrellaron contra las pantallas de los candiles. Entonces la madre se levantó, rodeó nerviosa la mesa, y se inclinó hacia los platos y las servilletas con encaje. Cogió una de las fuentes de peltre, y llamó a uno de los sirvientes.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–Cabrito.

Cecily Hamilton se detuvo por un instante. Luego alzó la cabeza. Sus ojos brillaban.

–¿Cuántas veces habré de decir que al señor no le gusta el cabrito? ¿A quién le hablo? ¿Por qué no obedecéis?

Estrelló la bandeja contra la pared. Las dos niñas menores dieron un respingo. Cecily arrojó después los platos, unas ostras que poco a poco olían a podrido, el pescado espinoso, la salsa amarilla, el plato dividido del mojo; todo quedó, viscoso y caliente, en el entelado del comedor. La madre ocultó el rostro entre las manos, y gimió. Luego, con las mejillas cubiertas de manchas rojas, aferró a Mademoiselle

por un brazo.

–Entró un gato. Un gato rompió los platos que faltan. No sabéis de quién es, un gato anaranjado y grande, que se asustó en la cocina, y lo tiró todo. Limpiad la pared, ahora. Cuando llegue el señor, avisadme –luego volvió su atención a las tres muchachas, sentadas, rígidas, con los ojos desorbitados por el pánico–. Y vosotras, ¿qué esperáis? ¿No tenéis nada que hacer, aparte de meter la nariz en los asuntos de los mayores? ¡Id a vuestro cuarto!

Media hora más tarde Mademoiselle les subió leche y gofio, que comieron como presas. Cuando ya casi anochecía, Dolores escuchó los cascos del caballo de su padre, sus pasos en las escaleras, los susurros apagados de su madre, la agitación y el crujido del cuarto contiguo. Se tendió, con el rostro abrasado. Odió a su padre; con una vaga calentura en la cabeza y el estómago quiso también sentir rencor por su madre. Pero, en el fondo, sólo esperaba que a Mademoiselle le hubiera dado tiempo a limpiar bien la tapicería del comedor.

Se había sentado en la galería del primer piso, la que se abría al mismo tiempo al patio interior y al exterior. Finalizaba julio y hacía sol. Dolores, con poca pericia, cosía un dobladillo.

–Mamá…

–Sí, Dolores.

–Nada. Perdona.

Dolores continuó cosiendo.

–Mamá…

–¿Qué, Dolores?

–¿Sigues ahí?

–Sí, hija, sigo aquí. ¿Qué quieres?

–Perdona… no sé qué me pasa.

–Tranquilízate –la madre se asomó a la galería, y la miró por un instante. Quizás era la pena, pero los ojos se mantenían firmes, tensos como cuerdas–. Dolores, no sientas miedo. No va a ser tan terrible como imaginas.

Esos días habían talado todos los árboles que bordeaban el camino. Todos. Quemaron la maleza y dejaron un hueco, como la falta de un diente en una boca vieja. Desde el mismo mirador donde se encontraba, las copas de los pinos se abrían siniestros bajo la luz nocturna. Estaban enfermos, pero pareció una carnicería, y a Dolores le había causado una impresión insospechada. Ya nunca pasearía de nuevo bajo ellos. Las dos elegantes araucarias que remataban el paseo nunca tendrían las iniciales de Scott y Dolores. Se dolían a gritos y la gente se encontraba demasiado lejos. Sus enredaderas secas se retorcieron mientras las quemaban, como cabellos de gigante.

Los golpearon, como hacían con los pulpos antes de cocerlos. Las lágrimas parecían una catarata en la que se perdían los ojos. El agua se deslizaba lentamente y horadaba, horadaba, horadaba. Con extrema lentitud, como el cubo del pozo, cuando quedaba suelto y golpeaba contra las paredes de piedra.

Dolores miraba de vez en cuando al cielo y descifraba paisajes

entre las nubes. El viento enredaba los hilos una y otra vez. En el camino hacia la montaña una hilera de pinos parecía una caravana de brujas que huyeran de Sodoma y volvieran la vista atrás. Dolores se tapó los ojos con la mano. Quería decir algo, pero bajó la cabeza y sonrió para sí misma, y buscó otro hilo de algodón. El ruido en la calle continuó y todo pareció continuar a la espera de algo que ocurriera de forma extraordinaria. Como si fuera domingo.

Isabella. Era un nombre corriente, así se llamaba la amiga de Dolores, y muchas otras mujeres en el mundo. Bailaban juntas en el patio, antes de que nadie las vigilara, con cierta torpeza, como monitos amaestrados y maliciosos. Isabella siempre sabía qué decir. Cuando se reía, durante los últimos días, su risa sonaba como una queja, aunque Isabella moviera las manos y se mostrara encantada de que la vida fuera así. Dolores comenzaba, por fin, a crecer. Cuando pudiera hacer lo que deseara, se negaría a compartir de nuevo sus tardes en aquella casa.

Dolores pensaba con la mano apoyada en las rodillas en las tardes pasadas, en febrero, en abril, en junio y se le encogía la sangre. No distinguía el suelo del aire, y se clavaba la aguja hasta notarse viva. La sonrisa volvió a intentarlo. Había tres hojas secas en una esquina del balcón que parecían no saber del verano. Era una casa amante de las plantas. En el patio, por contraste con la limpia claridad franciscana del de los Betancourt, aparecían potes y macetas, tiestos de barro con enormes buganvillas, de porcelana blanca y azul con esparraguera, peroles con geranios y claveles. El calor no se agotaba, vibraba, entre los baldosines sin atención. El tiempo pasaba. Ya eran las cuatro.

–Te acostumbrarás, como a todo –dijo la madre–. Hay hombres más voraces, y otros que se conforman con menos. Lo peor es la angustia, todos los meses, de descubrir si habrá prendido la semilla o no, pero también eso pasa. No lo pienses demasiado, o te volverás loca.

Dolores contaba, y su mente se figuraba los días de cada embarazo; sabía que eso eran diez meses lunares, cuarenta semanas, doscientos ochenta días, y se dio cuenta de que no sobreviviría sin volverse loca.

–Todo tiene un orden y una razón; cada opuesto tiene su cara, y no hay mal sin bien.

A Dolores le hubiera gustado ser corrosiva e hiriente, para echar a perder lo que tocase, como plantas que se agostasen. De pronto echó de menos el agua, el leve frescor del mar, un baño frío, un vaso de limonada. Hubiese querido regresar a algo anterior y menos

profanado. Entonces entendió muchas cosas.

El vestido que cosía era amarillo. Le habían dado mucho vuelo para que no le estorbara en las piernas. A Dolores le costaba cada vez más soñar. Volaban por su cabeza las tardes abrazada con Isabella en Fuerteventura, su espionaje desde lo alto de la colina.

Se pinchó hasta el hueso y apretó hasta que apareció una gota del dedo. El vestido llevaba metros y metros de organza en torno a la cintura, y para no mancharlo salió para lavarse el índice. De pronto se encontró con su mirada en el espejo y se dio cuenta de que hubiera podido ser feliz. Regresó al balcón y un rayo de sol le deslumbró entre la tela fruncida y los dedos.

Había imaginado muchas veces cómo sería. Cuando Thomas asoma por la puerta su madre lo guía hasta el mirador. Dolores levanta la vista y él saluda. Ella frunce los labios en una sonrisa, y se acerca a abrazarlo.

–¿Y los otros? ¿No han llegado?

–No…

–No sabía lo bien que se estaba aquí. Nunca había subido.

Dolores se levanta. Lo guía hacia el desván.

–¿Dónde vamos?

–Quiero enseñarte algo.

Thomas cierra la puerta del desván y su mano es tres veces la de Dolores. Sonríe mostrando unos dientes parejos y blancos. Será un hombre guapo.

–¿Aquí? ¿Qué guardas aquí?

Dolores lo guía hasta un extremo, bajo la mirada vigilante del turco del cuadro. Se arroja al suelo y busca bajo las telas arrugadas. De allí saca la botella que escondió una vez, la que escamotearon Isabella y ella. Thomas abre los ojos y se echa a reír. Le ayuda a extender las mantas viejas y las colchas polvorientas.

–¿Ahora bebes?

–Sí. ¿Y tú?

–No. Sí. Bueno, muy poco.

Con sus dedos poco hábiles, Lola extrae el corcho de la botella. Sobresale un poco; es una cuestión de paciencia.

–Antes hablábamos durante muchas horas, de tantos temas… ¿Ya no te acuerdas?

–Sí…

–Es que nos hacemos mayores.

Dolores sospechó que en ese momento desearía escapar, y correr al salón donde su madre le esperaría. Con un esfuerzo, regresó a ese momento.

Están sentados en el suelo, con las piernas enredadas entre las telas viejas, y los tablones de tea le marcan las manos. Respira por dentro como en un panal. Ensaya una sonrisa y se acerca a él. Le besa. Toma su cara entre las manos con delicadeza, y presiona sus labios con los suyos. Él le acaricia una mejilla, y luego el cuello.

Era incapaz de aventurarse más.

Si las nubes vienen del mar, pensó, *¿dónde quedan los peces, las caracolas de nácar, los castillos de arena?* Cada una de las ideas giraba sobre sí misma. Toda la mañana había visto cómo el mar se agitaba en la distancia, y cada ola goteaba ideas insistentes que tenían, por fuerza, que estar equivocadas.

Entonces le entró el miedo. Imaginó la luna cubierta de sangre. Se vio con el vestido amarillo roto y zarzas bajo la piel. Se apartó el pelo de la cara. Quisiera arrancarse el cerebro para no pensar más. Se escuchaba, lejos, rumor de música de fanfarria.

–La vida, hija, es una hilera de precipicios sobre los que debemos saltar. Las mujeres lo tenemos más fácil, siempre más fácil porque no debemos sino dominar a un hombre y el hombre lo hará todo por nosotras. Tu padre nos llama sanguijuelas. Yo te digo que son tontos y que con mi dedo pequeño puedo yo dominar a cualquier hombre que se cruce en mi camino. ¿Me escuchas, Dolores?

Dolores retrocedió de pronto de sus fantasías de lugar alto y perdido. Recordó la mirada de su madre, la mirada siniestra que anunciaba desgracias.

–¿Me escuchas, Dolores?

–Sí, mamá.

Dolores levantó los ojos del zurcido y sonrió a su madre. Frente a ella, las celosías rechinaban con un crujido húmedo. El cielo se extendía limpio, y todo el balcón se llenó de luz aterciopelada. Dolores dejó caer el vestido en la cesta y se puso en pie. Aferró la barandilla con las dos manos y los nudillos blanquearon. Las baldosas de la calle serpenteaban en ondas, y allí se escuchaban llantos de un niño y una voz cantando. A Dolores le gustaría cantar también, pero la voz se le había helado en la sonrisa, y además, no quedaba tiempo. Ya no había ruidos, sólo los crujidos de la siesta estrellándose en el patio. Dolores sintió un estorbo enorme entre su nombre y su cuerpo, el infinito y la vida oscura que se presentaba fuera sin avisar.

–Dolores, –llamó Cecily–. Thomas ya está aquí.

Ella volvió a sonreír y elevó la mirada al trozo azul que se adivinaba entre los tejados. El aire crujía y se ceñía como si fuera

de tela. Todo pareció avanzar con Dolores, con una gravedad impropia y tardía, un efecto inexplicable y lastimoso. La falda ondeó y el pelo se le pegaba a la cara.

–¿Y los otros? ¿No han llegado aún?

–No, aún no han llegado; no importa. Tenemos siempre poco tiempo, tú y yo.

–No sabía lo bien que se estaba aquí arriba. Qué bonita vista… sois muy afortunados en esta casa.

Cecily, que había bajado al patio, escuchó los pasos en el piso superior. Luego, los oyó en la escalera que llevaba al desván. Movió la cabeza, y continuó cosiendo. De pronto le asaltó una duda. Soltó el paño y llamó a Dolores dos, tres veces, en voz muy tenue. Se le entreabrió la boca sofocada, se llevó la mano a la garganta y ahogó el grito. Continuó cosiendo.

—No hay duda de que es un bravo mozo —comenzó lady Dolores, pero…

El lápiz en la boca, los ojos cerrados, y frases como caballitos del diablo, metálicas, imposibles, agudas.

—No hay duda de que es un bravo mozo —comenzó lady Dolores, pero…

Si le dijera, entonces. Sí.

Las sirenas, al menos, cuando llegaban a tierra, ganaban las piernas y perdían la voz. Qué útil.

Hubo un tiempo que fue hermoso. Luego llegó el sufrimiento. Sangre, dolor, suciedad, la brusca conciencia de ser carne, de que esa carne podía rasgarse, debía romperse.

De esa dolencia no podría recuperarse jamás.

Ah, mujer perdida. Pero ese problema ocurre siempre en los otros. Es de los otros. Ella no. No, no perdida, una palabra de madre, una orden. El futuro.

Ni aquel tiempo fue hermoso, ni lo era aquel, ni lo sería ninguno.

—No hay duda de que es un bravo mozo —comenzó lady Dolores, pero…

–Mal comienza el mes –dijo Thomas, y frunció los labios, con un mohín de desdén–. Nunca me gustó agosto.

Las muchachas se horrorizaron.

–No seas trivial. Han matado a un archiduque de Austria. ¿Qué esperabas? Nadie podría permanecer indiferente.

Scott, con el periódico en la mano, se giró hacia ellas.

–Ahora que Alemania ha declarado la guerra a Rusia, es cierto, no podremos mantenernos al margen. Inglaterra entrará en combate antes o después. Nuestras alianzas, nuestro honor, nos obliga a ello.

Dolores le arrebató el periódico. Leía las palabras inglesas, sabía qué significaban, pero no comprendía de qué trataban.

–Gavrilo Princip –continuó Scott–. Así se llama el asesino.

Había destrozado al archiduque Francisco Fernando, aquel hombre con bigotes de guías prominentes, del que se contaba que había cazado más de cinco mil ciervos. Ojo paciente, mano lenta. Un ciervo tras otro. Cinco mil.

–Pero una guerra… –dijo Isabella.

Dolores la fulminó con la mirada. Estaba segura de que no sabía con qué continuar la frase.

–Inglaterra no entrará en la guerra. ¿Qué vínculos nos unen a los austriacos?

Si su primo no se hubiera suicidado en Mayerling, aquel hombre, Francisco Fernando, continuaría vivo. Él y su esposa, Sofía Chotek. Si su primo, el hijo de aquella Elisabeth, la mujer más hermosa del mundo, la esclava de su cabello, se mantuviera con vida, nada de aquello hubiera ocurrido. Si Rodolfo de Habsburgo no padeciera de sífilis, si hubiera podido dar a Austria un heredero sano, y no una niña, otra Elisabeth, el Imperio Austrohúngaro hubiera prevalecido.

–Esa familia no cesa de superar pruebas de sangre… ¿Cómo se llamaba el asesino de Elisabeth de Austria?

–Luigi Lucheni –dijo Dolores.

Luigi Lucheni. Otro verdugo, el de la bella Elisabeth en Ginebra,

un anarquista, como todos. Se había suicidado hacía cuatro años, en su propia celda, pobre diablo, tres líneas en un periódico y una emperatriz secreta, amante del silencio, bajo su punzón. La autopsia, en cambio, desvelaba sus secretos:

Excelente dentición,

(¿por qué, entonces, no sonreía, pobre mujer triste?)

Estatura de un metro setenta y dos centímetros, presenta una herida punzante situada a catorce centímetros debajo de la clavícula izquierda y a cuatro por encima del seno, la herida tiene forma de uve que interesa el ventrículo izquierdo del corazón de arriba a abajo, pequeño desgarro pulmonar y fractura de la cuarta costilla. La herida fue producida por un estilete muy afilado y agudo que apenas produjo hemorragia haciendo que la sangre cayera gota a gota en el pericardio, lo que hizo que se paralizara muy lentamente la función del corazón.

Morían uno a uno los grandes duques.

Se habían levantado, era veintiocho de junio. No sabían lo que ese día ocurriría, contaban con llegar a la noche; vestirse para la cena suponía siempre un incordio, corsé, modales, un poco de pan, si me hiciera el favor. Dolores continuaba en la turbia monotonía de la finca de La Orotava, sin agua caliente, sin mantequilla dorada para las tostadas.

Sofía, un nombre que a ella le hubiera gustado para su hija mayor (una Sophia diminuta, con los ojitos de Scott, las muñecas leves de Cecily y sobre todo sus dedos, nunca los de Dolores), había dejado la cama con el tiempo justo. Extraño Sarajevo. Sería perezosa, quizás. No compartía el alto rango de su esposo, y su unión, morganática, la mantenía un paso tras su marido. *Duquesa de Hohenberg.* Sería bienvenida en Soria Moria, una mujer algo gordita, muy dulce, osada. Era dama de compañía cuando sedujo a su esposo. Un baile en Praga, oh, un baile como los de Juan Brown, velas, vestidos en alto, un vals de compromiso y usted, señorita, dónde se hospeda, me haría el honor.

Tenían cuatro hijos. Tres. El cuarto murió al nacer. Sofía, esa alemana no querida en Viena, con su nariz recta y afilada, no le acompañaba en sus viajes. Intentaban que no se la viera demasiado. En esa ocasión lo hizo. El uno de julio hubieran cumplido quince años de casados, y deseaban celebrarlo juntos (y quizás no hubiera platos contra la pared del salón, ni padres lejanos en fincas siniestras, tres hijos, como ellas eran, una mujer casi anciana, de cuarenta y seis años… y se casó entonces, si la cuenta era correcta, con treinta y uno, a la edad confesa de Cecily, un absurdo… madre a la edad de ser abuela).

–Pero si Inglaterra entrara en la guerra –preguntó Dolores–, ¿en qué nos afectaría?

Thomas amaba los aviones. Si entrara en combate le gustaría volar, su vista perfecta y su peso exacto para un bombardero ligero. Sobrevolaría las ciudades alemanas, como homenaje a cuando se negaba a jugar al tenis con ellos en La Orotava, absurdos y pretenciosos sajones, y los silenciaría. No se encontraba a gusto en los barcos, oxidados por la sal y el tiempo. Le gustaría recorrer las distancias que parecían imposibles, sin comida, ni agua, como si las ciudades, desde lo alto, parecieran cajas de zapatos de firmas de lujo.

–¿Y Suecia? –preguntó Dolores, pero conocía ya la respuesta. Suecia, en la mirada de Isabella, había iniciado la guerra semanas antes, una hostilidad constante que rodeaba a Scott, a Thomas, y que los muchachos no percibían.

–Neutral. Como España. Como Italia.

Se había agotado el tiempo de la dulzura. Las muchachas la habían sustituido por una atención constante, y una suave complacencia, que no ocultaba una raíz tensa, un dolor de dientes que asomaba en cada frase.

Dolores había aprendido a temer una competencia que nacía de las visitas al desván y una botella cada vez más vacía. Mantenía los ojos bajos, y una distancia cada vez mayor; los muchachos fingían no reparar en nada, e Isabella encontraba un placer nuevo en torturarla.

–¿En qué piensas, Lola?

–En nada…

–No es posible pensar en nada. Piensas en algo. En alguien. No nos lo dices porque has perdido la confianza con nosotros.

Veía los ojos de Thomas, y la expresión, siempre a la espera, de Scott. En los días luminosos se sentía capaz de un amor que incluyera a los dos, como agua en torno a una piedra. En los normales, la obsesión por su cuerpo, por los límites nuevos y las sensaciones nauseabundas le llevaban a Thomas, y la suciedad la invadía, como una traición llevada a cabo a conciencia, sin modales ni decencia.

–Déjame en paz, Isabella.

Callaban. Callaban todos, y ella no sabía cómo hablar.

A menudo pensaba en el patio de los Betancourt, en la desnudez incitante de sus paredes, y en Isabella, como ella, con Scott, con Thomas, con su padre, con cualquier varón que se acercara a la blancura macilenta de su amiga. Recordaba el hechizo que le había

dedicado a Santa Marta, y no sabía si continuar rezando por su favor o no.

No.

Sí.

Isabella.

Dolores.

Me lo traigas presto, corriendo, volando,

y me le quites tres gotas de sangre...

Conocía el patio de los Betancourt como si fuera el suyo, las esquinas oscuras antes de llegar a la cocina, y la leñera a ras de suelo, un desván paralelo, donde Scott podría encontrar a Isabella, a criadas dispuestas, sin miedo al destierro a Fuerteventura.

–¿Qué opinas ahora de la universidad? –le preguntó Dolores a Thomas.

–Ah, no harán falta estudiantes. En esta época absurda, una guerra demostrará quiénes podemos dirigir nuestros países, sin títulos, ni estudios.

–No menosprecies a los prusianos –dijo Scott–. Nosotros nos hemos criado en la vida civil, y ellos, pobres tipos, en escuelas militares.

–También habrán acudido a ellas nuestros dirigentes.

–Nos llamarán a infantería –añadió–. Olvídate de sueños absurdos, y de sobrevolar Berlín.

–Ya veremos.

Dolores notó una intuición de pánico.

–No os marcharéis… ni a infantería, ni a aviación. Inglaterra también se mantendrá neutral. Nadie la ha llamado aquí. No sois más que muchachos. Vivís bajo la edad de la infancia, no tenéis hijos, no dejáis nada detrás.

Scott sonrió, como si hubiera dicho algo divertido.

–¿De qué crees que se alimentan los ejércitos, Dolores?

–Tú eres hijo único, y Thomas, el único varón de su familia. No lucharéis.

–No soy un cobarde –dijo Thomas, con la voz llena de urgencia.

–Ni yo una estúpida –dijo Dolores. En los ojos habitaba una advertencia, el pavor de un paso atrás ante Cecily–. No tomarás parte en esa guerra, Thomas. No puedes herir así a tu familia.

–Si continuáis hablando de la guerra, juro que me levanto y me marcho a casa –dijo Isabella, y los muchachos callaron, en el acto.

El aborrecimiento crecía como una enfermedad entre ellas. Isabella ya no comía con ella, no pasaba la mañana en su compañía. En ocasiones, no llegaba a la casa más que con unos minutos de

antelación a los muchachos. Para el té. Con las manos llenas de dulces, de los que su cocinera, como una hábil correveidile, le dedicaba a Thomas.

–Me iré, si continuáis mencionando la guerra en cada conversación.

No se marchaba. Ellos no dejaban de especular, y en cada previsión se equivocaban. La situación tomaba un curso que no hubieran podido imaginar. Agosto avanzaba, Inglaterra, para defender Bélgica, hablaba a voces con Alemania. El mayor Hamilton había regresado a Santa Cruz, y Candela escribía todos los días, en un tono cada vez más desesperado, porque también allí se hablaba de movilización. En sus mañanas en el vestidor, la suave voz ronca de Cecily insistía, enseñaba, abría un camino que se estrenaba por las tardes, cuando Thomas entraba en la casa, y se le servía un té, la misma amabilidad distante de cada día, como si nada ocurriera, y nadie supiera nada.

–Pero entonces, tu carrera, tus ideas de acudir a la universidad, o de regresar a Inglaterra…

–Desaparecerán con la guerra.

–No habrá guerra.

–Ah, claro que habrá guerra. Antes de que termine el verano, habremos entrado en guerra con Alemania.

Dolores ni siquiera levantó la cabeza. En aquella isla perdida, la guerra por un Archiduque muerto parecía tan lejana, tan absurda, que no le dedicó ni siquiera un pensamiento. Sus noches eran breves, y sus días se alargaban, como si el verano durara para siempre, y las noticias no llegaran, ni atravesaran conciencias, ni ataran vidas a los compromisos que otros, lejos, antes, habían concertado.

A veces Dolores no podía dormir. Permanecía en la oscuridad con la mirada fija en el techo, hasta que sentía que el sueño había huido, confuso y derrotado, no sabía si dormía o si velaba, y en algún punto de la noche, dormida, ebria, inconsciente, apartaba la sábana de un puntapié.

Bajaba muy despacio, peldaño a peldaño, a prepararse un té; escuchaba las voces apagadas de las cañerías del agua, se aburría leyendo el periódico del día ya muerto que alguna de las criadas empleaba para cucuruchos de frutos secos o para el pescado recién comprado. Cuando el nerviosismo aumentaba le molestaban las migas que no había limpiado de la mesa, galletas rotas con el té, un cuadro que no colgara con simetría, la mancha de humedad de la pared grisácea de la cocina. Comenzaba la inquietud, el ansia, la feroz necesidad de la sangre.

Respiraba cada vez más agitada, se volvía desafiante si chasqueaban las maderas del suelo, como si tramaran el desafío de los árboles muertos que las formaban. Entonces soltaba los cerrojos de la puerta del sótano, la abría sin que rechinara y sentía bajo las chinelas la humedad de los escalones de sombra.

Cuando prendía la luz, la madre retrocedía, deslumbrada. Se había ovillado en un rincón, como un milpiés protegido del sol. Disimulaba la sorpresa, o no la sentía; antes bien, se tambaleaba, confusa, llena de sueño, y eso indignaba profundamente a Lola: Cecily dormía allí, en su camastro del sótano, sin torturas, serena, segura, mientras Dolores daba vueltas en su cama.

–¿Qué ocurre? –preguntaba siempre, y su acento y sus párpados aún pesados no le ofenderían más si la abofetearan.

Apretaba los dientes y alcanzaba sin mirar, a fuerza de costumbre, la fusta descolorida que siempre se encontraba a la entrada de los establos, en La Orotava, y que ahora colgaba allí, de una de las paredes. Cecily se movía hacia la derecha, previendo el movimiento, poco; la cadena no le permitía buscar refugio en la esquina.

El primer golpe no solía azotarle el rostro. Falta de pericia, no de voluntad… Lola calculaba mal, siempre añadía una extensión imaginaria a la fusta, o imaginaba que su madre era más alta, más robusta. El golpe, por lo tanto, restallaba con fuerza, pero caía en los hombros, en los pechos. Marcaba líneas rojizas, que se mantenían por mucho tiempo ante los ojos y que se abrían luego en diminutas gotas de sangre.

Cecily apenas se inmutaba. Faltaba mucho para que vacilara; a menudo le había roto el labio, los ojos habían desaparecido bajo una costra de lágrimas y sangre, y aún así, había tenido que derrotarla a puntapiés y bofetones. La muy zorra, alta, imbatible y cerril, ni siquiera sabía llorar.

Se le ocurría en ocasiones que si llorara, si le pidiera perdón, la dejaría ir. Donde fuera. A La Orotava, a Fuerteventura, lejos de su vista, de su sueño. Su humillación era, para Lola, la combinación secreta de la caja de caudales, el acertijo que le conduciría a la salida. Sospechaba que Cecily lo sabía, y que prefería los peligros del laberinto antes que rendirse. Durante aquellas horas, lo que ella deseaba era ley. No le importaba. Lola temía entonces que aún le esperaran largas noches de insomnio. El té no la adormecía, y los paseos nocturnos acrecentaban su inquietud.

Cecily no se disculpaba, y su hija ignoraba si la sostenía la certeza de no haber hecho mal o la convicción de ser culpable y merecerse el castigo. Siempre había sido así, desde el primer día, desde el primer momento en que se abalanzó sobre ella y tiró de su pelo con tanta violencia que se quedó con mechones rubios, de paja anémica, en la mano. Oyó cómo su cuello crujía, cómo se rasgaba la tela de su vestido.

No se escapó ni ofreció resistencia. A patadas la arrojó al sótano, y apenas se cubrió el rostro con las manos. El rostro, no el vientre. Su mente, plagada de líneas rojas y candentes, sintió un alivio fantasma. Se merecía el castigo. Era su belleza lo que le preocupaba, no el fruto de sus entrañas. Ella. Aquel vientre que golpeaba, en la que descargaba odio, fuerza y frases no dichas absorbía todo.

Tras el primer trallazo, Cecily levantaba el mentón y le sostenía la mirada. Seguiría así hasta que el segundo azote, más atinado, le hiciera volver la cabeza. Docenas de cicatrices le surcaban las mejillas. Ya no recordaba si sus labios eran antes tan gruesos o habían sido los golpes los que se los habían reventado. Al fin y al cabo, nunca se habían parecido. A veces, cuando se acordaba de ella, eran los labios destrozados lo primero que veía. Luego, la

nariz. Luego, la mirada ausente, clara, inmutable.

Cambiaba de fusta, la negra, esta vez. Lanzaba un alarido y se arrojaba sobre ella; sangraban la espalda, las piernas. Conocía bien esa fusta, que restallaba con un silbido dulce, que rasgaba y reventaba. Se la había regalado Scott, para un caballo que no llegó nunca. De eso hacía mucho tiempo, aún vivían en Soria Moria, ballenas que hablaban, flores transparentes, muerte derrotada. En ocasiones, la fusta negra la hacía caer de rodillas y Dolores se ensañaba con su cuello, tan esbelto, el cabello recogido en una rueda suelta y ligera, con la nuca expuesta.

Algunos días la madre se vencía pronto; entonces Dolores arrojaba la fusta y la zarandeaba por los hombros.

–Mírame. Mírame. Recuerda lo que hicimos.

–Hicimos lo que teníamos que hacer.

La abofeteaba. Sangraba por la nariz al segundo golpe. Le ocurría a menudo. La primera vez se asustó al ver sangre en su mano: creyó que le había mordido y le había abierto una herida en la mano. Ahora ya no se sorprendía ni interrumpía el castigo. Le había partido algún diente. Cecily los escupió como los huesos de un animal devorado.

–Mírame, he dicho.

No gritaba. Aun si lo hiciera, las paredes del sótano se comerían las voces. Ni siquiera en el patio, con sus esparragueras atónitas y las buganvillas en explosión, se escucharían los lamentos. Pero no había necesidad de hablar, menos aún de gritar. Ella sabía por qué la golpeaba. Y Dolores, la razón por la que lo hacía.

–No podrás –le dijo una vez.

–¿Qué?

–No podrás cambiar tu vida.

–A mí la vida me importa poco –replicó Lola.

–Te la he destrozado, pero no pude hacer otra cosa. Nos enamoramos –añadió, serena, casi con alegría– y en ese momento se acaba la vida. Impedí que te enamoraras, porque es el amor lo que destroza todo, lo que nos hubiera devastado. Yo no tuve ni siquiera esa ayuda, Dolores. Estuve sola. Hice lo mejor para ti.

–Eso está por ver –dijo, y le cruzó la cara de un varazo.

La llamaba madre, pero podía no serlo. ¿Era su madre? Nunca se lo preguntaba; no bajaba al sótano para charlar con ella, ni para confirmar datos. La enviaba una fuerza mayor, un instinto que brotaba con el sueño. Puede que se pareciera más a Candela. O a Anne Kirstin Betancourt. Su voz baja, algo ronca, la desquiciaba tanto que desearía romper a gritar. Por fortuna, pronto borraba ese

sonido, ese tono, un llanto lejano que la destrozaba. En general, se olvidaba pronto de ella. No perdía ya el tiempo recordando sus errores. Tampoco lo gastaba previniéndolos.

Guardaba la certeza íntima de estar dormida, de haber despertado, de equivocarse en algún punto de su existencia que no permitía, más tarde, el menor remedio. Se había equivocado en algo: debió haberlo intuido. Las señales, tan claras, la cegaron. Pero ¿cómo negarse a ver a sus amigos? ¿Cómo oponerse a una cena, a una fiesta? ¿A qué achacar el olvido cada vez más frecuente de atenciones, de visitas? ¿Y el dolor, los dedos ajenos manoseando la llaga hasta que se rasgó la piel y brotó sangre, los silencios, las conversaciones sorprendidas a medias, cómo interpretarlos? No sospechó nada hasta que lo vivió, hasta que fue testigo con sus propios ojos.

–Liverpool –decía su madre–. Southampton.

No sabía cómo había comenzado aquel primer ataque. Le gustaría verse a través de los ojos de Cecily, una furia de puntería candente y labios apretados. Saltaba sobre ella, le arrancaba el cabello a tirones, la hubiera mordido, desmembrado. Su madre no envejecía, se regeneraba, se encontraba herida, agonizante, pero idéntica todas las noches. Dolores llevaba varios anillos en los dedos. Cada anillo era una réplica del precioso brazalete de Juan Brown, verde y blanco, metal y cristal. Un anillo y una esmeralda. La prisionera tenía las mejillas marcadas por otras heridas, por piedras clavadas en el mentón, en la carnosa pulpa de la boca, en la frente.

–Isabella será siempre más hermosa que tú.

Su cabeza golpeó contra las escaleras cuando la arrojó al sótano. Aún no se había levantado cuando comenzó a patearle el estómago. Vomitó sangre y hiel. Su precioso vestido de seda heliotropo, plisado e insinuante, se manchó para siempre. Le hubiera gustado saltarle un ojo, romperle un tímpano.

–Te tocará a ti hacer todo el trabajo.

Sin embargo, nunca había bajado una cuchilla, nada que le quemara, ningún corrosivo que le devorara la carne. Imaginaba que no le causaría el mismo alivio. No le deseaba un fin rápido: no se lo merecía. No, nada de cuchillos. Aunque a veces le dolieran los nudillos, se le rompieran las uñas, brotaran ampollas en las palmas de las manos, merecía la pena destrozarla poquito a poquito.

–Me soltarás –le dijo otra vez.

–¿Tú crees?

–Sí. Me soltarás. Sabes que tenía razón.

–¿Como aquella vez? ¿Cuando lo traje aquí, tres pisos sobre tu cabeza, al desván? ¿Cuando lo emborraché, y me recomendaste que mordiera un trozo de tela para no chillar y delatarme?

Vaciló.

–Sabrás que tenía razón –repitió, con menos convicción–. Es cuestión de tiempo.

–Ya veremos –sonrió Dolores–. De momento, no ha ocurrido.

Si alguna vez Cecily estuvo cercana al llanto, fue ésa. No cedió, pese a todo. Le arañó la cara, cayó sobre su cadena. El óxido le había dejado una eterna mancha parda en los tobillos blancos e hinchados por el roce.

Por lo general, cuando ella se derrumbaba, casi inconsciente, ya amanecía. Se notaba en el temblor frío de las piedras del sótano, en una alteración del silencio. Dolores hurgaba con el pie en sus costillas. Si el trabajo está bien hecho, la madre apenas se estremecería. Su cabello rubio, deshilachado, brotaba del moño como de una fuente. Parecía muerta, pero no lo estaba. Una noche más, la siguiente, tras el insomnio, bajaría las escaleras para repetir sus movimientos, como un Sísifo resignado.

Ella se recogía el bajo del camisón para no tropezar, y subía las escaleras. Amarraba los cerrojos. Bostezaba mientras apagaba las luces aún encendidas en la cocina, amortiguaba el fuego, la tetera hirviendo, que de pronto parecía muy ruidosa. Mademoiselle no existía, no había criados ni ojos indiscretos, sólo ella y su madre en la ciudad. En la isla del volcán, mortecina, gris y malva.

Subía a su cuarto, aseguraba las contras, porque la luz invadía la cama y le daba dolor de cabeza. Se sacaba los anillos, buscaba un antifaz sedoso y negro en la mesita de noche. A veces le dolían los nudillos. Otras, la muñeca. Con suerte, caía inmediatamente. Ni siquiera le daba tiempo a rezar sus oraciones.

Y en ese momento se despertaba.

–¿Qué estás haciendo? –gritó Dolores–. ¿Qué estás haciendo?

Isabella, sobresaltada, se alejó de los Estatutos de Soria Moria.

–Nada…

–¿Qué has escrito?

Dolores se los arrebató. No había nada nuevo, aún no le había dado tiempo a continuar ninguna frase tras la de Scott, que continuaba interrumpida. Isabella recuperó la frialdad.

–No sabía que estuviera prohibido escribir en los *Estatutos*. Pensaba que debíamos proseguir con las historias, cada uno de nosotros.

–Sí. ¿Y a qué viene ese repentino interés por Soria Moria, cuando nunca has inventado nada, ni hay más letra tuya en este libro que las firmas de las actas?

Isabella se encogió de hombros.

–¿Y a qué viene tu nueva hostilidad hacia mí? Ya ves. Las cosas cambian. Sólo los idiotas necesitan explicaciones.

Mademoiselle apareció en una de las puertas y cruzó el patio. Las dos permanecieron en silencio, con los dientes apretados. Pasó de largo ante el salón, y se perdió por la escalera superior.

–Me sigues con la mirada, como una serpiente a un pajarillo. Si echas algo a perder, Isabella, no te llegarán tus días para lamentarlo.

–¿Algo a perder? No sé de qué me hablas. Has dado en la manía de callarte, o de emplear acertijos para todo. Dime –se sentó en el brazo de un sofá, y comenzó a balancear las piernas–. ¿Qué podría arruinar yo?

Dolores dejó los libros en su lugar, y la miró, moviendo la cabeza.

–Creí que sólo los idiotas necesitaban explicaciones.

–Y yo, que tú amabas a Scott, y que estabas dispuesta a competir conmigo por su amor.

–No necesito competir con nadie por ello.

–Eso es lo que tú dices… pero no lo que él piensa.

–Lo que piensa, sólo él lo sabe.

Isabella se echó a reír.

–Él piensa lo que yo le digo.

–¿Qué es lo que quieres, Isabella? –dijo Dolores, muy despacio–. No te entiendo. No sé ya quién eres. Actúas como si yo te arrebatara algo que te pertenece.

–¿Y no es así? –se revolvió ella–. ¿No ha sido así desde hace un año, no conspiráis tu artera madre y tú para arruinar mi futuro, sin que se te pase por la mente el que soy tu amiga, casi tu hermana?

–¿De qué estás hablando? Yo… yo no te estoy quitando nada… ni sé cómo conspirar. ¿Qué es lo que quieres?

–Lo mismo que tú –dijo Isabella.

–Pero… –añadió Dolores, en voz baja–, ¿qué es? ¿A cuál de los dos?

–Al mismo que tú, Dolores. ¿O es que finges y no es a Scott al que deseas?

Se miraron. Isabella continuó balanceando los pies. Derecho, izquierdo, una pausa en círculo.

–Ya no sabemos hablar…

–Yo sí. Si tú no sabes, debe ser porque tu madre no te ha enseñado bien –cortó Isabella.

Dolores se llevó una mano a la garganta. Luego dijo cada palabra con calma, como si le preocupara no pronunciarlas bien, que se escaparan sólo con aire.

–Persigues a quien odias, a quien se cruza en tu camino y aborreces por capricho o por proyecto. Ha debido de ser así desde siempre, en los años anteriores a que nos encontráramos… persigues y destruyes, tal vez a un hombre del que estés enamorada, o a una amiga o a una tía vieja a la que no soportes porque te indique lo que debes hacer. No sé con quién empezaste, tal vez con los gatitos con los que elegías quedarte o con los que condenabas a morir, no lo sé. Y poco a poco has eliminado todas las ataduras ajenas a tu mundo, destrozas la personalidad de quien persigues, sin darte cuenta de que, al mismo tiempo, destrozas la tuya. Eres repugnante, Isabella.

Isabella se puso en pie.

–Yo sé escuchar, y guardo bien los secretos. Al menos, hasta que me conviene que se hagan públicos. Sé muchos de los que ocultas, Lola, porque mientras has estado actuando con sigilo, moviéndote como un ratoncito, yo estaba allí, con los ojos abiertos, un paso por delante de ti. Ya no volveremos a ser amigas, pero recuerda que tengo un secreto que puede destrozar tu reputación, tu vida, tu

nombre. Apártate de mi camino, y respétame, porque puedo contarlo, y lo haré a quien interese, y a quien pueda hacerte más daño.

–Tú también estabas allí –dijo Dolores. No sentía miedo, quizás una nube baja y eléctrica, densa, sobre sus cabezas–. Las dos mirábamos, y la vimos hundirse, sin mover un dedo ni dar un grito. Si tú hablas, también hablaré yo. Tu secreto está encadenado al mío.

–Dolores, qué infantil eres. No me refiero a ese secreto –le mantuvo la mirada–. Ya no hay botella en el desván, ¿verdad? La vi disminuir, sorbo a sorbo. Y cada vez que Thomas llegaba antes que nosotros, cada vez que lo encontrábamos aquí, el nivel de la botella bajaba un poco más. Qué mala. Qué viciosa. Qué inconfesable.

–No sé de qué estás hablando.

–Sí que lo sabes –dijo Isabella, mientras cruzaba el patio–. Y yo también.

Cecily la vio cruzar ante ella cuando se fue, mientras bordaba en un bastidor pequeño. No se saludaron. Con una indicación de cabeza, pidió a su hija que se acercara.

–No te preocupes –susurró–. Era lo que tenía que hacer. Han agotado todos sus recursos… Ahora, vete al despacho de tu padre. Te está esperando. Tenemos que hablar contigo, hija.

El despacho permanecía cerrado mientras el mayor vivía fuera de la casa, y nunca se agotaba el olor a humedad y cuero tenso, a cigarros y humo en volutas. El padre la aguardaba sentado, con una pluma en la mano con la que golpeaba el escritorio, como alguien que tiene prisa, o que le han encargado una tarea con la que no se siente conforme.

–Buenos días, Dolores. Siéntate. Tu madre y yo hemos de tratar una cuestión importante contigo.

–Sí, papá.

Cecily entró, sigilosa, y cerró la puerta a sus espaldas. Se sentó en una silla muy menuda, forrada de piel verde, en la esquina junto al escritorio del padre. Había subido el bastidor y se inclinaba sobre él, fingiendo no escuchar.

–Siempre te he considerado una niña –dijo el mayor–, pero ya has cumplido los catorce años, y es el momento de hablar contigo de igual a igual. He sido un padre justo contigo. Nunca te he castigado, porque no hubo motivos para hacerlo, y he dejado en manos de tu madre los asuntos propios de tu educación y de tu sexo, pero te he visto crecer con cariño, y nunca te ha faltado de nada.

Dolores escuchó una leve interrogación.

–No, papá.

–Lo que has deseado, te ha bastado pedirlo para obtenerlo.

La madre levantó las cejas. El gesto de ironía la embelleció.

–Sí, papá, así ha sido siempre.

–Y sin embargo, me asalta a veces la preocupación de haberte descuidado. La vida te ha colocado en último lugar para que aprendieras de tus hermanas, pero quizás podría haberte ahorrado algún trago amargo.

»Sé que nunca has olvidado la muerte de tu amiga Lucía, y quizás, visto desde ahora, yo podría haber hecho algo diferente que te apartara de esa pena, que te confirmara mi amor y mis cuidados. Pero somos humanos, y como tales, adolecemos de defectos. Ninguno de nosotros fuimos creados en la perfección. Fuerteventura fue una isla dura para todos nosotros, y lo seguirá siendo, sospecho, en un futuro. Supongo que conoces la situación en la que se encuentra tu hermana Linda.»

–Mamá ha tenido a bien informarme.

–La vida supone sufrimiento, superación. Conlleva dolor. Con dolor lamentaremos en los años venideros los sacrificios que tu querida madre y yo no supimos realizar en nombre de nuestras hijas. Sin embargo, ese padecimiento lo guardaremos en secreto. No regocijará a otros. La pérdida que sufrimos es nuestra, debe de existir algún pecado que aún no hemos purgado. Y eso nos sume en la tristeza. Créenos. Sobre este asunto, el silencio debe ser lo que lo solucione.

»Pero no todo es dolor, y a las nubes suceden los claros. Esta mañana hemos recibido una nota que concierne muy especialmente a tu futuro. Tu madre y yo nunca hemos decidido los hechos decisivos de nuestras hijas sin tener en cuenta su opinión y sus deseos, de forma que te la dejaré leer, ya que te juzgo sensata. Aunque se dirija a mí, en realidad te concierne a ti. »

Le tendió una carta. Dolores la desdobló con cuidado.

Tenerife, 29 de agosto de 1914
Mj. L. O. Hamilton

Muy señor mío:

Por requerimiento de mi hijo Thomas, quien ha tenido el gusto de coincidir y tratar a usted y a su amable familia durante su permanencia en esta nuestra Tenerife, robo algo de su tiempo con el fin de hacerle presente el deseo de mi querido hijo de sostener relaciones autorizadas

con su hija Dolores, y contraer matrimonio con ella en fecha no lejana, pero determinada con entera libertad por ustedes, sus buenos padres.

Mi consentimiento queda de manifiesto con alegría desde el momento en que escribo estas líneas; pero, además de las excelentes referencias que hasta mí han llegado acerca de la gracia, la educación y la rectitud de sus hijas, hubiérame bastado la constante insistencia de mi hijo sobre este particular para creer en la posibilidad de que tal enlace, y no otro, le hará feliz.

Sus prendas no seré yo quien las enumere, ante el peligro de que me crean parcial. Habrán apreciado ya que es buen mozo, como lo fue su padre, que Dios guarde a su diestra. Sin embargo, quienes le conocen le hacen el honor de considerarlo honesto, noble hasta el sacrificio, fiel amigo y devoto cristiano, y, como todo enamorado, temeroso de perder a su objeto querido ante cualquier rival al que crea más digno. Yo sé que no hay otro como él, pero los jóvenes actuales viven en la era de la prisa.

Si por él fuera, la boda se celebraría mañana mismo, pero entiendo, como madre, que ustedes quizás deseen esperar a una madurez mayor de Dolores, o mantenerla en su seno por algún tiempo más, ya que es doloroso que una hija abandone el hogar, aunque sea con el noble fin del matrimonio.

Desearía que mi hijo estuviera en condiciones de poder ofrecer a la que haya de ser su compañera por toda la vida un porvenir brillante como no hubiera otro, mas su juventud, y las actuales situaciones internacionales le limitan por dos años a no percibir más sueldo que el que le destinan sus nobles tíos, que velan por nosotros desde que falleció mi esposo. Sin embargo, al término de esos dos años, cuando llegue Thomas a los diecinueve, heredará el fondo que administran mis parientes, más su participación en la sociedad Yeoward Bros. Confiamos en que esos ingresos, que nos han permitido vivir con dignidad a toda la familia desde hace años, sean ayudados por alguna otra insignificancia de herencia, y por los ahorros que poseo en dinero.

Nada es esto frente a lo que su hija merece, pero sí la realidad, sin mentiras ni ocultamientos.

Esperando se dignen ustedes a manifestar tanto su parecer, así como el de su Señora, la querida Cecily y el de su hija Dolores, sobre la aceptación del compromiso y demás proyectos anteriormente expresados, queda a su disposición y se ofrece para lo que guste.

S.s.s.q.s.m.b.

Su segura servidora que su mano besa.

Un acertijo, un trabalenguas español. Tres tristes tigres. *Su segura servidora*.

Claire, la obesa madre, inclinada ante Cecily, con su esbelta muñeca tensa, un pequeño escalofrío ante la idea de que le besara la mano, un rastro de saliva en la piel, de sudor, tan extraño ese tacto entre mujeres adultas.

Claire Cowan Miller.

Dolores elevó la mirada y le tendió la carta a su padre.

–Supongo que no eras ajena a esa situación.

–Mi madre y yo creíamos que Thomas Miller me miraba con particular afecto, pero no podía figurarme que albergara intenciones de matrimonio, y menos aún con tanta rapidez.

–No hay tanta rapidez –dijo Cecily–. Su madre indica claramente que están dispuestos a aguardar dos años. Eso sería lo conveniente, y lo que yo sugiero, si deseáis mi opinión.

–Dos años es un tiempo razonable. ¿Me atrevo entonces a suponer que aceptas el compromiso, Dolores?

El cuadro del turco los miraba en el desván cada vez que levantaban la cabeza. Thomas cerraba los ojos, tensaba el cuello de piel muy blanca, y con las manos le apretaba los antebrazos, la sostenía contra él como si fuera a caerse. Inclinó la frente. Se sintió muy cansada, al final de una senda que la llevara al volcán en el centro de la isla.

–Son mis padres los que han de considerar lo mejor para mí. Yo sólo quiero obecederos.

–Tu madre conoce bien al muchacho, y a mí me causó una grata impresión cuando coincidimos con él. Su familia es respetable, y no te faltará de nada con ellos. Si tú le amas, contestaremos a su madre.

–Le tengo afecto, y creo que llegaré a amarle, con el tiempo –

recitó Lola.

–Así debe ser. Así ha sido entre tu madre y yo, y entre todos los matrimonios felices que conozco. Hija –se inclinó hacia ella, y besó su frente de manera muy liviana, casi una corriente de aire–, te doy mi bendición y mi enhorabuena. Ahora, dejadme; contestaré a la señora Miller. Luego habrá tiempo de comunicarlo de la manera debida a quienes pueda interesarles la noticia.

Abandonaron el despacho, y salieron al patio. En el otro extremo, casi oculto por las flores de verano, la puerta del salón permanecía abierta.

–Bendita sea Claire Cowan, y sus deseos desesperados de permanecer en Tenerife –dijo Cecily. Luego, como si regresara de un territorio en el que sólo la satisfacción, ella, y quizás Mademoiselle tuvieran cabida, se dirigió a Dolores–. ¿Sabes, hija? En la fiesta de Juan Brown su cuñada me confesó que habían cedido a la desesperanza tras el otoño pasado, y se habían quedado desolados y sin rumbo, porque pensaban casar a Thomas con la insulsa de Lucía Berriel –hizo una pausa–. Que Dios guarde a su diestra, por supuesto.

La vistieron como para otro baile, pero con una cuidada indiferencia que indicaba su poco interés en ese baile. Le recogieron el pelo, que crecía en rizos rebeldes por la nuca y las sienes con dos cintas de terciopelo, y Cecily eligió para ella un vestido que nunca hubiera aprobado de tratarse de un baile real, porque convertía a Dolores en una muchacha pálida, a la moda de hacía años.

–A Claire le encantarás. Es así como ella se imagina a las novias.

Prepararon vino, algunos dulces, y sandwiches del pan preferido de Thomas, que la cocinera había preparado bajo la mirada atenta de Mademoiselle. Sacaron mantelerías bordadas, de los mismos cajones donde Dolores sabía que estaban. No repararon en que no se mantenían dobladas con la misma precaución que en otras ocasiones. En el salón, con la cubertería de plata y los grandes jarrones con flores nuevas, ya no parecían adecuados los *Estatutos de Soria Moria,* y Dolores los escondió en su cuarto.

Thomas parecía muy alto, porque su madre, de su brazo, era menuda y rechoncha. Le sonrió con cierta timidez, avergonzado por algo que Dolores no entendió. Se abrazaron con corrección, y ella recibió un anillo muy hermoso, con una esmeralda cuadrada.

–Sabía que era su piedra preferida –dijo Claire, en varias ocasiones, como repetía casi todo.

Thomas y Dolores se sentaron y se levantaron a requerimiento de la familia, sirvieron vino e insistieron en que el otro tomara al menos un dulce más, saludaron a los criados, que felicitaron a la señorita, como habían hecho antes con sus dos hermanas, y parecía increíble, y aún la veían correr por el patio, y el año pasado, tan enferma. Mademoiselle sonreía, más cercana a la satisfacción de lo que la había visto nunca. Ellos se observaban a hurtadillas, y desviaban la mirada si se sorprendían. Thomas no cesaba de sonreír.

Se fueron a media tarde, y en la casa quedó el rastro de aroma de lilas de la madre de Thomas, pesado y mucho más dulzón que el de Cecily. El padre se quejó de su pierna, y se marchó a sestear en

su habitación.

–Ven –dijo Cecily–. Estarás cansada, vamos a retirarnos por un rato. Te ayudaré a desabrochar el vestido.

Los peces se agitaron en el aire con la corriente de la puerta. Dolores se había dejado la ventana abierta. Se sentaron en la cama, agotadas por un cansancio mucho mayor que el que correspondía al día del compromiso. La madre le permitió que reclinara la cabeza sobre su hombro.

–Hay muchas cosas de las que me gustaría hablarte –comenzó–, pero creo que tendremos tiempo de sobra hasta la boda. Ahora quiero comentarte las dos más importantes, las que creo más urgentes. Estás prometida, y nadie podrá decirte ya nada que te hiera, porque tu futuro está asegurado. Te has visto beneficiada por la reputación de Candela, de sus meses encerrada, como novia intachable, y de la fama de bella de Linda también, imagino. No te asustes, no creo que sea el encierro lo que te aguarde a ti; Thomas continuará en la isla, podrá acompañarte a algunos lugares, y os veréis a menudo.

»Tal vez creas que ahora tu vida será más sencilla. No cometas ese error, hija. La existencia no cesa de complicarse jamás, desde el momento en el que nacemos. A veces pensamos que tras el compromiso, con el matrimonio, ya podemos descansar, como si todo lo esperable se hubiera cumplido ya. Ése fue el error de Linda. Sé que te hemos hecho creer lo contrario, pero a partir de ahora recae sobre ti todo el trabajo. Primero, el de mantener vivo el interés de Thomas. Después, regir tu casa de manera sensata y provechosa.

»A partir de ahora entrará en casa en todas las ocasiones que lo desee, pero no pasará del patio ni del salón, ¿me entiendes? Y ni yo ni Mademoiselle os dejaremos ya solos, nunca, ni por un instante. Si estás enferma, o creemos conveniente que lo estés, no podrá verte. Que te mande flores y atenciones, pero sólo te encontrará bien vestida y arreglada con esmero. Hasta ahora eras una niña, y lo que ocurriera entre estas cuatro paredes podíamos contarlo a nuestro antojo. Ahora te expondrás al público. Conozco bien tu temperamento, Dolores. Tendrás que esforzarte por controlarlo, y aprenderás a aburrirte. Gozarás de toda la práctica que necesites. Es lo que harás, día tras día, la mayor parte del resto de tu vida.

»Tendrás que ser también más sutil, hija. Ahora que no podréis estar solos, es cuando el abanico, las frases de doble sentido, las medias de encaje, han de cumplir con su función. Deberás ser caprichosa. No creo que eso te cause demasiado esfuerzo; has tenido

durante meses a tu lado a la reina de los antojos.

–No quiero ver de nuevo a Isabella.

–Así será. Es lo conveniente. Y respecto a lo que puedas temer de ella, despreocúpate. Ya no puede hacerte daño. Sin embargo –dijo, tras una pausa–, ella aún no ha conseguido nada. Tú sí puedes arruinarla. Oh, con sutilidad, una frase aquí, allá, nunca de manera directa… Yo te enseñaré cómo hacerlo.

Dolores entrecerró los ojos.

–Me dijo cosas terribles, mamá.

–Y todas ellas eran ciertas. No llegarás a ninguna parte si todas las palabras te duelen, Dolores. La mentira es mentira, la verdad, a veces, también puede serlo. Ella y la exquisita Anne Kirstin tienen mucho que callar. Pero eso no nos preocupa ahora. De todos tus amigos, sólo tratarás con tu prometido, y con tus primas. Así tenga que arrastrarme por el suelo ante los Hamilton, o pedirle el divorcio a tu padre, tú has de regresar al seno de tu familia.

Recordó el hermoso patio de madera, las escaleras que conducían a los misteriosos cuartos altos, a desvanes viejos y desconocidos.

–Me entiendo bien con mis primas.

–Son encantadoras. Y necesitaremos algo de ayuda con Linda. Y su pequeño –añadió luego–. No puedo pensar en todo a la vez…

Dolores se miraba el dedo, pesado con la esmeralda. Dotaba a sus manos de una lentitud, de un aire que le gustaba.

–No hay nada que objetar a la sortija, ¿verdad?

–No, mamá.

–Tu futuro ya no presenta dudas. No puedes imaginar el enorme peso que me he quitado de los hombros. Pero incluso entre las bendiciones de la vida, debemos pensar en los demás. No podrías ser feliz si olvidaras a tu familia, que tanto hemos hecho por ti. Durante estos dos años hemos de planear con cuidado lo que ya hemos comenzado.

–Seremos el centro del camino.

–Exactamente, hija –dijo, acariciándole el pelo. Le aflojó una de las cintas–. El corazón de la ruta.

En la lejanía, a través de los frágiles cristales de la ventana, se escuchaba el grito de alguna gaviota.

–Hemos de hablar de esto, aunque no sea de mi agrado, Dolores.

–Sí, mamá.

–Tampoco has de encontrarte de nuevo con Scott.

Lola asintió con la cabeza. Contestó, también, como le habían enseñado.

–No tengo ningún motivo para verle.

–No creo que tuvieras oportunidad de hacerlo, aunque el compromiso no se hubiera cerrado. Esta mañana me ha informado tu padre de que en breve abandonará Tenerife.

–¿Adónde se marcha, mamá?

Cecily bajó la voz.

–A donde un hombre puede encontrar una carrera rápida.

–Mamá…

Cecily, sus ojos grises atónitos y viejos como los de los dioses griegos que decidían las muertes y los viajes, la miró y le puso un dedo en la boca entreabierta.

–Mamá… pero estamos en guerra…

–Nosotros no, Dolores. Inglaterra, Alemania, Austria, Prusia, Francia están en guerra. No hay mejor ocasión para un caballero joven que ésta para ascender en pocos años. Si es que tiene tiempo para ello… tu padre opina que el ejército alemán está mal comandado y que Rusia sólo tiene hombres ineficaces, campesinos con armas inútiles. La guerra durará pocos meses.

–Scott va a morir –dijo Dolores–. Se ha enrolado por mi culpa. Morirá por mi culpa.

–No seas ridícula. No morirá. Los jóvenes voluntarios serán destinados como oficiales. Ni siquiera entrará en combate, cosa que, a mi juicio, no le vendría del todo mal, para espantar algunas pretensiones y fantasías. Y desecha esa novelería de que, con el corazón roto, ha decidido marcharse a la guerra. Scott sabía desde hacía semanas que sus ambiciones contigo eran una pérdida de tiempo, por más que esa perversa amiguita tuya le infundiera esperanzas. Es un muchacho con grandes cualidades, pero ha ganado el mejor.

–Ha ganado la mejor –corrigió Dolores.

–Sí, esto también, por supuesto.

–Lo he perdido, ¿verdad, mamá? He intentado convencerme de esa idea, pero siempre aparecía una posibilidad, siempre parecía que algo novedoso surgiría de la nada y conseguiría lo que deseaba. Ahora ya no hay vuelta atrás.

Se puso en pie, y notó que le temblaban las rodillas. A duras penas, con un brazo tenso y apoyado en el cabecero de la cama, dio unos pasos. Cecily, con la frente levantada, como siempre, la siguió.

–No, querida. Qué joven eres. Qué ingenua. Es un triunfo, Dolores. Piensa, hija. Isabella nunca conseguirá todo eso por lo que han peleado tanto. Ha perdido a Thomas, y nunca se casará con Scott. Ahora es tuyo, muera o viva, es tuyo. A nadie le importará lo

que guardes para ti, en tu cabeza, si piensas en un amor de juventud, mientras no se aparten tus ojos de tu marido. Haz con él lo que desees en tus recuerdos y tus fantasías, porque ése es tu patrimonio en exclusiva. Y si muere, mejor. Nadie podrá arrebatártelo. Cuando tu mente no te sirva lo bastante, dedícate a otros. En la contemplación de los que sufren se esconde siempre una lección para nosotros, los más afortunados. Y de vez en cuando, piensa en dónde estará Isabella. No hay mayor triunfo para la mujer que la derrota de otra, hija. Ni siquiera la muerte.

Verano de 1936

—Eso es lo que le ocurrió –repitió Dolores–. ¿Y tú, qué hiciste? ¿Qué pasó contigo cuando finalizó la guerra?

–Nada. Continuamos viviendo con los parientes de mi madre, en Suecia. En Öresund. El cambio resultó durísimo; vivíamos encerradas en la casa durante todo el invierno, sin ánimos para mostrarnos fuera. Cuando asoma el sol, la región es muy hermosa, y después de la guerra la casa de mis abuelos era frecuentada por familias adineradas, cosmopolitas, emprendedoras. Suecia acababa de constituirse como país independiente quince años antes, y la vitalidad se desprendía de los árboles, de los puertos. Dinero nuevo y dinero antiguo. Entre ellas encontré a varias muchachas de mi edad; nos hicimos muy amigas: Bianca, Beatrice, Elaine. Todas queríamos viajar a Italia y sacudirnos el frío de las ropas.

–No creo que hayas podido tener nunca otra amiga.

–¿Las has tenido tú? –preguntó Isabella, a su vez.

–No. No guardo un buen recuerdo de la experiencia.

–Y, entre aquella tropa de niñas frívolas, de las que me deshice muy pronto, dos muchachos: Max Stormare, y Víctor Nilsson.

–Pero no te casaste.

–No. Había veinte muchachas por cada hombre. No hablaba el idioma, vivíamos de caridad en casa de mis abuelos, y nadie conocía a mis padres. Jugaba con una mano atada a la espalda. Con Víctor casi lo logré, no obstante… –tomó un sorbo–. Cuando estalló la guerra, todos nos sentimos sorprendidos por alguna razón. Qué absurdo; desde hacía tiempo sabíamos que era inevitable… pero aun así, se esperaba que fuera de otra manera… ¿Nunca volviste a saber de Scott?

–No. Sólo supe que se marchó. Ni siquiera me dejó una nota, o se despidió.

–El descubrimiento del amor no correspondido le alejó por completo. Le deslumbró. Como si le quitaran el aire. Le ocurrió en eso como con la guerra: pensaba que tu compromiso podría evitarse, que algo lo remediaría… Yo no le desengañaba, por

supuesto. Además, los chicos, los soldados, han de cumplir con su deber. Le escribí alguna vez, pero entonces definitivamente nuestro camino se separó. Mi padre arruinó nuestra vida con su estúpida decisión de abandonar Tenerife. Y la arruinó por segunda vez cuando murió. Durante varios años tuve que trabajar en una fábrica –bajó la voz–, rodeada de refugiadas, de rusas blancas que no conservaban nada, pero que habían sido duquesas, aristócratas… Invadían el aire con su pasado. Todas se creían princesas. Mi madre y yo vivíamos en una habitación minúscula. Luego heredé lo que me correspondía, a la muerte de mis abuelos, y pude abandonar ese trabajo infame. Pero el dinero no vale igual que antes de la guerra, y he regresado aquí; nunca vendimos la casa. La vida resulta más barata, y el sol…

–Ya no eres guapa –dijo Dolores, tras mirarla cuidadosamente.

–Nunca lo fui.

–Sí, sí lo eras. Fuiste preciosa, un campo de trigo.

Isabella se encogió de hombros.

–Tampoco aquí fue fácil…

–No abandonaste tu casa. No te arrojaron de tu hogar. Cuando trabajaba en la fábrica, los desperdicios se arrojaban al mar, y atraían a cientos de gaviotas, como las que escuchas aquí. Como las que oía yo en mi casa canaria. Puedo asegurarte que aquellas gaviotas sucias no traían ninguna alegría. Se burlaban. Tú te casaste. Nunca has tenido que trabajar. Vives como vivías, como debía haberlo hecho yo. Te convertiste en otra. Yo sigo siendo Isabella de Betancourt.

–También yo soy Dolores Hamilton.

Se miraron.

–Me casé a la española. Con un español. Con Eduardo Berriel. No cambié nunca mi apellido, aunque me convertí al catolicismo. Ahora soy papista, como todos los Berriel. Thomas murió. Cayó en diciembre de 1914, unos días antes de Navidad, cerca de Flandes. Lo enterraron allí, la familia no sabe dónde. Durante tres años, mientras los submarinos alemanes cruzaban bajo las aguas, aquí mismo, a un paso, le guardé luto. Acompañé a su madre y a sus hermanas, leí para ella, devané madejas de lana negra durante tardes interminables. Creí que mi vida terminaba allí.

»La guerra arruinó muchas grandes fortunas. Ya no llegaban *chonis* a Tenerife. Mi hermana Linda viajó en uno de los últimos vapores seguros, con su hijito, y como enviudó antes de que se supiera nada escandaloso, se casó de nuevo, en el año veinte. El marido de Candela falleció también, y ella vive frente a nosotros, en

la misma calle.

»Los hechos no se ordenaron para que tú sufrieras, Isabella. Los demás padecimos también. No tuvieron que sacarnos de una habitación minúscula, no pasamos frío, pero nada pudo ser igual. Yo, que estoy ya casada y soy madre de familia, no soy la misma. Y Scott… Tenemos treinta y cinco años, Isabella, y cada una vive como dictó la suerte. Ya no hay nada que decirnos.»

–Podríamos hablar. Hubo muchas conversaciones que no pronunciamos… infinidad de errores entre cuatro personas tan felices.

–Me dijiste todo lo que pensabas cuando me encargaste que cuidara de tus gatos y encontré a la pobre Bagheera. ¿Por qué le hiciste aquello? ¿Qué culpa tenía la gatita?

Isabella sonrió.

–Era tu preferida.

–También la tuya. La de todos.

–Nunca me gustaron los gatos –dijo, con la mirada perdida–. Mi madre los usaba para darme encanto, como los lazos en el pelo. Sencillamente, había gatos y tenían que gustarme.

–*Ofelia* y *Lady Macbeth* vivieron muchos años en mi patio. Algunos de los gatos que aún tenemos son descendientes de ellas.

–Viviré aquí hasta que me muera. Será incómodo para todos.

–Sería más cruel verte como si nada hubiera ocurrido, con tu sortija de esmeralda –señaló la mano de Isabella–. Lo que me pesa no es que me mintieras. Mentíamos todos, ellos, nosotros, sin saber o a conciencia. Pero de ahora en adelante, ya no podré creer en ti.

–Ojalá no te hubiera conocido nunca.

–Yo opino lo mismo.

Dolores hizo una señal al camarero para que le permitiera pagar. Isabella no dio señales de adelantársele.

–Aquel día –dijo Isabella–, el día del conjuro, Scott nos escuchó. Yo le traje, le escondí tras uno de los sillones. Mientras tú esperabas por mí, él esperaba. Aquello fue lo que le hizo recuperar la esperanza, que ya casi había perdido. En fin; le destrozó el saber que rompías tu juramento de luchar por él.

–También tú y yo juramos que no nos separarían. Bailábamos juntas. ¿Te acuerdas? Nos encantaba bailar, y éramos inseparables. Me da igual, Isabella. No me haces daño. Eso ocurrió hace veinte años. Lo vivió otra persona. Ni siquiera sé si lo que me cuentas es cierto o no.

Pagó, se puso unos guantes cortos y salió sin mirar atrás. Isabella, alta, demasiado alta, quizás, para lo que se hubiera

esperado de ella, continuaba en la mesa, al otro lado del escaparate, con la vista fijada en el suelo y una expresión indefinible.

Había, en el centro de la existencia, de cada día, un agujero negro que era la desesperación, y a veces, Lola sobresalía de él. Otras, el agujero exigía víctimas, y obligaba a Dolores a convertirse en un vampiro para proporcionarle vidas. Inútil hablar de esto, ahora que el sacrificio se había consumado, y poco quedaba por contar que pudiera remediarse. No era necesario.

La historia comenzaba un día de un otoño que se extinguía en un patio blanco, sin apenas muebles ni adornos, solas las dos, recién superado el tifus y el verano. Comenzaba en la calle, con dos amigas de la mano, escoltadas por dos muchachos, un poco alertas ante la proximidad de los extraños. Una de ellas era bonita; tenía mirada de niña y el paso muy seguro. La otra caminaba encogida, y como si deseara desaparecer. Caminaba siempre en el mismo lado, y deseaba que el cabello de su amiga la ocultara.

A menudo, Dolores observaba a las niñas que caminaban por la calle, a las amigas de sus hijas, que se enfadaban y se reconciliaban con portentosa rapidez. Le fascinaban sus leyes, y como le habían enseñado, las espiaba sin que se dieran cuenta de ello, un paso por delante, incluso cuando se creían muy listas.

No quería hablar de él. Ni siquiera llamarle Thomas. Existió por un ratito, por un instante que cada vez se hacía más insignificante, menos duradero. Antes de él hubo lugar para los sueños, y luego para las pesadillas. Sólo su cabeza lo retenía; no había datos, ni formas. No podría distinguir su cara si la viera de nuevo. Recordaba hechos, pinchazos, sensaciones.

Los *Estatutos* continuaban en su casa. Todos ellos. Los dibujos y las cartas. Y todos los sueños rotos y abandonados, las cosas que no se dijeron, los hermosos vestidos, uno de terciopelo rojo que llevó Isabella, la extremada delicadeza con que aparecía en el recuerdo aquel mundo que voló en mil pedazos. El cuadro del turco.

Durante aquellos años habían sido jóvenes, guapos, alegres, invencibles. Hasta que estalló la guerra. La fragilidad de una pompa de jabón se protegía con historias. Cuando Dolores recordaba aumentaba la sensación de pánico; la impotencia que causaba el conocimiento, la certeza de saber que los planes de todos ellos se truncarían un año, dos años después. Estaban ciegos. Mientras el horror se avecinaba, ellos, los cuatro grandes duques, continuaban jugando en su lago, entre las montañas, e intrigaban a las espaldas de los otros, el deseo, la voluntad, lo que debía ser. Lo que debía hacerse.

Entró en su casa, dejó las llaves en el recibidor, y junto a ellas, los guantes. Estiró los dedos, y llamó.

–He vuelto.

Escuchó la voz de su madre desde el salón.

–Dolores, hija. Te estaba esperando.

Cecily miraba por la ventana, en pie junto al cristal.

–¿No tienes calor?

–Sí. Estaba tomando el fresco.

–¿Y los niños?

–Cecilia y María han salido; las esperaban en casa de Candela, puedes imaginarte para qué. El niño fuera, también; vinieron a buscarle sus amigos, los de White. Los pequeños meriendan: le he pedido a Rosita que los mantenga entretenidos. Supuse que vendrías con pocas ganas de escándalo.

–Y así es.

Se dejó caer en un sillón. Su madre se sentó a su lado.

–¿Y bien? ¿La has visto?

–Sí, mamá. La he visto.

–¿Qué te ha contado?

–Nada. Lo que ella cuenta no revela más que la verdad narrada a través de sus ojos. Cuando hablamos, parece que jugáramos con espejitos que reflejaran más realidades, y que deslumbran y desconciertan. En algún lugar, bajo las palabras no dichas y los malentendidos, debe encontrarse la verdad.

–Qué estupidez. La verdad no existe.

–No recuerdo en qué idioma hablábamos. ¿Tú te acuerdas, mamá? ¿En inglés? ¿En español?

–Creo que en inglés…

Se llevó la mano a la frente, como si se limpiara un sudor invisible.

–He sido afortunada desde que nací, mamá. Me casé con un hombre bueno, he tenido seis hijos sanos, que no saben qué es una necesidad. No siempre me doy cuenta de ello, pero doy gracias, cuando reparo en lo que me rodea, porque mi vida haya sido así –tomó la mano de su madre–. Porque tú me hayas ayudado a que sea así. Siempre, incluso cuando no me daba cuenta de qué era lo que quería, lo que necesitaba. Gracias, mamá.

Cecily la observó con precaución. Parecía sincera, su voz se mantenía firme, sin remordimientos que la enturbiaran, como si arrepentirse de algo fuera una carga absurda. Dolores decía la verdad.

Y, aunque no hubiera sido así, poco importaría. Nada suponía

una paletada más de tierra sobre la realidad, cuando ésta se hallaba tan profundamente enterrada.

Madrid, primavera de 2007

Vetle Lid Larssen me habló de Soria Moria.

Edición en formato digital: marzo de 2012

© Espido Freire, 2012
© De esta edición: Algaida Editores, 2012
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla.
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9877-540-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Para cualquier información dirigirse a algaida_legal@algaida.es

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es